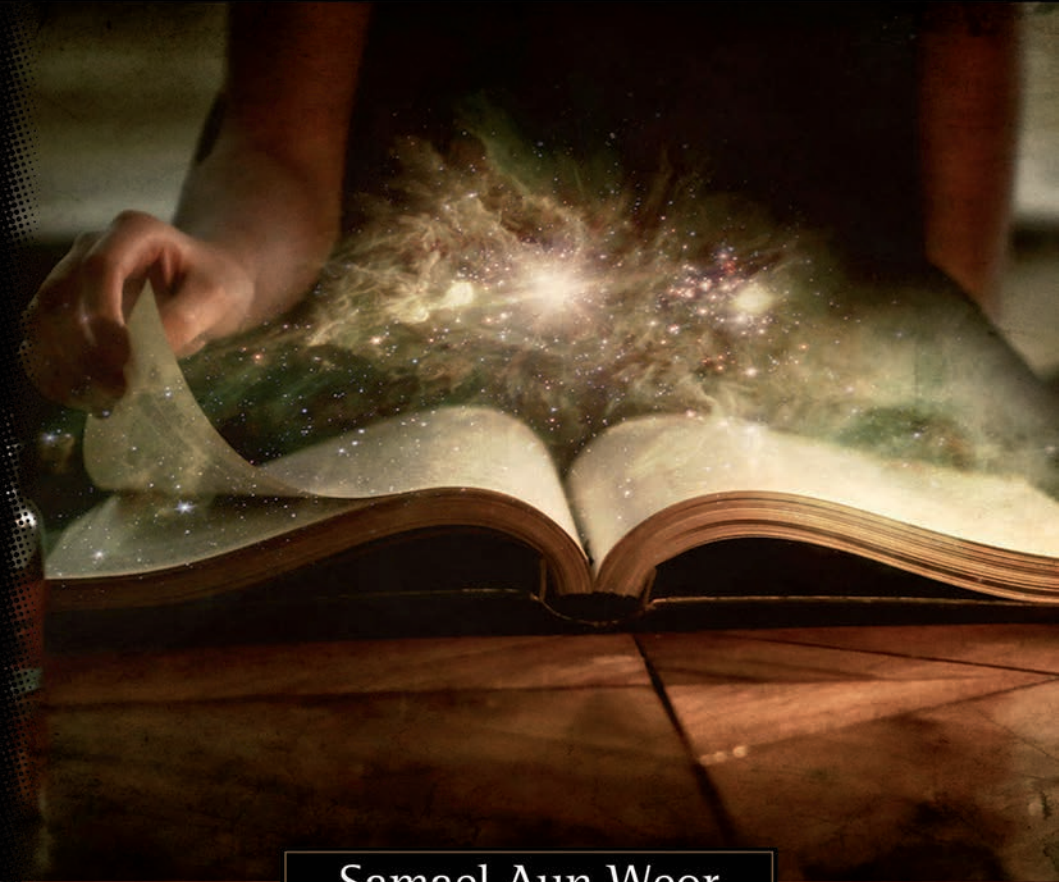


  
colección Pegasus

55

Siete cátedras de

# Antropología Gnóstica



Samael Aun Weor





*colección Pegasus*

55

Siete Cátedras de  
**ANTROPOLOGÍA  
GNÓSTICA**



Samael Aun Weor

**Siete Cátedras de Antropología Gnóstica**  
(Conferencias transcritas)  
*Samael Aun Weor*

**Nota:** Se han incluido en la presente edición todas las preguntas y respuestas de este tema, por considerarlas de una riqueza dialéctica extraordinaria.

Colección Pegasus: Primera edición: 31 mayo, 2020 4:05 p. m.

DERECHOS DE AUTOR:

*...“Hoy por hoy mis queridos hermanos, y por siempre, renuncio y he renunciado, y seguiré renunciando a los derechos de autor. Lo único que deseo es que estos libros se vendan en forma barata, al alcance de los pobres, al alcance de todos los que sufren y lloran ¡Que el más infeliz ciudadano pueda conseguir ese libro con los pocos pesos que lleva entre su bolsa! ¡Eso es todo!”*

*Samael Aun Weor*  
*Pronunciamiento en el Congreso de Guadalajara*  
*México: 29/10/1976*



*colección Pegasus*



# ÍNDICE

1. Primera Cátedra	9
2. Segunda Cátedra	37
3. Tercera Cátedra	77
4. Cuarta Cátedra	101
5. Quinta Cátedra	127
6. Sexta Cátedra	143
7. Séptima Cátedra	155







# Primera Cátedra

*Tercera Cámara. México D.F. 3 de agosto de 1977*

Mucho se ha investigado sobre el origen del hombre, y en realidad, de verdad, sólo hipótesis es lo que han elaborado los antropólogos materialistas de esta edad decadente y tenebrosa.

Si les preguntásemos nosotros a los señores de la «antropología materialista» cuál fue la fecha y el modo exacto como surgió el primer hombre, no sabrían ciertamente darnos una respuesta exacta.

Desde las épocas aquellas de Mr. Darwin hasta Haeckel, y posteriormente desde Haeckel hasta nuestros días, han surgido innumerables hipótesis y teorías sobre el origen del hombre. Empero hemos de aclarar, en forma enfática, que ninguna de tales suposiciones puede ser ciertamente demostrada.

El mismo Haeckel asegura con gran énfasis que ni la Geología, ni tampoco esa otra ciencia llamada Filogenia, tendrán jamás exactitud dentro del terreno de la mismísima ciencia oficial.

Si aseveración de esta clase hace un Haeckel, ¿qué podríamos nosotros añadir a esta cuestión? En realidad, esto del origen de la vida y del origen del hombre, no podría ser ciertamente conocido en tanto la humanidad no haya estudiado a fondo la «antropología gnóstica».

¿Qué nos dicen los protistas materialistas? ¿Qué afirman ellos con tanta arrogancia? ¿Qué es lo que suponen sobre el origen de la vida y de la psiquis humana?

Recordemos con entera claridad meridiana al famoso «monerón atómico» de Haeckel entre «el abismo acuoso». Complejo átomo que no podría, en modo alguno, surgir de un azar como lo supone ese buen señor. Ignorante en el fondo (aunque alabado por muchos y muchísimos ingleses), hizo gran daño a la humanidad con sus famosas teorías. Sólo diríamos, parodiando a Job: «¡Que su recuerdo se borre de la humanidad y que su nombre no figure en las calles!»

¿Creen ustedes acaso que el «átomo del abismo acuoso», el «monerón atómico», podría surgir del azar? Si para construir una bomba atómica se necesita de la inteligencia de los científicos ¿cuánto mayor talento se requeriría para la elaboración de un átomo?

Si negáramos los Principios Inteligentes a la naturaleza, la mecánica dejaría de existir. Porque no es posible la existencia de la mecánica sin mecánicos. Si alguien considerase posible la existencia de cualquier máquina sin autor, me gustaría que lo demostrara y que pusiese los elementos químicos sobre el tapete del laboratorio para que surgiera una radio, un automóvil, o simplemente una célula orgánica.

Creo que ya Don Alfonso Herrera, el autor de la *Plasmogonia*, logró fabricar la célula artificial; mas ésta siempre fue una célula muerta que jamás tuvo vida.

¿Qué dicen los protistas? Que la conciencia, el Ser, alma o espíritu, o simplemente los principios psíquicos, no son más que evoluciones moleculares del protoplasma a través de los siglos.

Obviamente, las «almas moleculares» de los fanáticos protistas, no resistirían jamás un análisis de fondo. La «célula-alma», el «bathybius gelatinoso» del famoso Haeckel –del cual surgiera toda especie orgánica– está buena como para un Molière y sus caricaturas.

En el fondo de toda esta cuestión y tras de tanta teoría mecanicista, evolutista, lo que se tiene es el afán de combatir al clero. Se busca siempre algún sistema, alguna teoría que satisfaga a la mente y al corazón, para demoler al Génesis hebraico. Es precisamente una reacción contra el bíblico Adán y su famosa Eva (sacada de una costilla) el origen viviente de los Darwin, de los Haeckel y demás secuaces.

Pero deberían ser sinceros y manifestar su insatisfacción contra todo concepto clerical. No está bien que por reacción simple se dé origen a tantas hipótesis desprovistas de cualquier basamento serio.

¿Qué nos dice Mr. Darwin sobre la cuestión esa del mono catirino? Que «posiblemente el hombre devino de allí». Sin embargo, no lo asienta en forma tan enfática como lo suponen los materialistas alemanes e ingleses. Mr. Darwin,

en realidad de verdad, dentro de su sistema, puso ciertos fundamentos que vienen a desvirtuar y hasta a aniquilar absolutamente la supuesta procedencia humana del mono, aunque éste sea el catarrino o catirino.

En primer lugar, como ya lo demostrara Huxley, el esqueleto del hombre es completamente distinto en su construcción al esqueleto del mono. No dudo que haya ciertas semejanzas entre el antropoide y el pobre animal intelectual equivocadamente llamado «hombre», mas no exactitud definitiva o definitizante en esta cuestión.

El esqueleto del antropoide es «trepacista», está hecho para trepar; así lo indica la elasticidad y construcción de su sistema óseo. En cambio, el esqueleto humano está hecho para caminar. Son dos construcciones óseas diferentes. Por otra parte, la elasticidad y también el eje –dijéramos– craneal del antropoide, y también del ser humano, son completamente diferentes, y esto nos deja pensando muy seriamente.

Por otra parte, mis estimables hermanos, bien se ha dicho con entera claridad meridiana por los mismísimos antropólogos materialistas, que «un ser organizado en modo alguno podría venir de otro que marchase a la inversa, ordenado antitéticamente». En esto habría de poner cierto ejemplo: veamos al hombre y al antropoide. El hombre, aunque en estos tiempos esté degenerado, es un ser organizado. Estudiemos la vida y costumbres del antropoide y veremos que está ordenado en una forma diferente, contraria, antitética. No podría un ser organizado, pues,

devenir de otro ordenado en forma opuesta, y esto lo afirman siempre muy severamente las mismísimas escuelas materialistas.

¿Cuál sería la edad del antropoide? ¿En qué época aparecerían sobre la faz de la Tierra los primeros simios? Inquestionablemente en el Mioceno. ¿Quién podría negarlo? Tuvo que haber aparecido, obviamente, en la tercera parte del Mioceno, hace unos 15 a 25 millones de años.

¿Por qué hubieron de aparecer sobre la faz de la Tierra los antropoides? ¿Podrían dar acaso alguna respuesta exacta los señores de la antropología materialista, los brillantes científicos modernos, esos que tanto presumen de sabios? ¡Es obvio que no!

Además, el Mioceno en modo alguno estuvo ubicado dentro de la famosa Pangea, tan sonada por la Geología de tipo materialista. Resulta ostensible que el Mioceno tuvo su propio escenario en la antigua tierra lemúrica, continente ubicado antes en el océano Pacífico. Restos de la Lemuria tenemos todavía a la Oceanía, con la gran Australia, la Isla de Pascua, donde están tallados ciertos monolitos, etc.

¿Que no lo acepte la antropología materialista por estar embotellada completamente en su Pangea? ¿Qué importa a la ciencia y qué a nosotros?

En realidad que no van a descubrir la Lemuria con las pruebas del carbono 14, o del potasio-argón o del polen, todos esos sistemas de pruebas, de tipo materialista, están buenas como para un Molière y sus caricaturas.

Por estos tiempos, después de las infinitas hipótesis de los Haeckel y de los Darwin, y de los Huxley y todos sus secuaces, se sigue todavía entronizando a la «teoría de la selección natural de las especies», otorgándosele nada menos que el poder de crear nuevas especies. En nombre de la verdad hemos de decir, que la selección natural, como poder creador, es sencillamente un juego de retórica para los ignorantes, algo que no tiene basamentos.

Eso de que mediante la selección se logren crear nuevas especies, eso de que mediante la selección selectiva haya surgido el hombre, resulta en el fondo espantosamente ridículo y acusa ignorancia llevada al extremo.

No niego la selección natural; es obvio que ésta existe, mas no tiene el poder de crear nuevas especies. En realidad de verdad que lo que existe es la selección fisiológica, la selección de estructuras y la segregación de los más aptos; eso es todo.

Mas llevar a la selección natural hasta el grado de convertirla en un poder creador universal, eso es el colmo de los colmos. A ningún sabio verdadero se le ocurriría semejante tontería. Nunca se ha visto que mediante la selección natural surja alguna especie nueva; ¿cuándo?, ¿en qué época?

¿Se seleccionan estructuras? Sí, no lo negamos. Los más fuertes triunfan en eso de la lucha por el pan de cada día, en la batalla incesante de cada instante en que se brega por comer y no ser comido. Obviamente triunfa el más fuerte, que transmite sus características a sus descendientes: características fisiológicas, características de estructuras. En-

tonces los selectos, los más aptos se segregan, y transmiten ellos a sus descendientes tales aptitudes. Así es como se debe entender la Ley de la Selección Natural, así es como se debe comprender.

Una especie cualquiera, entre las selvas profundas de la naturaleza, tiene que luchar por tragar y no ser tragada. Obviamente resulta espantosa tal brega, y como resultado triunfan, como es natural, los más fuertes. En el más fuerte hay estructuras maravillosas, características importantes que son transmitidas a su descendencia. Mas eso no implica cambio de figura, eso no significa nacimiento de nuevas especies.

Jamás, ningún científico materialista ha visto que de una especie surja otra por Ley de Selección Natural; no les consta, no lo han palpado nunca. ¿En qué se basan? Es fácil lanzar una hipótesis y luego aseverar en forma dogmática que es la verdad y nada más que la verdad.

Sin embargo, ¿no son ellos acaso –los señores de la Antropología materialista– los que dicen que no creen sino en lo que ven, que no aceptan nada que no hayan visto? ¡Qué contradicción tan terrible! creen en sus hipótesis y nunca las han visto.

Afirman que el ser humano viene del ratón. Eso no les consta, nunca lo han percibido directamente. También enfatizan la idea de que venga del mandril. Son innumerables las teorías de estos tontos científicos; absurdas afirmaciones de hechos que ellos jamás han visto. Nosotros los gnósticos no aceptamos supersticiones y éstas son supersti-

ciones absurdas. Nosotros somos matemáticos en la investigación y exigentes en la expresión. No nos gustan tales fantasías, queremos hechos, hechos concretos y definitivos.

Así que investigando, dentro de esta cuestión (relacionada con nuestros posibles antecesores), podemos evidenciar claramente el estado caótico en que se encuentra la Ciencia Materialista, el desorden total de sus mentes degeneradas y la falta de capacidad para la investigación. Ésa es la cruda realidad de los hechos.

Esta cuestión, este asunto de que de ciertas formas homínidas surjan otras así porque sí, fundamentados únicamente en pruebas tan ridículas como las del carbono 14, o del potasio-argón, o del polen, constituyen en realidad la vergüenza de esta época del siglo XX.

Nosotros, los gnósticos antropólogos, tenemos sistemas diferentes para la investigación, tenemos disciplinas especiales que nos permiten poner en actividad ciertas facultades latentes en el cerebro humano, ciertos sentidos de percepción completamente desconocidos para la antropología materialista.

Que la naturaleza tenga memoria, es lógico, y un día se podrá demostrar. Ya comienzan a hacerse ensayos científicos, modernos; pronto las ondas luminosas del pasado, o las ondas sonoras (para hablar más claro) del pasado podrán descomponerse en imágenes que serán perceptibles a través de ciertas pantallas.

Ya hay intentos científicos en ese asunto. Entonces podrán ver los televidentes del mundo entero el origen del hom-



bre y la historia de la Tierra y de sus razas. Cuando llegue ese día –que no está tarde– el Anticristo de la falsa ciencia quedará desnudo ante el veredicto solemne de la conciencia pública. Esa es la cruda realidad de los hechos.

La cuestión ésta de la selección natural, del clima, ambiente, etc., etc., fascina realmente a muchas gentes y por ende, éstas se olvidan sobre los tipos originales de los cuales surgieran las especies.

Creen, los tontos científicos, que podría procesarse la selección natural en forma absolutamente mecanicista, sin principios directrices inteligentes, y eso sería tan absurdo como pensar que podría procesarse cualquier máquina en el mundo sin un principio inteligente, sin una mente-arquitecto, o sin un ingeniero que le hubiese dado forma.

Indubitablemente, esos principios inteligentes de la naturaleza sólo podrían ser rechazados por los necios, por aquéllos que pretenden que cualquier máquina orgánica sea capaz de surgir del acaso. Nunca jamás serían rechazados por los hombres verdaderamente sabios, en el sentido más completo de la palabra.

A medida que ahondamos en todo esto, vamos viendo todas las fallas de la antropología materialista. Es necesario reflexionar profundamente en todas estas cosas. Si ellos, en vez de asumir esa posición de ataque contra cualquier clericalía, hubiesen pasado por un previo análisis reflexivo, nunca jamás se hubieran atrevido a lanzar sus hipótesis anticientíficas.

Bien sabemos nosotros que el Adán y Eva, que tanto molesta a los señores de la antropología materialista, no es más que un símbolo. Aunque ellos, los señores antropólogos profanos, quieran refutar al «Génesis», es bueno que entiendan, que entendamos todos, que el «Génesis» es tan sólo un tratado de Alquimia para alquimistas, y que nunca jamás se debería aceptar en forma literal.

Así que se esfuerzan los señores de la antropología materialista por refutar algo que ni siquiera conocen. Por eso me atrevo a decir, sencillamente, que sus hipótesis no tienen nunca bases serias.

El mismo Mr. Darwin jamás pensó ir tan lejos con sus doctrinas. Recordemos que él mismo habla de las «caracterizaciones»: después de que alguna especie orgánica ha pasado por un proceso selectivo de estructuras y fisiología, incuestionablemente se caracteriza en forma constante y definitiva.

Así que si el famoso antropeide –el simio– hubo de pasar por procesos selectivos, posteriormente asumió sus características totales y jamás volvió a pasar por ningún cambio, eso es obvio.

La cuestión aquella del «Noepitecoide», con sus famosos tres hijos: cinocéfalo con cola, el mono sin cola y el hombre arbóreo paleolítico, nunca han tenido, en verdad, verificaciones precisas, exactas. Son tan sólo teorías sin basamento alguno, por cierto, espantosamente ridículas.

Quienes se afanan tanto por los mamíferos prosimianos, cuales son el famoso lemúrico, se ve que ni remotamente

sospechan lo que es el hombre en sí mismo y su origen. El famoso lemúrico, al cual se considera también como uno de nuestros antepasados (tan alabado por algunos científicos por su famosa «placenta discoidal»), nada tiene que ver con el génesis humano. Todo eso, en el fondo, no son sino fantasías desprovistas de toda realidad.

Entran los famosos científicos materialistas en acción para estudiar la evolución mecánica de la especie humana o de cualquiera de las otras especies, en mitad del camino, después de que éstas cristalizaron en forma sensible, pues antes habían pasado por terribles procesos evolutivos e involutivos, dentro del espacio psicológico, en lo hipersensible, en las dimensiones superiores de la naturaleza y del cosmos.

Claro que, al hablar nosotros así, se sienten los antropólogos materialistas tan nerviosos y molestos como los chinos cuando escuchan algún concierto occidental. Ríen, posiblemente ríen, sin saber ellos que «el que ríe de lo que desconoce está en el camino de ser idiota».

Se buscan semejanzas, sí; se hace creer que la forma de la cabeza y de la boca del tiburón da origen a otros mamíferos, y entre ellos el «hermano ratón». Ahora el ratón pasó a ser un «gran señor», pues es nada menos que nuestro antepasado, el antecesor de los Haeckel, de los Darwin, posiblemente, o de los Huxley, o de los famosos faraones del viejo Egipto, o de Einstein. ¡Qué sé yo!

Se le considera como un mamífero prosimiano; ha pasado, en realidad de verdad, a ocupar el primer puesto en las salas de conferencias. ¡Hasta dónde ha llegado en verdad

la ignorancia del ser humano! No niego que el ratón no hubiese existido en la Atlántida –por cierto que tenía el tamaño de cualquier cerdo–. Ya sobre eso habla claramente Don Mario Roso de Luna, el insigne escritor español. Si existió en la Atlántida, tampoco le niego vida en la Lemuria; pero que sea –si no el más importante– uno de los más importantes antecesores del hombre resulta totalmente diferente.

En verdad que cuando no se conoce la antropología gnóstica se cae en los absurdos más espantosos. Entonces se inclinan los secuaces del Anticristo ante el ratón, o ante el tiburón –a quien también se le considera viejo antecesor–, o ante el lemúrico –animalillo muy interesante–, etc. Pero cuando uno ya conoce a fondo la antropología gnóstica no cae en semejantes ridículos.

Al analizar cuidadosamente los principios de la antropología materialista descubrimos que sus fantasías se deben, precisamente, al desconocimiento total del Gnosticismo Universal.

Eso de que porque un rasgo del rostro, etc., se parezca a otro, sirva de base para asentar una posible descendencia, resulta tan empírico en el fondo como aquéllos que suponen que el hombre fue hecho de barro y que lo toman en el sentido literal de la frase (entre paréntesis, sin darse cuenta de que eso no es más que algo simbólico).

Los gérmenes originales de la gran naturaleza, hombres o bestias, se desarrollan siempre en el espacio psicológico y dentro de las dimensiones superiores, antes de cristalizar

en forma física. No hay duda de que son similares en sus construcciones; de manera que no podrían jamás servir de basamento, o de fundamento para asentar una teoría, o simplemente para lanzar un concepto básico. Se diferencian los gérmenes a medida que cristalizan, y lentamente. Eso es apenas normal.

El origen del hombre es algo más profundo. Se desarrolló desde el Caos, en las dimensiones superiores de la naturaleza, hasta cristalizar en forma sensible en los antiguos tiempos.

Incuestionablemente, en futuros capítulos iremos avanzando más y más en toda esta cuestión. Quiero decirles, con entera sinceridad, que el origen de la humanidad quedará al descubierto en estas conferencias.

¿Qué causas primarias y secundarias dieron origen a la humana especie? ¿Conocen acaso esto los antropólogos materialistas? Si los mismos científicos, secuaces de Haeckel, saben muy bien que todo el pasado geológico y la Filogenia materialista jamás llegarán a ser ciencia exacta; así lo han afirmado, así lo han dicho, ¿entonces qué?

Estamos en una época de grandes inquietudes, y el misterio del origen del hombre debe ser aclarado. El terreno de las hipótesis es deleznable, es como un paredón sin cimientos; basta darle un ligero empujón para convertirle en menudo sedimento.

Lo más grave de la antropología materialista es negar los Principios Inteligentes de la maquinaria universal. Obvia-

mente, tal actitud deja a la maquinaria sin bases, sin fundamentos. No es posible que la máquina ande o sea construida al azar. Los Principios Inteligentes de la naturaleza están activos, y en todo proceso selectivo se manifiestan ellos sabiamente.

Absurdo resulta también embotellarnos en el dogma de la mecánica evolutiva. Si en la naturaleza existen los principios constructivos, incuestionablemente existen también los destructivos. Si hay evolución en las especies vivientes, existe también la involución.

Hay evolución, por ejemplo, en el germen que muere para que el tallo nazca; en la planta que crece, que echa hojas y que al fin da frutos. Hay involución en la planta que se marchita y que fenece, y que por último se convierte en un montón de leños.

Hay evolución en la criatura que se gesta dentro del vientre materno, en el niño que juega, en el joven. Hay involución en el anciano que decrece y que al fin muere. Evolucionan los mundos cuando surgen del Caos a la vida; después involucionan, cuando al fin se convierten en nuevas lunas.

Así es, que si consideramos la Antropología exclusivamente a través de la mecánica evolutiva, estamos hablando en forma parcial y caemos en el error. Mas si estudiamos la Antropología también a la luz de la involución, entonces marchamos equilibradamente, porque evolución e involución constituyen el eje mecánico de toda la naturaleza. Así que, considerar que la evolución es la única base de todo este gran mecanismo natural, resulta absurdo en for-

ma total. Tenemos que considerar la vida y la muerte, los tiempos de desarrollo y los tiempos de caducidad; sólo así marcharemos correctamente, dentro de la Dialéctica gnóstica, en su forma integral.

En modo alguno estamos dispuestos nosotros a quedar embotellados en el dogma materialista evolutivo. Tenemos que estudiar también los procesos involutivos de la Antropología, o marchamos por el camino del error.

¿Cuáles son los «tipos originales» de esta raza humana? ¿Quién los conoce? Nosotros tenemos métodos, sistemas científicos, por medio de los cuales podemos ver, oír, tocar y palpar esos tipos originales.

Sabemos muy bien que antes de que el «animal intelectual» apareciera sobre la faz de la Tierra, en la Atlántida de Platón –que no es una simple fantasía como pretenden los fanáticos ignorantes de la famosa Pangea materialista–, apareció, en realidad de verdad, el hombre.

En la Lemuria existió el hombre, lo mismo que en la época Hiperbórea y Polar. Mas éstos son puntos que solamente iremos desarrollando en futuras conferencias, para mayor claridad de todos aquéllos que escuchen y lean.

La Atlántida realmente existió, fue un continente ubicado en el Océano Atlántico. Restos de la Atlántida tenemos nosotros en el archipiélago de las Antillas, etc. Las Canarias también son vestigios de lo que fue la Atlántida, y aún, la misma España, no es más que un pedazo de la antigua Atlántida.

Pero esto no lo conocen los fanáticos de la antropología materialista, ni los geólogos –tan atrasados en el fondo–, incapaces para proyectarse en el tiempo. ¿Cómo podrían ellos saber algo sobre lo que ocurriera hace tantos millones de años, en la Era Miocena? ¿Qué saben ellos del Mioceno, lo han visto, lo han tocado, lo han palpado?

Si nosotros hablamos del Mioceno es porque podemos verlo, y sabemos que es asequible a aquél que sea capaz de desarrollar las facultades trascendentales del Ser, latentes en el cerebro humano.

Pero la actitud de negación materialista es incongruente. Se dice que no se cree sino en lo que se ve, y ellos creen todas sus hipótesis absurdas. Hipótesis que nadie ha visto, que a nadie le constan.

En realidad de verdad, nunca científico alguno vio surgir el primer hombre; mas hablan ellos con tanta autosuficiencia como si hubieran estado en el Mioceno, como si hubieran visto a los antropoides surgiendo allá, de la antigua Lemuria.

Entronizan a sus dioses maravillosos, como son los famosos lemúricos y también los mandriles, como prosimianos sublimes de los cuales descendemos. ¿Les consta eso, lo han visto alguna vez? ¡Nunca! ¿En qué se basan? En cosas que no han visto. ¿No son ellos mismos los que dicen que no creen sino en lo que ven? Entonces, ¿por qué están creyendo en lo que nunca han visto? ¿No es acaso esto una contradicción? ¿No resulta en el fondo esto incongruente?



Bueno, hasta aquí mi conferencia de esta noche. Si hay alguna pregunta pueden hacerla sin salirse, exactamente, de lo que estamos enseñando. A ver, pregunten.

P: Maestro, se dice que el cambio de una especie a otra... ..que es por mutación, en un proceso de herencia, ¿no? por mutación... el proceso... ..herencia por mutación... Que ciertos genes se transforman para convertirse, para transformar la estructura, precisamente de las especies, del ser nuevo que va a surgir, digamos, ¿no? Entonces, ¿quiere decir que en realidad no existen las mutaciones entre las especies?

R: Bien, vamos con el mayor gusto a dar respuesta a esa pregunta.

Estos tontos científicos de la antropología materialista, creen que mediante los cambios ambientales y de clima se transforman en alguna forma, aunque sea en mínima parte, los órganos de la generación con posible mutación de genes. Y darían a esas afirmaciones anticientíficas la calidad de exactitud y el poder de producir nuevas especies. ¡Absurdo!, porque nunca hemos visto nosotros, a través de los siglos que los caballos se conviertan en otra cosa, o que las águilas dejen de ser águilas, o que los peces del inmenso mar se conviertan en gente. Ni siquiera los tiburones, a los que se les otorga también nuestra paternidad (pobres tiburones que allá siguen en el mar, tranquilos, mientras nosotros discutimos sobre ellos, por aquí, en estas tierras), podrían jamás cambiarse en cosa alguna que no fuera en tiburones. Aseverar lo contrario, es creer en lo que no se ve. ¿No son ellos acaso los que están diciendo

que no creen sino en lo que ven? Entonces, ¿por qué se contradicen?

Que hayan dos tipos de creación o dos clases de teorías para afirmar el origen del hombre, la una por vía –dijéramos– instantánea, como aquel «muñequito» del Génesis bíblico en el cual Jehovah sopla terriblemente y..., o que sea a través de la mecánica evolutiva, pues es cuestión –dijéramos– de preocupación para los señores de la falsa ciencia, porque en el fondo, realmente, la raza humana tiene su prototipo original, y antes de que los famosos mamíferos aparecieran sobre la faz de la Tierra, el hombre ya existía. Y esto lo iremos demostrando a través de nuestras sucesivas conferencias, porque quiero que ustedes sepan que en estos estudios nos vamos a enfrascar durante varios años. Porque no se puede tener una preparación seria si no se conoce, en realidad de verdad, los principios científicos del Gnosticismo Universal. Es necesario estudiar la Antropología en forma científica, antes de que estudiemos las culturas.

P: Venerable Maestro, mi pregunta sería: ¿Qué actitud propia debe tener el investigador gnóstico, a partir de estos instantes, que no sea una actitud similar a la de la Ciencia Materialista, o sea, nosotros asegurar cosas que no hemos visto tampoco? Maestro. ¿Qué actitud debe tomar, a partir de estas conferencias en adelante, el estudiante de la Gnosis?

R: A partir de estas conferencias, el estudiante gnóstico debe desarrollar precisamente las facultades que le permitan in-

vestigar la Geología en sus formas más profundas, lo mismo que la Filogenia. Indubitablemente, la Ciencia de la Meditación, tal como nosotros la vamos dando, permitirá a nuestros estudiantes llegar a ser verdaderamente idóneos en la investigación. Eso es obvio.

En cuanto a las afirmaciones de estos señores, claro que serán descuartizadas a través de nuestras distintas conferencias.

Nunca jamás se ha visto que mediante la selección sexual, genética, un hombre se convierta en caballo, o un caballo se convierta en hombre; o que de un lemúrico salga un hombre.

Todas las suposiciones de la rueda esa de nuestros antecesores, incluyendo al tiburón –que no se escapa tampoco–, no son más que empíricas, no tienen aseveración. Vendrán en nuestro auxilio para demostración, a ese mundo de los profanos materialistas, aparatos científicos mediante los cuales se podrá ver en la pantalla –como ya lo dije– la historia de la Tierra y de sus razas.

Ya hay ensayos. Recordemos al cura Peregrini en Italia que está descomponiendo, en estos momentos, los sonidos para transformarlos en imágenes. También hay algunos ensayos en los EE.UU.

No demora el día en que los «Registros Akáshicos» de la naturaleza caigan en poder de la ciencia, y entonces todo el mundo podrá ver la realidad en las pantallas. Como ya dije, el Anticristo de la ciencia quedará –ante el veredicto

solemne de la conciencia pública– desnudo, en su crudo realismo, tal cual es.

Entre tanto, debemos nosotros despertar ese sentido maravilloso de la intuición Prajnaparamita a través de la meditación, para investigar por sí mismos.

Tenemos los aparatos de investigación adentro, aunque los materialistas no lo acepten. Desarrollemos, usemos esos aparatos inteligentemente.

Obviamente que se hace necesario combatir a la Ciencia materialista, científicamente, y lo vamos hacer para que nuestros hermanos todos, incluyendo los instructores y misioneros, queden debidamente preparados.

P: Maestro, usted nos ha hablado del fenómeno psicoquímico, y del fenómeno biológico; pero existe también el fenómeno psíquico, el fenómeno concientivo y el fenómeno ontológico. Maestro. ¿Cuál es el origen del hombre en las escalas psíquica, concientiva y ontológica?

R: Si nosotros vamos a «cerrarnos completamente a la banda», como se dice, como lo hacen los antropólogos materialistas, quedaríamos más que con los ganglios del cerebro, con la materia gris como perceptiva de los fenómenos psicoquímicos. Pero si ahondamos en todas estas cosas a fondo venimos a descubrir, precisamente, que estos tres fenómenos de los cuales tú hablas, o sea, el psicoquímico, el concientivo y el ontológico, como escalas distintas de los niveles del Ser. El psicoquímico, o el químico que sirve de fundamento, pues, a lo psíquico para constituir lo psi-

cosomático, obviamente, está presente y todos ustedes lo han entendido, o comprendido. En cuanto al concientivo, realmente yo les digo a ustedes lo siguiente: el concientivo tiene –dijéramos– un par y una base para la expresión sensible, cual es el «asiento vital» de la vida orgánica.

Pero si nosotros no desembotellamos la conciencia, no sería posible entonces llegar a la experiencia de lo Real, de la Verdad. Y no solamente tenemos que desembotellar la conciencia, sino la mente y la voluntad; tenemos que convertirnos en individuos idóneos para la investigación, porque en realidad de verdad dentro del ego, o dentro de los agregados psíquicos inhumanos que llevamos dentro, tenemos nosotros embutida la mente y la voluntad, y la conciencia. La mente es importante para el estudio, para el análisis, pero la gente no tiene mente íntegra, unitotal, individual; la gente tiene la mente dispersa embotellada entre los distintos elementos psíquicos indeseables.

Por estos tiempos se habla, por ejemplo, mucho de dinámica mental. ¿Cómo podría uno, realmente, llegar a la cuestión ésa de la dinámica mental, ejercerla con maestría, si tiene la mente embotellada entre los distintos elementos inhumanos que lleva en su interior?

Es obvio que debe desintegrar tales elementos para tener mente íntegra, unitotal, no dividida por el «proceso de la opción», no dividida por el «proceso electivo»; una mente que, realmente, se manifieste en forma íntegra.

Y en cuanto a la conciencia en sí misma, desde el punto de vista ontológico, tenemos que ir mucho más allá, tenemos

que pasar a la cuestión del Ser en sí mismo, porque lo ontológico es más profundo: se refiere al Ser y a sus distintas partes autónomas y autoconscientes. Si uno no despierta la conciencia, nada puede saber de sí mismo, de su propio Ser. Así, pues, es necesario despertar completamente la conciencia.

Por ejemplo, veamos: mucho se habla por estos tiempos sobre Filogenia. Pero, ¿cómo podría conocerse la Filogenia si no estudiamos la Ontogenia dentro del proceso fetal? Bien sabemos nosotros que en el vientre –dijéramos–, en el claustro materno, se repite exactamente toda la historia por la cual ha pasado el ser humano en sus procesos evolutivos e involutivos.

Quien quiera conocer la Filogenia a fondo debe estudiar la Ontogenia. Y nadie podría, en verdad, penetrar dentro de los misterios de la Ontogenia y llegar a la Filogenia exacta –no a la Filogenia materialista–, si antes no ha despertado, ciertamente, en forma íntegra la conciencia; y más aún, si no ha desembotellado la mente, si no ha logrado una mente íntegra, unitotal.

Así que, las clases que aquí hemos dado nosotros sobre Psicología práctica, con fondo trascendental, deben convertirse –dijéramos– en asiento de todas nuestras ocupaciones diarias, para convertirnos en investigadores competentes de la Ciencia Gnóstica.

P: Maestro, me queda otra una inquietud, con respecto a lo que se hablaba de mutaciones. Maestro, hay ciertas épocas, tal vez catástrofes, y también muchas veces en que se cru-

zan especies. ¿Cómo explicarles a la psicología humana, a los que desconocen totalmente el proceso del despertar de la conciencia, que hay ciertas épocas en que las especies se pueden cruzar y dar origen a ciertas monstruosidades?

R: Pues esto realmente es inasequible para la ciencia oficial. ¿Qué puede saber la ciencia oficial, sobre el modo cómo esos tres factores, por ejemplo, cuales son las Tres Fuerzas Primarias de la naturaleza y del cosmos, se polarizan?

Incuestionablemente, que eso nadie lo puede negar, que las Tres Fuerzas se polarizan a veces en una forma, a veces en otra. A veces se permite que haya ciertos cruzamientos; que en otras épocas esos cruzamientos resultan algo más que imposibles, debido, precisamente, a la mismísima polarización.

Por ejemplo, el «chango» (y esto que estoy diciendo no es para la conferencia, ni para quedar grabado; lo que dijimos sobre la conferencia es hasta donde dije, «Aquí termina la conferencia»). Por ejemplo, el «chango» (ya hablando aquí entre nos), pues indudablemente tiene origen humano. Fue en una época, en que cierta Raza Lemur humana, y muy humana, se mezcló con bestias de la naturaleza. También al final de la Atlántida se dieron esas mezclas.

Pero, eso fue en esa época, en que el Okidanock Activo, Omnipresente, Omnipenetrante se desdobló en los Tres Factores, y éstos se polarizaron en cierta forma y de cierta manera que permitió que los seres humanos se mezclaran con especies animales y de allí surgieron «changos». Tanto en la Lemuria hubo «changos» durante el Mioceno, como

también los hubo en la Atlántida. De eso trataremos más adelante y en forma seria y con estudios científicos. Claro que en este momento lo estamos platicando aquí entre nosotros, no está incluido dentro de la conferencia. A ver.

P: Tengo entendido que la Antropología se basa mucho en la Geología para poder ubicar al hombre antiguo en qué época apareció. Se dice: «Tal formación geológica tiene tantos años y si el esqueleto está allí, entonces hace tantos años apareció este hombre», según en la profundidad en que se encuentre. ¿Esas formaciones, en sí mismas, sí corresponden a los años que pone la ciencia oficial?

R: Bueno, la pregunta que tú me estás haciendo, no está dentro de la conferencia de hoy, no. Porque tenemos que ceñirnos, estrictamente, a lo que hemos enseñado hoy; nada más. Pero te la contesto con mucho gusto.

Obviamente, que esas clasificaciones son absurdas en un ciento por ciento. Que, en realidad de verdad, las eras que tú has citado tienen cada una sus correspondientes escenarios. Hoy me limito solamente a decir que el Mioceno tuvo por escenario la Lemuria. Así, pues, al citar nosotros eras, nos apartaremos totalmente durante estas conferencias, durante este ciclo de investigaciones y estudios, de las concepciones cronológicas materialistas. Vamos a ceñirnos, estrictamente, a la antropología gnóstica. A ver.

P: Maestro, yo creo que una de las grandes dificultades es que la antropología oficial no acepta ni la Lemuria, ni la Atlántida, ni siquiera habla de eso. La antropología oficial trata de entender el origen del hombre desde la Raza Aria



nada más, sin pensar en que haya lemures, sin necesidad de atlantes tampoco. Entonces creo que ahí hay una gran confusión también.

R: No ignoramos eso. Pero, ¿qué importa eso a la ciencia y qué a nosotros? Ya he dicho: «El que ríe de lo que desconoce está en el camino de ser idiota». ¡Qué!, ¿vamos a quedar nosotros también embotellados dentro de la famosa Pangea materialista? ¿O vamos acaso, nosotros, a combinar la antropología gnóstica con la antropología de los ignorantes materialistas, enemigos del Eterno? ¡Jamás! Al contrario, nosotros vamos a combatir a la antropología materialista con la antropología gnóstica, y vamos a demostrar científicamente el absurdo de la antropología materialista.

Ahora solamente me propongo, en realidad de verdad, prepararlos a ustedes, para que queden lo suficientemente fuertes para la batalla. Dentro de algún tiempo, cuando estén preparados, en verdad, retaremos públicamente a la antropología materialista ante el veredicto solemne de la conciencia pública; y científicamente, los venceremos en el campo de batalla; eso es todo.

P: Perdone, Maestro, en que yo insista en la misma pregunta; tal vez la formulé mal. La base del hombre está en la tierra, o sea, los estudios de Antropología empiezan por la Geología. ¿Esas eras geológicas que existen las vamos a ver nosotros? ¿Vamos a tener también una base a través del planeta?

R: ¿Cómo podría ocurrírseles a ustedes que fuéramos todos nosotros a estudiar la Antropología excluyendo la Geolo-

gía? Sería eso tan absurdo como querer que un drama se representara sin escenario, en el aire, así porque sí. Todo el drama de la vida humana, toda la historia de la Tierra y de sus razas se ha desarrollado dentro de distintos períodos geológicos. Por lo tanto, a través de estos estudios se van contemplando esos períodos geológicos. Mas no vamos a desarrollar nuestra didáctica de acuerdo con el programa de la antropología materialista, porque no somos «copiones». Sencillamente, vamos a ir desarrollando todas estas cuestiones antropológicas y geológicas de acuerdo con nuestra propia dialéctica.

Hoy solamente he querido poner como principio Lemuria y Atlántida. Los estudios que habrán de procesarse a través de nuestras exposiciones antropológicas irán echando cada vez más y más luz sobre la cuestión geológica de Lemuria y Atlántida, y en general, sobre los distintos procesos geológicos de la Tierra a través de los millones de años que han transcurrido.

En modo alguno, vamos a enseñar Antropología excluyendo la Geología y las distintas eras históricas; eso sería absurdo.

Así que se tenga en cuenta: nosotros no necesitamos tomar prestado nada de la antropología materialista. Únicamente vamos a poner las cartas sobre la mesa y a demostrarle al mundo que la antropología materialista es falsa en un ciento por ciento; eso es todo. A ver, habla hermano.

P: Quería referirme, Venerable Maestro, a algunas preguntas que se han hecho, que demuestran, pues, en el fondo qui-

zás algo de temor a la confrontación futura que se tenga con los antropólogos científicos. Yo diría, Venerable, que no puede ser antropólogo aquél que no se conoce a sí mismo. Ahora, mi pregunta era la siguiente: Se ha hablado de la selección natural, de la lucha...

R: Pero, ¿cuál es tu pregunta? Primero me planteas algo. ¡Eso no es pregunta! Voy a contestar primero, luego viene la segunda. ¡Tenemos que ser exactos en todo!

Indudablemente, mis queridos amigos y hermanos, pues conociéndose uno a sí mismo conoce el universo, conoce la Tierra, conoce todo lo que es; pero a los geólogos, a los antropólogos materialistas no los vamos a convencer con ese razonamiento; es exacto para nosotros, pero ellos no lo entienden ni lo aceptan. Así, pues, a ellos los vamos a combatir con nuestra dialéctica científica. Y eso es todo. Ahora, habla tú.

P: Bueno, se hablaba de la selección natural, Maestro, entonces, nosotros hemos venido observando que algunas especies han desaparecido. Entonces, nuestra pregunta es si las especies realmente desaparecen o se reabsorben en sus arquetipos primigenios, para luego reaparecer en otra futura ocasión de acuerdo a los ciclos vitales de un planeta.

R: Ya hablé sobre eso en un «Mensaje de Navidad» anterior que ustedes conocieron. Hablé sobre los gérmenes de la vida; entonces dije que esos gérmenes estaban contenidos aquí mismo, en la naturaleza, y que tienen sus tiempos de evolución y de involución.

Una especie, por ejemplo, sale de su estado germinal cuando es su tiempo, su hora, y en el medio ambiente que le pertenece, etc., entonces se le ve en evolución. Cuando las condiciones del medio ambiente cambian, entonces esa especie involuciona y al fin desaparece, pero al desaparecer quedan sus gérmenes suspensos en la atmósfera, en la naturaleza. Si se crearan artificialmente condiciones similares a las que existieron en aquella época, esa especie volvería a aparecer, y luego desaparecería otra vez, al desaparecer esas condiciones.

Así pues que las especies, los gérmenes, todo lo que es, ha ido y será, tiene sus tiempos de manifestación y sus tiempos de Pralaya.

P: Yo creo que con esta explicación, Maestro, se le da un golpe –digámoslo así–, fulminante a ese aspecto de la creación por selección natural.

R: Pues, sí. Los científicos materialistas tienen tan absurdos conceptos como suponer, por ejemplo, que las especies pueden tener cambios espontáneos, variaciones accidentales, y sin embargo ellos mismos han aceptado el dogma de que estamos en un universo de fuerza, de materia y de necesidad. ¿No es acaso esto incongruente y absurdo?

Bueno, hasta aquí porque se está haciendo muy larga la cuestión...

## Segunda Cátedra

*Tercera Cámara. México D.F. 10 de agosto de 1977*

Esta cuestión del origen del hombre es realmente muy discutible, muy espinosa.

Mr. Darwin, sentó ciertos principios en su obra que deben ser recordados por los mismísimos antropólogos materialistas. Dice Mr. Darwin que una especie que evoluciona positivamente en modo alguno podría descender de otra que evoluciona negativamente. También afirma Mr. Darwin que dos especies similares, pero diferentes, pueden referirse a un antecesor común, pero nunca la una vendría de la otra.

Así que, conforme nosotros vamos avanzando en estas disquisiciones de la antropología científica, obviamente encontramos ciertas contradicciones en el materialismo. ¿Cómo es posible que se ignoren los principios darwinistas? ¿Cómo es posible que aún, hoy en día, haya quienes piensen que el hombre viene del mono?

Incuestionablemente, los hechos están hablando por sí solos, hasta ahora no se ha encontrado jamás el famoso «eslabón perdido». ¿Dónde está?

Mucho se ha hablado contra la existencia del padre de Manú, el Dhyan-Chohan, pero son en realidad millones las personas en el mundo oriental, y hasta en el occidental, que aceptan al Dhyan-Chohan. Además, es más lógica tal creencia, que aquel «hombre-mono» que Haeckel quisiera que existiese, pero que, en realidad de verdad, no pasó de ser más que una simple fantasía de su autor.

Los tiempos van pasando y no se ha descubierto en ningún lugar de la Tierra, al famoso «hombre-mono». ¿Dónde estará un mono que razone, que piense, que tenga un lenguaje asequible a todo el mundo? ¿Cuál es? Incuestionablemente, esta clase de fantasías literarias no sirven en el fondo absolutamente para nada.

Obsérvese, por ejemplo, el tamaño de los cerebros. El cerebro de un gorila, en volumen, no alcanza a ser ni siquiera la tercera parte del cerebro de cualquier salvaje de Australia (que bien sabemos –entre paréntesis– que son las criaturas más primitivas de nuestro globo terráqueo).

Faltaría un eslabón que conectara al gorila más adelantado con el salvaje más atrasado de Australia. ¿Dónde está ese eslabón? ¿Qué se hizo? ¿Existe acaso?

Indubitablemente, en el continente Lemur, durante la Era Mesozoica, surgieron los primeros simios. Mas ¿cuál sería su origen? La Gnosis afirma en forma enfática que determinados grupos lemúricos humanos se mezclaron con algunas bestias subhumanas para originar las especies de los simios. Claro, Haeckel en modo alguno se opuso jamás al concepto de que los simios habían tenido su nacimiento

en Lemuria; aceptó siempre la realidad de ese continente.

Pero reflexionemos un poco, ¿en dónde estaba ubicada la Lemuria? En el océano Pacífico, eso es obvio. Cubría una extensa zona de ese mar. A través de 10 mil años de terremotos se fue sumergiendo poco a poco entre las embravecidas olas del océano. Mas quedaron restos de Lemuria en la Oceanía, Australia, la Isla de Pascua, etc. La Lemuria tuvo realidad, ocupó su lugar en un tiempo muy antiguo.

Esto podrá molestar, hoy en día, a aquellos antropólogos materialistas partidarios de la Pangea. Se han embotellado tanto esos señores en su dogmatismo sobre la Pangea que ni remotamente aceptarían la posibilidad de la Lemuria.

Que los simios hayan nacido durante la Era Mesozoica, en la época mismísima del Mioceno, tercera parte del Eoceno, no tiene absolutamente nada raro. Pero ahí no terminan nuestras afirmaciones. Otras especies de monos también tuvieron su origen en la Atlántida de Platón, que no pasa de ser más que un simple mito para los señores materialistas fanáticos de la Pangea. Sin embargo, la Atlántida existió, aunque ellos la nieguen. Y ya ha sido descubierta, aunque ellos se opongan.

Cualquiera que haya estudiado el suelo marino, sabe muy bien que entre la América y la Europa existe, aún hoy en día, una gran plataforma. Hace poco, precisamente algunos científicos que descubrieran la Atlántida, se propusieron explorarla desde España. Sin embargo, era la época del régimen de Franco y no les fue posible. La Atlántida no es pues lo que se cree, una leyenda fantástica. Tuvo realidad.

El mapa del mundo en otro tiempo fue completamente diferente, distinto. Todo va cambiando. Aún la mismísima Pangea de los materialistas antropólogos tiene que haber sufrido tremendos cambios, pues bien sabemos nosotros que los continentes son flotantes. Ya Don Mario Roso de Luna lo ha explicado claramente, y esto no debe sorprender a nadie.

En eso sí están de acuerdo los fanáticos materialistas de la Pangea, no lo niegan; mas les falta muchísimo todavía como para conocer las causas o motivos de tales flotaciones continentales. Yo creo que si ellos se leyeran a Don Mario Roso de Luna (cosa que la considero bastante imposible), completarían mejor sus informaciones.

Si pensáramos en nuestra Tierra como un huevo, la yema serían los continentes sosteniéndose sobre una clara; y entre la yema y la clara no faltan, naturalmente, sustancias, líquidos, elementos que la ciencia materialista, hoy por hoy, desconoce.

Hay quienes creen que ciertos tipos de monos superiores, o de «changos» –diríamos nosotros–, como el gorila, orangután, chimpancé, vienen de Lemuria. También hay quienes afirman, claramente, que las clases inferiores como el catirino o catarino, el platirino, etc., vienen propiamente de la Atlántida. En esto no pondremos objeciones, pero sí tenemos que reflexionar, y profundamente.

Por ahora se están haciendo ciertos comentarios muy simpáticos, la ciencia materialista inventa todos los días nuevas hipótesis. Han establecido una cadena muy curiosa,



ridícula por excelencia, con relación a nuestros posibles antepasados.

Como rey de esa cadena aparece el tiburón, del cual descienden –según dicen los antropólogos materialistas– los lagartos. Ridícula teoría, ¿verdad? Sólo concebible por «mentes de lagarto», realmente. Y prosiguen después con el famoso «Opossum», criatura similar al cocodrilo pero un poquito más evolucionada, según enfatizan. Y de allí pasan –siguiendo el curso de la gran cadena de maravillas– a cierto animalillo al que se le ha dado por estos tiempos muchísima importancia, me refiero, en forma enfática, al «Lemúrido» o «Lemur», según le llaman. Le atribuyen una placenta discoidal, cuestión que es rechazada por los mismísimos zoólogos. Contradicciones tremendas encontramos en estos recovecos de la ciencia de la antropología materialista.

Prosigue la cuestión, diciéndose que de ese animalillo, que pudo haber existido hace unos 150 millones de años, desciende a su vez el mono y, por último, el gorila. En esa cadena el gorila es nuestro inmediato antecesor, ¡el antecesor del hombre!

Algunos antropólogos –como decía en mi pasada conferencia– no dejan de meter en estas cuestiones al pobre ratón, y hasta quieren incluirlo también dentro de esta cadena. ¿Cómo? ¿De qué manera? Ya no serían siete los componentes, serían ocho. ¡Allá ellos y sus teorías!

Afirman con un tono de sapiencia extraordinaria que el hombre era chiquitito, microscópico, es decir, tan pequeñi-

to que hoy en día nos asombraríamos al verlo. ¿Se basan en qué? Que el ratón es chiquito, pequeñito; que, como nosotros también –según ellos– somos hijos del ratón (no sé en qué parte lo incluyan, posiblemente antes del lemúrido o después del lemúrido), fuimos creciendo hasta llegar a la estatura de altísima civilización y perfección extraordinaria que hoy tenemos.

¡Válgame Dios y Santa María! Hoy en día el ratón pasa a ocupar los primeros puestos en las conferencias públicas. Y si así continúan las cosas, dentro de algún tiempo el gobierno tendrá que prohibir la matanza de ratones, puesto que son, según ellos, nada menos que nuestros antepasados.

Pero, ¿dónde están los eslabones? ¿Cómo es posible que del tiburón, así porque sí, aparezca de la noche a la mañana o a través de unos cuantos siglos, el lagarto? Han pasado millones de años y los tiburones siguen tranquilos y nunca se ha visto que de una especie de tiburones, sea en el Atlántico o sea en el Pacífico, nazcan nuevos lagartos. Empezando porque los lagartos, por lo menos los que yo he conocido (si no están demasiado civilizados todavía y andan por ahí, por las calles, inventando teorías), en realidad de verdad no se encuentran en el mar, sino en los ríos y en los lagos.

¿Conocen ustedes acaso, alguna vez, alguna especie de lagartos o cocodrilos surgiendo de las embravecidas olas del océano? Bien sabe todo el mundo que los lagartos son de agua dulce. Los hemos visto en los grandes ríos, y eso me consta. He visitado también los océanos y nunca he visto,

o jamás he escuchado que pescador alguno haya pescado en pleno océano un lagarto. Pescarán tiburones, pero lagartos, ¿cuándo? Estamos hablando sobre hechos concretos, claros y definitivos.

Y, ¿dónde estaría el eslabón o los eslabones que conectaran al lagarto con el Opossum? Y, ¿dónde estarían los eslabones que conectaran al Opossum con ese animalillo lemúrico, que desprovisto de placenta, pero señalado por Haeckel como criatura con placenta discoidal? Prosiguiendo, ¿dónde estarían los eslabones que conectaran a tal criatura con el mono? Y por último, ¿dónde estarían los eslabones del mono con el gorila? Y, ¿dónde estarían los eslabones del gorila con el hombre? ¿Cuáles son? Estamos viendo, pues, hechos concretos, faltan los eslabones. Hablar así porque sí, resulta demasiado absurdo.

Se ha hablado demasiado sobre el «Monerón», átomo del abismo acuoso, la primera pizca de sal en un océano silúrico lleno de lodo en el fondo y donde todavía no ha sido depositada la primera capa de rocas. Pero, ¿cuál es el origen del Monerón? ¿Podría acaso concebirse que algo tan extraordinario como el primer punto atómico del protoplasma tan debidamente organizado y con construcción tan compleja, hubiera resultado del azar, del acaso? Tengo entendido que al negarse los Principios Inteligentes a la naturaleza, pierde todo sentido de organización el protoplasma.

Los tiempos van pasando, y la antropología materialista irá siendo destruida poco a poco. No han podido hasta ahora

los antropólogos materialistas decir en qué fecha y cómo surgió el primer hombre. Hipótesis, nada más; y resultan bastante ridículas tales hipótesis, no tienen fundamentos serios.

Mucho se apela en antropología materialista a la cuestión esa de la Australia. Resulta muy socorrida la posición de la antropología meramente materialista, al decir que las tribus existentes en Australia descienden del mono. Científicamente esto cae por el suelo, si se miden cerebros y se hacen confrontaciones. El cerebro de un gorila muy avanzado, repito, no alcanza a ser ni la mitad del volumen al de un salvaje de Australia. Faltaría pues, un eslabón entre el gorila más avanzado y un australiano salvaje. ¿Dónde está ese eslabón? Que nos lo presenten, que nos lo muestren, aquí estamos todos para verlo; afirmar así, por afirmar, sin una base seria, resulta espantosamente ridículo.

Decía en mi pasada plática que ellos, los señores del materialismo antropológico, afirman en forma demasiado grandilocuente que no creen sino en lo que ven, pero los hechos están demostrándonos su falsedad. Están creyendo con firmeza en hipótesis absurdas que jamás han visto.

Eso de decir que nosotros, en su origen, venimos del tiburón y establecer luego una cadena de caprichos, simplemente por parecidos fisonómicos, demuestra en el fondo una superficialidad llevada al extremo. Si eso escriben, en verdad que es abusar demasiado de la inteligencia de los lectores. Si eso hablan, resultan en el fondo terriblemente cómicos y hasta absurdos.

Que en la Lemuria –continente que posiblemente hoy pongan en tela de juicio los fanáticos espantosos de la Pangea– se hayan mezclado seres humanos con bestias, no lo ponemos en tela de duda. Resultaron de allí, no solamente simios, sino múltiples formas bestiales que, aún hoy en día, tienen documentación tanto en el este como en el oeste del mundo.

Citaremos como ejemplo, ciertos extraños simios lémures, que podrían servir, naturalmente, de mofa para los materialistas superficiales de esta época (pero en verdad que uno puede afirmar con valor lo que es real), me refiero a alguna especie que existió, que tan pronto se movía sobre manos y pies como cualquier simio, como se erguía sobre sus dos pies; rostros azules y también rojos, productos del cruce de ciertos seres humanos con bestias subhumanas del Mioceno, especialmente de la Época Mesozoica. Que hablaban, así lo dicen las viejas leyendas. Así, encontramos bases en papiros y en muchos monumentos antiguos. Así pues, fueron múltiples las formas simiescas que surgieran en el viejo Continente Mu.

Mas ¿cómo surgiría el hombre? ¿De qué manera? Hasta ahora éste ha sido un verdadero rompecabezas para los materialistas de Darwin y de Haeckel, y aún para los materialistas antropólogos contemporáneos. ¿Dónde podríamos nosotros hallar el origen del hombre? Incuestionablemente, en el hombre mismo, ¿en qué otro lugar?

Concretémonos ahora a Australia. ¿Qué es lo que dicen los antropólogos materialistas? Que las tribus australianas

actuales tienen como ascendientes a los monos. Claro, no pueden probarlo, pero lo afirman, lo creen, no lo han visto, pero lo creen, aunque dicen que «no pueden creer jamás cosa que no han visto». Vean ustedes cuán paradójicos resultan los antropólogos del materialismo.

En realidad de verdad, son las tribus más primitivas que existen actualmente en el mundo; las de Australia –repi-to-. ¿Cuál sería el origen de tales tribus? Habría que saber cuál es el origen de Australia. Australia en verdad es un pedazo de la Lemuria, ubicado en el Pacífico; una tierra vieja, viejísima. Allí se podría conseguir mucha vida si se sembrara bastante, todo artificialmente, pues ya se encuentra en estado de caducidad.

Los antepasados de esas tribus, ¿dónde estarán? Hablemos de sus cuerpos físicos. Obviamente, hallaremos tales restos óseos en el fondo mismo del Pacífico; restos de bestias, porque en verdad son las tribus australianas mezcla de ciertos hombres con ciertas bestias; pasaron por muchas transformaciones y actualmente existen. Habría que observar a tales tribus para darse uno cuenta evidente de que se trata de mezclas de habitantes de la antigua Lemuria con ciertas bestias de la naturaleza.

Por ejemplo, hay lugares en Australia donde es tan abundante el pelo en el cuerpo de las personas, que parece más bien piel de bestias. Eso da naturalmente una aparente base como para que los señores materialistas digan: «Sí, he ahí. Son hijos de los antropoides. ¡Nuestra teoría demostrada!» Ellos, los antropólogos materialistas, son terri-

blemente superficiales, no tienen en verdad madurez en el entendimiento, se trata de mentes en estado de decrepitud, degeneradas y eso es realmente lamentable.

Si queremos nosotros, en verdad, buscar el origen del hombre, tenemos que conocer a fondo la Ontogenia. No sería posible conocer la Filogenia excluyendo a la Ontogenia. Obsérvense los procesos de recapitulación del ser humano entre el vientre materno. La Naturaleza hace siempre recapitulaciones.

Obsérvese una semilla, un germen de árbol. Allí hay un árbol en estado potencial completo, sólo falta que se desarrolle, y para que se desarrolle se necesita tierra, se necesita agua, y aire, y Sol.

La naturaleza recapitula todos los procesos del árbol que sirvió de padre, dijéramos, para el germen que se ha de desarrollar. O en otros términos diríamos: la naturaleza recapitula, en ese germen que ha de desenvolverse, los procesos por los cuales pasó toda la familia de ese árbol, toda esa especie de árboles; y va desenvolviéndose lentamente, va creciendo lo mismo que crecieron los otros árboles, o el árbol del cual se desprendió tal germen. Hay siempre un proceso de recapitulación, hoja tras hoja, hasta que el árbol, por último, da fruto y semilla también, para que los otros árboles que nazcan, hagan siempre las mismas recapitulaciones.

Observemos como recapitula la naturaleza en el cosmos todas sus maravillas: cada año vuelve la primavera, el verano, el otoño, el invierno; es una recapitulación perfecta.

Así también, repito, en el vientre materno hay recapitulación correcta de toda la especie humana. Allí están, en el vientre materno, todas las fases por las cuales pasó el ser humano desde sus más antiguos orígenes.

En primer lugar, nadie podría negar que en el vientre, el feto pasa por los cuatro reinos de la naturaleza: primero es piedra, segundo planta, tercero animal, cuarto hombre. Como piedra, o como germen, o corpúsculo es inorgánico, es el óvulo que se desprende del ovario y que va unirse con la materia orgánica. La circulación conduce a tal óvulo hasta el fondo mismo de la materia orgánica para su desarrollo.

En el segundo aspecto vemos nosotros el estado vegetal, una especie de zanahoria redonda en su base, puntuda en su parte superior. Cuando se le estudia clínicamente parecería más bien como una cebolla con distintas capas, entre las cuales hay un líquido maravilloso. Del ombligo de esa aparente cebolla, pende la posibilidad del feto, como el fruto de una planta. He ahí el estado vegetal.

Más tarde aparece la forma animal. Sí, el feto toma la forma del renacuajo y eso está completamente demostrado. Y por último asume la figura humana.

Las cuatro fases son: una mineral, otra vegetal, otra animal y otra humana. Pero, ¿se ha visto hasta ahora un mono por ahí? ¿A qué médico le consta, a qué científico, haber visto alguna vez la fase de antropoide? ¿Cuál es el doctor que ha visto que durante el proceso de recapitulación fetal alguna vez el feto tome la figura de un mono catarrino, o platirri-



no, o de un orangután o de un gorila? Así pues, es absurdo lo que la ciencia materialista afirma. El origen del hombre hay que buscarlo en el vientre mismo de la mujer. En esos procesos de recapitulación está el origen del hombre, las fases por las cuales ha pasado.

Tampoco ha aparecido un tiburón entre el vientre de la madre. ¿Dónde está? ¿Cuál es? O el lemúrico aquél, animalillo que antes se mencionara y por el cual hasta se apasionó el mismísimo Haeckel, ¿dónde está? ¿En qué fase del embarazo aparece?

¿Por qué quieren esos señores salirse de lo correcto? ¿Por qué no buscan el origen del ser humano dentro del mismo ser humano? ¿Por qué andan buscándolo afuera? Todas las leyes de la naturaleza existen dentro de uno mismo, y si no las encontramos dentro de sí mismos, no las encontraremos fuera de sí mismos jamás.

Mas, hemos llegado a un punto muy delicado y bastante difícil. Que fuimos piedras, que fuimos planta, que fuimos animal, hombre. Está bien, aceptado. Pero, ¿cuándo? ¿Cómo? ¿Qué causas primarias o secundarias gobernaron todos estos procesos? ¡Enigmas! ¿Podrían aclararse acaso estos enigmas?

Si los señores materialistas no estuvieran fanatizados con el dogma de la geometría tridimensional de Euclides todo sería diferente. Desgraciadamente, están empeñados en querer que todos aceptemos ese dogma a la fuerza. Quieren tenernos embotellados dentro de tal dogma. Esto es tan absurdo como querer nosotros embotellar la vida uni-

versal, o como querer nosotros encerrar el océano dentro de un vaso de cristal.

Se oponen violentamente a la cuestión esta de las dimensiones superiores de la naturaleza y del cosmos. ¿A qué se debe eso? Sencillamente a que sus mentes están en decrepitud, degeneradas, y no pueden ver más allá de sus narices, eso es obvio.

Que existe una cuarta coordenada, una cuarta vertical. Eso es innegable, pero molesta a los materialistas. Sin embargo, Einstein –que cooperó en la cuestión ésa de la bomba atómica– aceptó la cuarta dimensión.

En matemáticas nadie puede negar la cuarta vertical. Pero a las gentes materialistas de esta época, ni siquiera así les entra esta cuestión de que pueda existir otra dimensión o dimensiones superiores en la naturaleza. A la fuerza quieren que nos encerremos, o nos autoencerremos todos en el mundo tridimensional de Euclides. Y debido a esa falsa posición absurda en que están, tienen a la física completamente detenida en su avance.

Esta es la hora en que ya deberían existir naves cósmicas capaces de viajar a través del infinito. Pero no sería posible semejante anhelo mientras la física continúe embotellada en el dogma tridimensional de Euclides.

Si estos señores, que hasta ahora no han sido capaces de responder a la pregunta de ¿dónde surgió el hombre, en qué fecha, y cuándo?, aceptaran en verdad la posibilidad de una cuarta dimensión, y de una quinta, y una sexta, y

una séptima, todo sería diferente. Pero estamos seguros de que no lo aceptan ni lo aceptarían jamás. ¿Por qué? Porque sus mentes están en proceso de franca degeneración, debido al abuso sexual; y en esas condiciones no es posible que acepten esta tesis que nosotros les planteamos. Tendrían que empezar ellos por regenerar el cerebro antes de que aceptaran nuestros postulados gnósticos.

Piedra, planta, animal, hombre, he ahí la base misma de una Antropología seria. Pensemos en la forma anterior al estado humano, en nuestros legítimos antecesores. Inquestionablemente nos encontraríamos con la vida animal en la naturaleza, pero ubicada en una cuarta dimensión (chocante esto para el materialismo). Sin embargo, son los mismos materialistas quiénes se reían de Pasteur y sus teorías, quiénes se mofaban de él cuando desinfectaba los instrumentos de cirugía. Nunca creyeron ellos en los microorganismos, porque no los veían. Ya hoy los aceptan.

¿Puede existir vida animal en una cuarta coordenada? ¡Obviamente, sí! ¿Habrá algún sistema, algún método de comprobación? Claro está que sí, pero sistemas muy diferentes a los de una ciencia materialista que se encuentra en estado retardatario. ¿Quién tiene esos procedimientos? Nosotros los tenemos, y con mucho gusto los enseñamos a quiénes de verdad quieran investigar en el terreno de la Ciencia Pura.

¿Hubo vida animal, pues, en la cuarta coordenada? Es obvio que la hubo. ¿Y hubo vida vegetal en la quinta coordenada? Sí, la hubo. ¿Y hubo vida mineral en la sexta coorde-

nada? Sí, la hubo; pero aclaro: la vida mineral de la sexta coordenada, o la vegetal de la quinta, o la animal de la cuarta, en modo alguno se parecerían a la vida mineral, vegetal y animal de nuestro mundo meramente físico. Que más tarde se condensó esa vida mineral, vegetal y animal aquí, en este globo de materia tridimensional, no lo negamos. Pero eso fue a través del curso de millonadas de años.

¿Cómo podríamos nosotros definir en alguna forma los procesos evolutivos, desde el mineral hasta el hombre? No sería posible si nosotros elimináramos de la naturaleza la cuestión ésa planteada por Leibniz. Me refiero a las Mónadas, Principios Inteligentes de la naturaleza, las Mónadas o Jivas. Por cierto que entre el Monerón atómico de Haeckel y el Zaristripa de Manú, o el Jiva de los indostanes, o la Mónada de Leibniz –o como se le quiera llamar–, media todo un abismo. Porque el Monerón atómico de Haeckel está muy lejos, sí, de lo que es la verdadera Mónada o Principio de Vida.

Así que es cierto y de toda verdad, que las Chispas Virginales, o simplemente las Mónadas de Leibniz, evolucionaron en el reino mineral durante la época de grandes actividades de la sexta dimensión; evolucionaron también en el reino vegetal, en la quinta dimensión, y avanzaron hasta el estado animal en la cuarta dimensión. Eso es incuestionable.

Estas dimensiones de la naturaleza, no está tarde el día en que puedan ser vistas a través de aparatos delicadísimos de óptica. Pero mientras llegue ese día podemos estar seguros, nosotros los antropólogos gnósticos, que tendremos

que soportar la misma burla que soportó Pasteur cuando hablaba de sus microbios. Mas un día, estas dimensiones serán perceptibles por medio de la óptica, y entonces la burla terminará.

Por de pronto, como les decía a ustedes, se intentan experimentos para transformar las ondas sonoras en imágenes. Cuando esto sea, se podrán ver todos los procesos evolutivos e involutivos de la naturaleza. Y entonces el Anticristo de la falsa ciencia quedará desnudo ante el veredicto solemnemente de la conciencia pública.

En cuanto al organismo humano, ¿no ven ustedes que en principio es invisible? A simple vista no se ven un zoospermo y un óvulo cuando comienzan el proceso de concepción, cuando comienza a formarse la célula germinal. ¿Quién podría suponer que de un zoospermo y una célula fertilizante pueda salir una criatura? ¿Y se ve a simple vista acaso? Se sabe que existe por el microscopio, eso es obvio. Así que, vamos concretando en hechos.

Las Mónadas que pasaron por el reino mineral en la sexta dimensión, son las mismas que pasaron por el reino vegetal en la quinta y por el reino animal en la cuarta. Y precisamente, fue al final de la cuarta, cuando apareció cierta criatura similar al antropoide, mas no antropoide, no un gorila, no un chimpancé ni algo por el estilo.

Al acercarse la época de actividad para el mundo tridimensional de Euclides, tal forma sufrió algunos cambios, algunas metamorfosis, lo mismo que las sufriera el planeta Tierra, y cristalizó, al fin, en figura humana. Téngase en

cuenta que la morfología de las criaturas humanas y de la naturaleza va cambiando conforme pasan los siglos. Inquestionablemente, la morfología humana surgió de acuerdo con la Edad Protoplasmática de nuestra Tierra, para venir realmente a la existencia. Pasando por los períodos: hiperbóreo, lemúrico y atlante, fue la morfología alterándose un poco hasta nuestros días.

Las criaturas que nos precedieron, la raza humana antigua –como lo dicen, como lo atestiguan las tradiciones del antiguo México y de distintos países de la Tierra–, fueron gigantes; han ido perdiendo estatura, hasta ser lo que actualmente son.

Si quisiéramos explicarnos las cuatro etapas (mineral, vegetal, animal y humana), exclusivamente dentro de la zona tridimensional de Euclides en este mundo Tierra, estoy seguro, absolutamente seguro, que quedaría realmente convertido todo eso en nuevos enigmas sin solución alguna.

A medida que nosotros ahondamos en esta cuestión, y después del fracaso tan espantoso que ha tenido la antropología materialista al no poder, en realidad de verdad, haber dado una fecha, ni el cómo, ni el cuándo surgió el ser humano, hoy no les queda a los científicos más remedio que aceptar la cruda realidad de las dimensiones superiores de la naturaleza y del cosmos. Que lo nieguen. Tienen derecho a negarlo. Que se ríen. Ya he dicho que «el que ríe de lo que desconoce está en camino de ser idiota». Que ¿por qué no ven? Tampoco veía los microbios Pasteur y, sin embargo, hoy en día la óptica los puede ver.

A medida que vaya transcurriendo el tiempo, la ciencia materialista irá quedando desnuda ante los nuevos descubrimientos. Y cada día se hundirá más y más dentro del pozo mismo de su propia ignorancia.

Eso del Noepitecoide con sus tres hijos bastardos: el cinocéfalo con cola, el mono sin cola y el hombre-arbóreo, pues, resulta en verdad bueno como para un Molière y sus caricaturas. En verdad que no tenemos nosotros en la sangre nada de Pitecoides; hasta ahora los hechos hablan por nosotros.

Mis estimables hermanos, hasta aquí mi plática de esta noche. Claro que dejo plena libertad como para que ustedes puedan hacer las preguntas que quieran hacer, siempre y cuando se hallen contenidas dentro de la misma plática que han escuchado.

P: Maestro, ¿qué relación tiene en la ciencia oficial, el abominable hombre de las nieves, el Yeti, con la evolución?

R: Bueno, ahí nos salimos completamente del tema, por lo tanto no tiene contestación esa pregunta. Las preguntas tienen que ser dentro de lo mismo que se está enseñando, no fuera del tema.

P: Si la ciencia materialista no puede fijar fecha sobre el origen del hombre, ¿nosotros sí podríamos fijarla, aproximadamente?

R: ¡Claro está que sí podemos fijarla! Obviamente, el origen del hombre está al principio de la época Protoplásmica de nuestra Tierra, hace unos 350 millones de años. Eso es obvio.

P: ¿Cómo se puede comprobar?

R: Obviamente, la única forma, o lo único que podrá darnos a nosotros la razón y demostrarlo será cuando aparezcan esos aparatos con los que actualmente se están haciendo experimentos. Unos experimentos se están haciendo en Italia y otros en los Estados Unidos, y ya se han obtenido muy buenos resultados.

Se ha conseguido, por ejemplo, descomponer las ondas sonoras correspondientes a Jesús de Nazareth y convertirlas en imágenes; y la imagen presentada fue muy correcta; se sigue con esos experimentos. Claro esto que estoy diciendo aquí no es para la plática, sino es aparte. Pero mientras llega ese día, no nos queda más remedio que apelar, nosotros a la intuición del Prajnaparamita, que sí nos permite investigar. Ese sentido Prajnaparamita y su grado más elevado nos permite investigar los Registros Akáshicos de la naturaleza.

Así que, en nuestro auxilio y para demostrar a las gentes, tenemos que aguantarnos un poquito; tenemos que aguardar, sencillamente, que se perfeccionen los aparatos que en Estados Unidos e Italia, en este momento, se están perfeccionando. La descomposición de las ondas sonoras del pasado en figuras, en imágenes se está ya marchando por ese camino; antes no sería posible.

Si alguien quiere comprobar lo que estamos diciendo, tiene que entrar en nuestros estudios y dedicarse a desarrollar el sentido llamado «intuición Prajnaparamita». Si la desarrolla, si sigue nuestras indicaciones, por sí mismo podrá evidenciarlo. Eso es claro. ¿Hay alguna otra pregunta?



P: Maestro, ¿a qué se refiere exactamente la Pangea?

R: La Pangea se refiere, pues, a los continentes flotantes. Que un día estuvieron Europa y América unidos y se fueron separando poco a poco, a través del tiempo; que Asia y América también, que estuvieron muy cerca y luego se fueron alejando.

Ya Don Mario Roso de Luna ha hablado, ampliamente, sobre la cuestión de los continentes flotantes. Ya sabemos que Don Mario Roso de Luna fue todo un gnóstico y todo un esoterista de verdad, verdad. A ver, hermana.

P: Maestro, ¿qué condiciones se presentaron o se necesitan para un cambio de una dimensión a otra, de una morfología a otra?

R: Pues es claro que conforme la morfología del planeta Tierra cambia, cambia la morfología también de las criaturas. No es el antecesor legítimo humano muy semejante al antropoide, mas no es un antropoide ni nada que se le parezca. Pinta una similitud nada más. De la época antigua, antes de que surgieran las actividades en el mundo propiamente físicoquímico, es decir, de la época aquélla de la cuarta dimensión, cuando se desenvolvía la vida animal en esa cuarta coordenada, pues pasó por cierta metamorfosis conforme la Tierra también pasó. Y resultó de ahí el hombre protoplásmico de la Época Polar. Ese hombre protoplásmico a su vez, conforme la Tierra fue pasando por sus metamorfosis, conforme la Tierra fue cambiando su morfología, también fue cambiando él su morfología.

Vienen en nuestro auxilio, en este momento, las tribus de Australia; su morfología guarda mucha relación con aquella isla que parece más bien un continente. Se encuentran en un estado bastante lamentable, por cierto. ¿Hay algo más?

P: Maestro, según la ciencia materialista, los restos más lejanos se encuentran en el orden de 35 mil años: los residuos antropoides que fueron después del hombre. Para nosotros, la distancia más larga es de 350 millones de años. Ahora bien, ¿esos 350 millones de años corresponden a un hombre, o a la etapa de evolución del hombre por los diferentes millones?

R: Bueno, hemos hablado de la época en que apareció el hombre; hemos hablado de la tierra protoplasmática; hemos hablado de la época en que el primer intento de hombre pasó por una transformación de su morfología conforme la Tierra también pasó por la misma transformación; de eso hemos hablado.

Pero en cuanto a la afirmación que dices tú, de que los materialistas dicen que los datos que se tienen sobre el hombre, cuando mucho, datan de unos 35.000 años, estás un poco equivocado en tu concepto, porque ellos aceptan, por ejemplo, para el Mioceno (tercera parte del Eoceno) edades que figuran entre los 15 y 25 millones de años; eso es aceptado oficialmente, actualmente.

De manera que ese concepto que tú tienes, más bien resulta ahora extemporáneo. ¿Algún otro tiene algo que decir?

P: Maestro, cuando la esencia a través de la ley evolutiva pasa

del estado de animal al estado de hombre, ¿tiene éste una especie animal específica o no?

R: Repite la pregunta, a ver.

P: Cuando la esencia, por la ley evolutiva pasa del estado de animal al estado de hombre, ¿tiene éste una especie animal específica o no?

R: Pues, hay distintas líneas por donde se puede ingresar al estado humano, eso es obvio; no es una especie definida, claro está que no. Hay distintas líneas por donde se ingresa al estado humano.

Ahora, hay que tener en cuenta también (y eso lo trataremos después en próximas pláticas) que no solamente existe la evolución, existe también la involución. Al final de cada sub-raza de cualquier raza hay involución; y al final mismo de toda raza hay involución, eso es obvio (pero sobre eso nos ocuparemos más tarde). ¿Alguna otra pregunta?

P: Maestro, usted habló de la cuarta, quinta y sexta dimensión. Hasta donde tengo entendido, entre más alta sea la dimensión más sutileza de la materia hay, ¿verdad?

R: ¡Así es!

P: O sea, ¿la quinta es más sutil que la cuarta; la sexta que la quinta?

R: ¡Así es!

P: Entonces, ¿por qué razón están ubicados estos reinos en

forma inversa: en la cuarta el animal, en la quinta el vegetal, en la sexta el mineral, que es el más denso?

R: Porque –ahora concretando–, porque esto no lo vamos a grabar para la conferencia puesto que a los señores materialistas tenemos que hablarles en forma diferente. No lo vamos a concretar para el libro –aclaro– sino aquí entre nosotros, diré lo siguiente: En el mundo de la mente, naturalmente, se desarrolló la Primera Ronda de evolución. Lo primero que surgió allí fue el reino mineral; en el mundo astral surgió el reino vegetal; en el mundo etérico surgió el reino animal; y en el mundo físico ya apareció el hombre, sobre el casquete polar del norte: la Primera Raza, la Raza Protoplasmática. Después vinieron los hiperbóreos, después los lémures, después los atlantes y después los arios (todos nosotros); ése es el orden.

Claro que cuando uno está estudiando esas cuestiones en los mundos internos, pues ve las cosas en cierta forma muy distintas y tiene que saberlas entender. Por ejemplo, es claro que las Mónadas del reino mineral, durante la Primera Ronda, pues tienen figura humana. Y entonces uno tiene la tendencia a pensar de que todos eran humanos ahí; pero no, se trata de los elementales, sencillamente del reino mineral. Se necesita muy buena capacidad de penetración con la Intuición Prajnaparamita para ver el auténtico reino mineral, dejando a un lado sus Mónadas.

Lo mismo sucede con el asunto del vegetal en la Segunda Ronda, en el mundo astral: uno ve elementales, personas muy inteligentes; millones de personas, pues son

los elementales. Pero uno, con la Intuición Prajnaparamita, concentra un poco mejor su atención y puede ver, sencillamente, que el reino vegetal es una cosa y otra muy distintas las Mónadas.

Desciende uno a la Tercera Ronda. Ve uno también puras criaturas bellísimas, inteligentes, comprensivas, que van, que vienen. Uno piensa que son hombres de la Tercera Ronda; no hay tales, son los elementales. Y si se observan con más cuidado los cuerpos de esos elementales, se verá que tienen distintas formas animalescas que hoy en día, en esta Cuarta Ronda, ya no se ven formas animalescas diferentes.

Y por último, ya al final, es cuando ve uno surgir una criatura semejante, en realidad de verdad, al simio, pero no es un simio; es similar, tiene cierto parecido, tiene algo que se asemeja al antropoide, pero no es antropoide. Claro, esa criatura, a su vez, al sufrir la Tierra un cambio, una transformación, al alterarse la metamorfosis de la Tierra, se altera también esa forma antropoide y aparece el primer hombre, la Primera Raza humana viviendo ya en el continente polar, que otrora estaba situado en la zona ecuatorial.

Y luego vienen las sucesivas transformaciones de la Tierra, o metamorfosis de la Tierra que dan origen también a cambios en la raza humana en la época hiperbórea, en la época lemúrica, atlante y hasta nuestros días.

Si se observa, cada raza humana está exactamente de acuerdo con el ambiente en que se desarrolla y desenvuelve.

P: Maestro, ¿ese proceso evolutivo ocurrió o aún sigue ocurriendo?

R: Pues, todavía sigue ocurriendo. En la Sexta Raza habrá otro cambio de la morfología de la Tierra y, como secuencia o corolario, traerá otro cambio en la raza humana. La Sexta Raza será muy distinta a la nuestra; y la Séptima también será completamente diferente a la nuestra. Es decir, la morfología de la Tierra y de las razas marcha en forma paralela; eso es obvio.

P: ¿Qué relación hay ahora entre los organismos de los elementales que están en el reino mineral de esta tercera dimensión y ese proceso que usted menciona?

R: Bueno, los elementales que ahora están pasando por su estado de elementales en el mundo mineral, pues siguen ahí. Un día pasarán a ser vegetales, otro día pasaran a ser animales, y al fin llegaran a ser humanos.

Lo que sí veo son graves errores por parte de algunos. Hay quiénes al ver, por ejemplo, las figuras humanas de las Rondas precedentes piensan, sencillamente, que esos eran Hombres que iban descendiendo poco a poco, etc. Pero, realmente, nosotros tenemos que comprender que la Mónada toma la figura humana siempre. Y no hay que confundir a la Mónada con el Hombre. El Hombre es algo que tiene que autocrearse; todavía no existe realmente el hombre. Hay unos cuantos hombres, los demás son «animales intelectuales», aún hoy en día; ésa es la cruda realidad de los hechos. ¡Habla!

P: Venerable Maestro, si el hombre viene de las dimensiones, entonces ¿qué hay sobre la cultura Maya que dice en el *Po-pol Vuh* que los dioses experimentaron varias formaciones (los hicieron de barro, de madera, etc., con varias formas), pero que no reconocían su origen, hasta que por fin dieron con un hombre que reconoció su propio origen? ¿Tiene relación con esto, Maestro?

R: Bueno, eso se sale del tema. Es claro que los dioses tomaron figura de hombres, pero eso se sale del tema, ¿no? Estamos, estrictamente, ciñéndonos a la cuestión del temario; ahorita no estamos estudiando, en este momento, otras culturas ni nada; ahora nos ceñimos, estrictamente, a la cuestión de la antropología científica. Porque los hermanos necesitan prepararse primero en antropología científica antes de que puedan tratar el asunto de culturas, tradiciones, etc., etc. Vamos a ver cómo se van a preparar en antropología científica.

Eso sí, puedo decirles sencillamente que las Mónadas en Rondas precedentes tomaron figuras humanas. En cuanto a los dioses, los dioses han existido en todas las Rondas. Existieron en la Primera Ronda junto con los elementales de la naturaleza, como existieron en la Segunda Ronda, en la Tercera y aún hoy en día en la Cuarta Ronda; y aún, también puedo decir, que hay muchos dioses ahora que tienen cuerpos humanos; y eso es todo. A ver.

P: El Rayo de Creación...

R: Bueno, ahora no estamos en el Rayo de Creación, hálbame de antropología científica. A ver, otro allá.

P: Maestro, es que tengo entendido que en la ciencia de los hombres, o sea, la ciencia materialista, ellos dicen que «el hombre es primero mineral, después el hombre en su formación...» ...Es que el hombre realmente, al formarnos, se forma primero como mineral, después como vegetal, después como animal y después pasa a humanoide, en su formación, en el momento en que el feto se forma, Maestro, ¿es así?

R: Pues, tal como lo hemos planteado. Ellos tienen que reconocerlo porque así es. Pero sucede que no se concentran, no ponen la debida atención en esos procesos de recapitulación fetal que son tan importantes.

Téngase en cuenta que –como les digo– la Ontogenia es la base misma para conocer la Filogenia. Ellos andan buscando el origen del hombre fuera de sí mismos y están completamente equivocados.

P: Tengo entendido, Maestro, que sí lo aceptan [...] que el hombre pasa por esas cuatro etapas, antes de hacerse humano.

R: No lo aceptan. Aceptan, perfectamente, que pase por esas cuatro etapas en el vientre materno. Pero no son capaces de profundizar en la Ontogenia como es debido. Porque si de verdad aceptaran la Ontogenia como es debido, no andarían buscando «changos» para saber de dónde nace uno; ni andarían asentando teorías tan absurdas como ésta en la que se dice que «venimos del ratón», o que –de «perdida»– «venimos del mandril». Con esas afirmaciones están demostrando, hasta la saciedad, de que verdaderamente no han profundizado en la Ontogenia. No sería po-



sible, repito, conocer la Filogenia si no ahondamos en los misterios de la Ontogenia. Eso es lo que les está pasando a ellos, a los científicos materialistas.

Ahora bien, si aceptaran de verdad la cuestión de que hemos pasado por los cuatro reinos, deberían ahondar más en ese asunto. Tendrían que no negarle a los cuatro reinos sus Mónadas. Sin las Mónadas no sería posible, en realidad de verdad, entender los procesos evolutivos de los cuatro reinos de la naturaleza, ni el paso de cada uno de nosotros a través de los cuatro reinos.

Así pues, ellos no saben de esas cosas. Ellos están, únicamente, buscando pruebas por otro lado. Quieren que descendamos del tiburón; quieren al «hermano ratón» (ellos ahora ponen al ratón como el primer señor de la casa). En todas partes están buscando pruebas, y realmente no han hecho sino fracasar lamentablemente.

¡Que ahonden en la Ontogenia, para que conozcan la Filogenia! ¡Que busquen el origen del hombre dentro del hombre mismo! ¡Que no anden buscando el origen del hombre fuera del hombre, porque eso es absurdo! Y ellos andan buscando el origen del hombre fuera del hombre; eso es absurdo en un ciento por ciento. A ver, habla.

P: Maestro, en la disertación indicaba que la tesis gnóstica es que el origen del hombre proviene del mono, de una unión de relación entre hombres y cierta clase de bestias. ¿Esas bestias existen hoy en día?

R: Lo que he dicho es que los monos (sean los descendientes

de Lemuria, como orangutanes, gorilas, chimpancés) o los descendientes de Atlántida (como los catirrinos y platirrinos, etc.), tienen un antecesor que es el hombre y la bestia. Porque ciertas tribus lemúricas se mezclaron con bestias y de ahí resultaron determinado tipo de simios. Lo mismo sucedió al final de la Atlántida. De manera que hay simios que vienen de Lemuria, y hay otros que vienen del final de Atlántida. Algunos simios vienen del Mioceno y de la mismísima Época Mesozoica; y hay otros simios que vienen del final de la Atlántida; ésa es la cruda realidad de los hechos.

P: Venerable Maestro, en una pregunta que se le hizo se refería al origen del hombre, y usted hablaba de 350 millones de años, aproximadamente, pero yo creo que, más que todo, debemos tratar de precisar la diferencia.

R: Así que, en realidad de verdad, si quieren que les especifique, con mucho gusto les especifico. Obviamente que hay que distinguir entre el Hombre-Hombre y el «animal intelectual». Hombre-Hombre son los de las tres primeras razas.

«Animal intelectual», ¿cómo nació el «animal intelectual»? Fue de la mezcla de algunos hombres que degeneraron durante la época del Mioceno (o sea tercera parte del Eoceno); se mezclaron con bestias de la naturaleza y de allí nacieron determinados monstruos –como ya les dije–, ciertos simios que se sostenían sobre las palmas de las manos y los pies, con rostros azules, otros con rostros rojos, y que hablaban, y de pronto se erguían sobre sus dos pies,

gigantescos, horripilantes; e innúmeras bestias de toda clase. Obviamente que de alguna de esas bestias humanas salió lo que se llama, en realidad de verdad, el «animal intelectual», que hoy en día todavía existe.

De manera que, en nombre de la verdad, tengo que decirles que ustedes vienen de esa mezcla. Son «animales intelectuales». Será un poco duro para ustedes, pero es la verdad. Distíngase entre los «animales intelectuales» y los Hombres. Los Hombres son de la Primera, Segunda y Tercera Raza. De finales de la Tercera Raza para acá, son puros «animales intelectuales», mezcla de Hombres que se degeneraron con bestias de la naturaleza; de ahí surgieron los «animales intelectuales».

Claro, antes de poder caminar sobre sus dos pies, pasaron por ciertos cambios muy difíciles, hasta tomar la semejanza de los Hombres reales. Esto no quiere decir que no hayan tenido el Órgano Kundartiguador (la cola, como ustedes ya lo saben). Pregunta.

P: Perdón Maestro, o sea, a lo largo de su disertación fue relacionando el aspecto morfológico con el aspecto ontológico, ¿verdad? ¿Podríamos decir que esa es la metodología de la antropología gnóstica: apelar, digamos, al aspecto físico o cambio de la forma, y aparte de eso, al estudio de la Esencia o de la Mónada?

R: ¡Mira, voy a decirte! La cruda realidad de los hechos es que si tú no estudias la morfología no podrías entender esto a fondo, ¿no? Obviamente que dentro del vientre materno, es decir, mediante la Ontogenia puedes descubrir las

huellas del ser humano: por dónde ha pasado, cuáles son sus fases, sus cambios, su morfología, etc., etc., etc. Y he relacionado, exactamente, a la Ontogenia con la Filogenia. He hecho pasar por la mente de ustedes, ¿no?, todos los procesos de la Filogenia a través de la Ontogenia. Y llego a la conclusión de que, si queremos conocer la historia del Hombre realmente, los procesos evolutivos por los que hemos pasado, necesitamos, forzosamente, ir al vientre materno; ahí vemos, en la Ontogenia, todo el proceso histórico de la Filogenia. Esa es la cruda realidad de los hechos.

Que hayamos sido piedra ¡exacto!; que hayamos sido planta, que hayamos sido animal ¡correcto! Pero, obviamente, no sería posible el movimiento éste de la Filogenia si no existieran las Mónadas. Son las Mónadas precisamente del reino mineral, las que pugnan, luchan por llegar un día al vegetal; son las Mónadas vegetales las que un día luchan por llegar al animal; son las mismas Mónadas del reino animal las que un día originan el primer espécimen de hombre, que mediante un cambio morfológico, de acuerdo con la Tierra, hace que aparezca, realmente, el «hombre primitivo», el «hombre real».

Claro, al llegar a esto de «hombre primitivo», «hombre real», pues estoy hablando en una forma simbólica, me estoy refiriendo a la figura humana. Porque ya sabemos que para poder fabricar al Hombre, pues hay que trabajar mucho dentro de sí mismos. Pero no me estoy deteniendo en esos análisis ahora porque quedarían ustedes confundidos. ¿Hay alguna otra pregunta? A ver habla.

P: Maestro, con respecto a un dato que dio o aclaró que nosotros venimos realmente de una mezcla con animales de la raza anterior, y que tomamos unas formas animalescas y nos fuimos parando, surge una pregunta, Maestro: ¿todos estos cuerpos que se dejaron, que se perdieron, que se enterraron, no serán los que está tomando la antropología materialista para dar por sentada la tesis de la aparición del hombre?

R: Realmente que no. Porque la antropología materialista está poniéndonos una cadena absurda: tiburón, primero que todo; el lagarto, segundo; opossum, tercero; luego el animalillo lémur con posibilidades del ratón, que ya – como les dije– pasó a ocupar un puesto muy elevado; y luego sigue el mono y por último el gorila; y del gorila al hombre. ¡He ahí la cadenita! Una cadenita absurda porque faltan los eslabones, ¿dónde están?

P: Ellos ligan de una forma mecánica todo esto, no solamente desde el tiburón, sino desde mucho antes; es más, desde la célula ésta que el Maestro ha citado en la profundidad de los mares, y más atrás, desde la aparición misma del planeta... O sea, a través de una lógica poder demostrarles que lo que ellos exponen, cómo apareció el planeta a través de la nebulosa; que se fue condensando y que aparece de pronto el planeta con el mar, y de ahí va salir la célula ésa de la que van a salir algas, y de las algas el tiburón, y así sucesivamente.

R: ¡Correcto, estoy de acuerdo con eso! Pero si nosotros hiciéramos una mezcla de todo eso ahora, si mezcláramos no-

sotros en este momento las cuestiones de la Cosmogénesis con la Antropología en estos instantes, en primer lugar no nos alcanzaría toda la noche, nos echaríamos aquí, por lo menos, unos seis meses; tendrían que traernos el desayuno por debajo de la puerta; esto no concluiría jamás.

Vamos a ir desarrollando el tema por orden. Incuestionablemente habrá necesidad de ir desglosando eso que tú afirmas, pero lo vamos haciendo con una didáctica, poco a poco. Porque, entre paréntesis, estamos queriendo dar forma a un libro. Estas conferencias se irán reuniendo en forma de libro y ese libro saldrá a la luz pública. Debe llevar, por lo tanto, una didáctica.

No hay duda, –y ¿quién puede negarlo?–, de que existió una Tierra protoplasmática, ¡existió!, y por lo tanto un hombre protoplasmático: el primer bosquejo de hombre en la Época Polar. Tampoco podemos negar nosotros que la Tierra estuvo ubicada, en otro tiempo, en el mundo astral, en el mundo mental, ¡pues claro!; fue cristalizando poco a poco hasta llegar a la época actual.

Por eso se dice que primero fue el fuego; el fuego se transformó en aire. ¿Fuego? Cuando la Tierra fue mental; se transformó en aire cuando la Tierra fue astral; se transformó en agua cuando la Tierra fue etérica; se convirtió en física cuando la Tierra condensó físicamente, cuando apareció el cuarto elemento que se llama «materia física». Pero esa materia física vino surgiendo desde esas regiones –como ya les decía a ustedes– desde el Iliaster hasta la región meramente tridimensional de Euclides.

P: Maestro mire: Lo del fuego, ellos (los materialistas) hablan también que era un gran fuego que se volvió aire; pasó a ser un mar (agua) y después que salió la tierra; y después que está la Tierra, está la forma material, ya está, digamos, el mineral. Después sale el vegetal con las algas (ya sabemos que no es cierto, Maestro), de las algas los animales y después de los animales sale la forma humana... ...pero que manejan una intuición de la real evolución del hombre, ¿verdad, Maestro?

R: Pues voy a decirte una gran verdad. Hemos investigado profundamente el materialismo histórico, y sabemos lo que es esa ciencia. Lanzan hipótesis sin fundamento alguno.

¿Quién podría negar que primero es el fuego? Para eso no se necesita estudiar esoterismo. El fuego es lo fundamental. Solamente que ellos lo hacen depender de por allá, de los rincones de la nebulosa. «Ollas» donde hay fuego; «hornos» ardientes de donde salen mundos, pero, ¿quién los enciende? ¿Quién enciende esos «hornos», y por qué tienen que salir de allí? ¡Nada saben sobre esas cosas!

Y luego, hacen unos planteamientos de vertebrados, comenzando por el simple protoplasma de Haeckel, allá, arrojado en el fondo de un mar lleno de lodo, porque ni siquiera han aparecido las primeras capas de piedra, en las épocas todavía silúricas; pero, ¿les consta eso a los señores materialistas? ¿Qué pueden ellos saber sobre la constitución de nuestro mundo en el alborar de la vida? ¡Absolutamente nada!

No podríamos negar que hemos pasado por las fases de piedra, planta, animal y hombre, ¡correcto!, ¿pero dónde, cuándo y cómo? ¿Saben ellos acaso algo sobre las dimensiones superiores de la naturaleza y del cosmos? Mientras ellos estén negando la posibilidad de una cuarta dimensión y de una quinta y de una sexta y de una séptima, no podrán saber nada sobre el origen de la vida, imposible, puesto que toda evolución comienza, incuestionablemente, desde la primera ronda y viene a cristalizar físicamente aquí, en el mundo físico, ya a la mitad del camino. Digo a la mitad del camino porque la cuarta ronda es la mitad del camino. En la quinta todo vuelve a ser etérico. En la sexta vuelve a ser astral. En la séptima vuelve a ser mental. Y solamente es aquí, en la cristalización de las formas, donde intervienen ellos para tratar de inventar sus teorías. ¿Por qué no intervienen antes? ¿Por qué no investigan la vida desde el alborear mismo de la existencia? Por lo tanto, ellos marchan por el camino del error, y sus cincuenta mil elucubraciones son totalmente falsas.

La primera raza, decimos nosotros que eran auténticos, que eran figuras humanas, pero realmente, en el fondo, eran animales intelectuales todavía, las gentes cuyas almas habían venido evolucionando desde el reino mineral y habían conquistado el estado humano. No habían fabricado su cuerpo astral, ni su cuerpo mental, ni su cuerpo causal. Obviamente, eran simplemente animalillos que habían cristalizado con una transformación morfológica; animales con figuras de hombres. Pero claro, al lado de esa gente de la primera raza, vivían Hombres verdaderos.



P: Pienso que, de cualquier modo, de una raza a otra hay un proceso de cambio. Hace ocho días yo le preguntaba de las mutaciones, y nos explicaba usted que no hay tal mutación. Pero entonces ese cambio, ese proceso de una forma a otra forma de ser humano ¿cómo se da?

R: Bueno, hay cambios morfológicos... éstos marchan de acuerdo con la Naturaleza. Porque una cosa es el lémur gigantesco, descomunal, de cuatro metros de estatura, que no cabría aquí en este salón, y otra cosa es el hombre de la Quinta Raza, una persona de nuestra época.

Conforme la morfología de la Tierra va cambiando, la morfología de las criaturas cambia también. Pero una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa. Pensar que mediante esos cambios el mono se haya convertido en hombre, eso es completamente diferente y absurdo además. ¿Qué otra pregunta hay?

P: Maestro, ¿qué dice en cuanto a eso de las condiciones que se requieren para un caso como el del mono, que es algo excepcional que provenga del hombre?

R: Pues, hoy en día no es muy posible. Pero en aquella época de la antigua Lemuria, en pleno Mioceno, y aún más, durante la época de los reptiles (la época Mesozoica), las condiciones eran diferentes: los rayos del Okidanock, omnipresente y omnipenetrante, se intercambiaban en forma diferente y hacían posibles tales cruces sexuales entre hombres y bestias; aún más, en la Atlántida todavía eran posible esos cruces. Hoy en día, ya cuesta mucho trabajo. Puede un hombre caer en la bestialidad, o una mujer (caer)

en la bestialidad, y ya difícilmente sale de ahí una criatura.

Así pues, que han habido cambios en la morfología de la Tierra y entre las fuerzas ocultas que la gobiernan.

P: Tenía referencia, Maestro, que hace poco sucedió en la costa Norte de Colombia una mutación de ésas: un niño que nació con cara de marrano y con cuerpo de niño, y murió a los pocos instantes. Pero si obtuvo grandes revuelos, y se hizo algo internacional; fue en Sabanalarga, en la costa.

R: Bueno, pero no vamos a pensar que la mamá de ese niño se haya metido con un cerdo, ¿no? Me parece imposible. Es posible que la madre haya fijado muy bien su imaginación en algún cerdo, sí. Y que eso se haya grabado completamente en el feto, haya modelado el feto.

P: El hijo, lo tuvo, fue la marrana, Maestro.

R: ¡Ah, entonces cambió la cosa! ¡Ahí sí ya cambio la cosa! Entonces ahí sí pudo haber habido un «chango» muy especial, ¿no?, que se haya metido con la marrana. Sí, esos son casos posibles, pero no definitivos, porque no puede decirse que ese cerdo haya sobrevivido con rostro humano, con cara humana, no logró sobrevivir. Claro, el macho que se haya metido con esa cerda, incuestionablemente, es «cerdo» también, es obvio. Bueno, a ver...

P: Maestro, ¿cómo podríamos definir a la Antropología Gnóstica?

R: Bueno, es una Antropología, por oposición, diferente a la materialista, ¿no? Pues ya sabemos nosotros que *antro-*

*phos* es «hombre», ¿no? y «Antropología», pues el origen o historia del hombre, ¿no?

Pero «gnóstica» quiere decir «Gnosis», «conocimiento». Es un conocimiento antropológico más profundo, ¿no? Que va a su raíz gnóstica, a su raíz sapiente; va a buscar el verdadero Homo Sapiente. Busca al Homo Sapiente a través de otro sistema de estudio diferente, que es el gnóstico, precisamente. Es un sistema diferente, y llegamos al Homo Sapiente por un camino muy distinto. Llegamos al Homo Sapiente a través de nuestra propia investigación. No andamos buscando afuera, buscamos dentro de nosotros mismos; y dentro de nosotros mismos encontramos al origen verdadero del Hombre. ¡No fuera, sino dentro! A ver.

P: Hace poco leí en un lado que en Rusia estaban haciendo unos experimentos de relación entre monos y seres humanos. ¿Habría la posibilidad que salga algún ser de ese cruce?

R: Pues sí, se obtuvo ya de cien mujeres que fueron inseminadas con zoospermos de monos; salieron cien niños que murieron. Es posible, pues, que eso sea así. Están buscando los científicos a ver por qué murieron. Eso es lo que falta saber: ¿por qué murieron? ¿Qué buscan los rusos con eso? Crear una raza de esclavos para que se ocupen de trabajos sencillos, manuales, mientras que ellos se dedican a las artes y a la ciencia; así piensan.

Como les digo a ustedes, dos especies diferentes, aunque similares, pueden tener un antecesor común, pero nunca

una depende de la otra. Mas otro caso, muy distinto, es que se cruce sexualmente un antroipoide con un ser humano. Como quiera que son similares, es posible que nazcan las criaturas. Y sí, nacieron cien, pero murieron inmediatamente.

Creo que hasta aquí ya es suficiente, mis queridos hermanos, porque se nos va haciendo tarde.

## Tercera Cátedra

*Tercera Cámara. México D.F. 17 de agosto de 1977*

Ha llegado la hora de hacer ciertos análisis en relación con el hombre.

Ciertamente, y en nombre de la verdad, la antropología meramente materialista nada sabe sobre lo que es el origen del hombre. Ya en pasadas cátedras hicimos nosotros algunos análisis someros, y ahora vamos a ahondar algo más en esta cuestión.

Pensemos por un momento en los tiempos Mesozoicos de nuestro mundo, en la era de los reptiles. Entonces, en verdad, existía el hombre. Claro, esto lo niega la antropología materialista. En verdad que la antropología meramente profana desconoce el origen real del ser humano. Quiere la antropología materialista que el hombre no exista antes de la Era Cuaternaria; se le niega la posibilidad de haber existido durante el Período Cenozoico, lo cual resulta en el fondo manifiestamente absurdo.

Sin embargo, hay cosas que lo dejan a uno pensando, y es lo siguiente: ¿Por qué ciertas especies, como el Plesio-

saurio y el Pterodáctilo, pudieron sobrevivir durante tanto tiempo y al fin murieron, quedando hoy nada más que sus restos en algunos museos? Sin embargo, el hombre, a pesar de que esas especies fallecieron, de que se extinguieron sobre la faz de la Tierra, todavía sigue existiendo.

¿Por qué se extinguieron las especies del Periodo Mesoceño, de la Época Mesozoica, y cómo es que los seres humanos no se hayan extinguido? Tantas especies desaparecieron y los seres humanos continúan vivos, ¿cómo es eso? ¿Qué explicación podría dar la ciencia materialista? No da ninguna.

Obviamente, la especie humana debería haber desaparecido. Si desaparecieron sus contemporáneos de la Época Cuaternaria y de la Terciaria, pues también deberían haber desaparecido los seres humanos de la faz de la Tierra, pero continúan. Esto nos permite inferir la existencia del ser humano mucho antes de la Época Cuaternaria, y aún más, mucho antes de la época de los reptiles o de la Edad Carbonífera.

Hay derecho a alegar la existencia de los seres humanos en tiempos que están más allá del Período Mesozoico. Tal derecho nos lo confiere, precisamente, el hecho concreto, repito, de que todas las especies de la Época Terciaria y Cuaternaria hayan desaparecido y que, sin embargo, su contemporáneo, el hombre, continúa todavía existiendo.

Si las otras especies desaparecieron, por inducción debemos decir que, al no haber desaparecido el «animal intelectual» llamado hombre, tuvo que haber existido más allá

de la Época Mesozoica y de la Época Carbonífera. Lo están demostrando los hechos, y hechos son hechos, y ante los hechos tenemos nosotros que rendirnos.

Una cosa es terriblemente cierta: La *Biblia* nos habla, por ejemplo, de serpientes voladoras, y Job cita al Leviatán. El *Zohar* afirma, en forma enfática, que la serpiente tentadora del Edén era un «camello volador». A propósito, no está de más recordar que en Alemania se encontró a una especie de «camello volador». Me refiero a restos fósiles que pudieron ser perfectamente organizados por los antropólogos. Tiene un tamaño de 78 pies, es gigantesco; un cuello largo, muy largo, semejante al de los camellos, sin embargo está provisto de alas membranosas. Y cuando se observa el cuerpo de aquellos restos óseos se puede evidenciar que en verdad se trata de una serpiente voladora, parecida al camello en cuanto a su cuello largo. ¿Será tal vez el Leviatán? ¿Qué dirían a eso los antropólogos? Obviamente este saurio, o mejor dijéramos Mosasaurio, es en el fondo únicamente el resto, o lo que queda de lo que fueron las serpientes voladoras de tiempos arcaicos de nuestro mundo Tierra.

Ahondando en todo esto, hallamos otros aspectos muy interesantes dentro del campo de la Antropología. En la biblioteca imperial de Pekín, por ejemplo, existían pinturas en las que aparecían algunos Plesiosaurios, y también algunos Pterodáctilos. ¿Cómo es posible que los antiguos, que no sabían nada sobre Paleontografía o Paleontología, conocieran especies ya extinguidas de la época misma de los reptiles?

Eso es algo que no tendría una explicación lógica si no conociéramos nosotros la posibilidad de desarrollar en el cerebro humano ciertas facultades de tipo trascendental, facultades que nos permitirían el estudio de la historia de la naturaleza y del hombre, en el fondo mismo de las memorias que yacen ocultas en todo lo que es, ha sido y será.

En realidad de verdad, mis estimables amigos, tenemos nosotros que saber que éste, el hombre actual, en modo alguno es el Hombre real. En lo único que podríamos estar de acuerdo con los antropólogos meramente profanos es en la cuestión del animal intelectual. Que éste venga, en realidad de verdad, de la Época Cuaternaria o finales de la Época Terciaria, es algo que en modo alguno negaría. Pero, antes que todo conviene hacer una plena diferenciación entre el Hombre y el animal intelectual. El Hombre verdadero existió más allá de la Época Carbonífera y de la edad meramente Mesozoica. Este Hombre verdadero vivió en la época de los reptiles.

Desgraciadamente, algunos seres humanos auténticos degeneraron terriblemente al final de la Época Terciaria, durante el Mioceno. Se mezclaron entonces, desgraciadamente (como ya dije en mi pasada plática), con algunas bestias de la naturaleza; y de ellos resultaron ciertos simios gigantes (estoy repitiendo algo que ya dije), que tenían rostros azules o rojos, que caminaban sobre pies y manos, o que se erguían como bípedos, y que tenían la capacidad de hablar.

A su vez, tales especímenes hubieron de mezclarse con otras bestias subhumanas, y de todo ello resultaron ya los



simios que conocemos o también, a base de ciertas evoluciones, algunos tipos de humanoides.

Estos humanoides siguieron reproduciéndose incesantemente durante la Época Cuaternaria. Posteriormente, en esta época en que nos encontramos, son estos humanoides la humanidad actual: mezcla de Hombres auténticos con bestias de la naturaleza.

Ahora verán, pues, la diferencia que existe entre los Hombres reales de la Primera, Segunda y Tercera Raza, y los animales intelectuales de la Cuarta y de la Quinta Raza en que nos encontramos. Sin embargo, no por eso hemos de desalentarnos. Los gérmenes para el Hombre están en las mismas glándulas sexuales, los cargamos.

No hay quien no cargue tales gérmenes, puesto que es el resultado de la mezcla del Hombre con el animal. Si carga tales gérmenes, existe la posibilidad de elevarse al estado humano verdadero. Eso sí, que hay que trabajar con tales gérmenes, hay que conocer, en realidad de verdad, los misterios del sexo para poder crear al Hombre auténtico dentro de sí mismo.

Desgraciadamente, los antropólogos materialistas creen que son Hombres, desconocen absolutamente los misterios del sexo e inventan múltiples teorías sobre el origen de la humana especie, que en modo alguno, en verdad, podrían resultar útiles.

Pienso que todas esas teorías de los antropólogos materialistas están causando gravísimo daño a los pueblos. Es

lamentable que la antropología materialista esté corrompiendo a la raza humana. ¡Ya bastante degenerada está!, y con tales teorías se degenera cada día en forma peor.

Nosotros, como antropólogos gnósticos, tenemos que enjuiciar muy severamente a la antropología materialista, a esos que dicen que solamente creen en lo que ven, y que, sin embargo, están creyendo en lo que nunca han visto, en utopías tan absurdas como aquélla de que somos hijos del ratón, o que nuestro antepasado, el mandril, es un «elegante caballero».

Tenemos que buscar, indudablemente, el origen de esta raza humana, de esta Quinta Raza que es a la cual nosotros pertenecemos. Debemos hallar su cuna por la Cachemira, por la meseta central del Tíbet, por el Euxino, etc.

No quiero decir que la cuna completa de la raza actual haya tenido su origen, absolutamente, en esas regiones que he citado. Pero, en nombre de la verdad, debo decir que tales regiones de la Tierra constituyen una cuna muy importante de la especie humana, una de las varias cunas; me refiero a la especie humana actual, a las gentes de la Quinta Raza.

Ha habido cinco razas en el mundo, que corresponden a cinco épocas diferentes. En primer lugar dije que teníamos la Raza Protoplasmática, luego los hiperbóreos, posteriormente los lémures, más tarde los atlantes y, por último, tenemos esta raza, que es la nuestra, la Aria. Nosotros iremos desarrollando a través de estas pláticas la historia de cada raza (aunque sea en forma somera), más una descripción completa de los escenarios en los cuales se ha desarrollado.

Hoy por hoy, me limito a decir que los Hombres de la Primera Raza propiamente dicha, existieron en el casquete polar del Norte, en la Isla Sagrada. Entonces ese casquete polar del Norte, los polos, mejor dijéramos, ocupaban la zona ecuatorial.

Incuestionablemente, la forma de vida de aquella raza era muy distinta a la actual; nada sabe sobre eso la antropología materialista. Aún más, estas afirmaciones en modo alguno concordarían con la famosa Pangea y, por lo tanto, al hacer tales declaraciones lo único a que nos exponemos es a la burla de los antropólogos profanos. Es que ellos desconocen, en verdad, la mecánica celeste en forma total. No saben que existe el proceso de revolución de los ejes de la Tierra. Piensan que la Tierra ha tenido siempre la misma posición con respecto al Sol, y es obvio, que por tal motivo han inventado su Pangea, pues les resulta más cómodo que estudiar Astronomía.

Los hiperbóreos tuvieron su escenario en esa herradura que rodea al Polo Norte. Obviamente, la misma Inglaterra y hasta Irlanda pertenecieron a la Tierra de los hiperbóreos; a esa tierra perteneció también Alaska, pues, todas esas regiones forman una herradura alrededor del casquete polar del Norte.

La Lemuria existió más tarde en el Océano Pacífico; un enorme y gigantesco continente que cubría toda el área del Pacífico.

La Atlántida existió más tarde en el océano que lleva su nombre. Así pues, la fisonomía del globo terráqueo ha

cambiado muchas veces. Cinco continentes o cinco aspectos, o cinco escenarios ha tenido nuestro mundo, en los cuales se han desenvuelto cinco razas.

¿Podríamos nosotros aspirar a que ellos, los señores de la antropología materialista, aceptaran todo esto? Incuestionablemente que no, porque ellos creen que se las saben todas y de todas, todas; no solamente ignoran, sino lo que es peor, ignoran que ignoran.

Se proponen atacar al Génesis bíblico y en su afán anticlerical han inventado todas esas teorías que abundan por aquí, por allá y acullá. No quieren entender siquiera lo que significa la palabra Edén; «Ed-en», en su etimología. Hay una raíz griega que explica tal palabra: voluptuosidad; así que Edén significa «voluptuosidad». El Edén es el mismo sexo, y todo el Génesis bíblico es una obra de Alquimia, nada tiene de histórico.

Aquel Edén que otrora se situara en la Mesopotamia, entre el Tigris y el Eufrates, se convirtió más tarde en la escuela de los astrólogos, y de los caldeos, y de los magos. Ese Edén, parece que tiene cierta relación, en verdad, con el famoso Adi-Vasvasha de los antiguos lémures, y hasta con el Jardín de las Hespérides del continente Atlante.

El Edén es el sexo, mas esto no lo aceptarían jamás los antropólogos del materialismo, y mucho menos aceptarían los grandes misterios sexuales de Caldea, de la India, de Babilonia, de México, de Persia, de Egipto, etc.

En la Lemuria existió el sistema de reproducción por Kri-

yashakti, esto es durante el Mesozoico, mucho antes de que la raza humana hubiera caído en la generación animal. Bien sabemos nosotros que esta raza cayó en la tercera parte del Eoceno, o sea, durante el Mioceno.

Las gentes, los Hombres verdaderos de la época Mesozoica se reproducían, ciertamente, por Kriyashakti: el poder de la voluntad y de la inteligencia. Pero eran Hombres, y su sistema de reproducción no sería aceptado hoy en día por los animales intelectuales, porque el sistema de reproducción de los Hombres verdaderos es el de Kriyashakti. Es un sistema sagrado que causaría risa y rechazo a los antropólogos materialistas, aún más, se sentirían ofendidos.

Entonces, el sexo se consideraba sagrado, jamás se eyaculaba el esperma sagrado. El esperma era considerado como materia venerable. Cualquier zoospermo maduro se escapaba para hacer fecunda una matriz, y la raza humana poseía ingentes poderes, facultades extrasensoriales que le permitían conocer todas las maravillas del universo y del cosmos. Por eso se dice que vivía en estado paradisiaco. Pero cuando el Hombre cayó en la generación animal, es decir, cuando comenzó a eyacular la entidad del semen, se precipitó la involución. Fue en realidad en la tercera parte del Eoceno cuando el Hombre cayó llegó a mezclarse hasta con las mismísimas bestias de la naturaleza. De allí nació el animal intelectual.

Incuestionablemente, el animal intelectual no podría jamás aceptar el sistema de reproducción por Kriyashakti, precisamente por su condición de animal. El sistema de

Kriyashakti no es para los animales intelectuales, es para los Hombres; son dos reinos distintos. Así que, en realidad de verdad, no debería sorprendernos que los animales intelectuales de la Antropología materialista rechazaran el sistema de reproducción por Kriyashakti; y tienen hasta razón en rechazarlo, pues tal sistema no es para los animales intelectuales –repito–, sino para los Hombres.

Sin embargo, como quiera que los gérmenes del Hombre –a pesar de todo– están en nuestras glándulas endocrinas, es obvio que si trabajamos nosotros con el sistema sexual de Kriyashakti –que es el de los Hombres– podremos, en realidad de verdad, regenerar el cerebro y desarrollar dentro de la naturaleza fisiológica y biológica, y psicosomática al Hombre real, al Hombre verdadero. Pero –repito–, esto no les gusta a los animales intelectuales.

Nosotros, en la Gnosis, hemos difundido por todas partes los misterios del sexo. Si bien es cierto que el Gnosticismo Universal ha aceptado el sistema de reproducción por Kriyashakti, no es menos cierto que millones de animales intelectuales lo han rechazado, y no podemos criticarlos, puesto que ellos son animales intelectuales: el producto de la relación sexual de ciertos Hombres que degeneraron en la época Terciaria y que se mezclaron con bestias de la naturaleza. ¿Cómo podría ese producto de Hombres y bestias aceptar un sistema sexual que no les pertenece? ¡Imposible! Así que vale la pena que reflexionemos un poco.

Pero bueno, vamos a entrar a un punto más importante, que lo he anotado hoy para que reflexionemos sobre eso.

Al fin y al cabo, ¿de dónde surgieron todas las especies vivientes? ¿De dónde surgió esta naturaleza? ¿Por qué tendríamos nosotros que aceptar meras utopías materialistas? ¿Por qué habríamos de aceptar el dogma de la evolución? ¿Por qué tendríamos que vivir nosotros dentro del mundo de las hipótesis?

Ha llegado el momento de ahondar un poco en toda esta cuestión. En mi pasada plática dije que la especie humana se había desenvuelto en otras dimensiones; también dije que los señores materialistas no aceptaban esas dimensiones superiores. Ellos quieren que a la fuerza estemos metidos dentro el dogma tridimensional de Euclides; son como el cerdo que quiere estar a todas horas en la pocilga y no quiere ver nada que no se parezca a pocilga.

Pero nosotros no aceptamos esos dogmas. En primer lugar porque a ellos no les constan las hipótesis que han afirmado (de que «el hombre venga del chango»). Nunca Darwin dijo que el hombre viniera del mono, jamás. Dijo, sí, que «el hombre y el mono tenían un antecesor común». Darwin abrió una puerta, nada más.

Cuando Carlos Marx le dedicó a Darwin su Dialéctica Materialista, éste se ofendió, rechazó tal dedicatoria, se sintió muy molesto. Mr. Darwin no era materialista; investigaba y abrió una puerta, eso es todo. A nosotros nos toca aprovechar esa puerta y ahondar en el misterio.

Si todo lo que hay hasta ahora son hipótesis (como lo dice Haeckel, quien en verdad asegura, en forma enfática, que ni la Geología, ni la Filogenia serían jamás ciencias exac-

tas), si las teorías de un día desaparecen al otro día, si estos señores están afirmando lo que nunca han visto (a pesar de que dicen que «no creen sino en lo que ven»), si están mintiendo en esa forma, entonces no podemos, ni debemos darles crédito.

Tenemos que apelar a la sabiduría de los antiguos. Así lo enseña el Gnosticismo Universal. Que la raza humana se hubiera desenvuelto en otras dimensiones, eso es un imposible para la ciencia materialista, pero es una realidad para los gnósticos.

Si los sabios antiguos podían hablar del Plesiosaurio, si podían mencionar a distintas bestias de la época de los reptiles y, aún más, del Período Carbonífero, sin saber, como ya dije, Paleontología, ni Paleontografía, ni tener todas esas jergas en la cabeza, es porque poseían facultades extraordinarias que pueden ser desenvueltas y que residen dentro del cerebro humano.

¿Podrían los señores antropólogos materialistas afirmar que ya conocen totalmente el cerebro humano? Es obvio que no. Aún más, afirmo claramente que la ciencia médica todavía no conoce, en realidad de verdad, el cuerpo humano. Creerán que lo conocen, mas no lo conocen. Mucho más tarde, cuando ustedes ahonden en la Ciencia de los Jinas, podrán corroborar mis afirmaciones. Pero no nos desviemos tanto del tema.

Al fin y al cabo, ¿cuál es origen de la humanidad, de la Tierra, de las razas, de la naturaleza, de todo lo que ha sido, es y será? Esto es lo que hay que reflexionar hoy.



¿Qué nos dicen los nahuas sobre el Omeyocan? ¿Y qué es el Omeyocan? El «Lugar Dos». Se dice que «en el Omeyocan sólo hay viento y tinieblas», así lo afirman los nahuas. Llámase también al Omeyocan –debido al viento y a las tinieblas– *Yoalli Ehecatl*. El Yoalli Ehecatl es algo que nos debe invitar a la reflexión. Pero reflexionemos, continuemos.

¿Qué nos diría el mundo oriental sobre el Omeyocan, ya no únicamente los eruditos de nuestro país (México), sino los asiáticos?

Una vez estuve hablando aquí sobre lo que es la materia en sí misma. Dije que «podría ser destruida la forma, pero que como sustancia, la materia continuaba en otras dimensiones, y al fin, la Tierra-sustancia, o la Tierra-germen era depositada entre el espacio profundo del Universo, en la Dimensión Cero desconocida». Así lo afirmé. También dije que «esa sustancia era el Iliaster: la semilla que quedaría depositada en la profundidad del espacio aguardando la hora de una nueva manifestación cósmica».

Recuerden ustedes que aclaré un poco más esto al decir: «que así como cuando un árbol muere queda su semilla, y que en ella existen todas las posibilidades de un nuevo desarrollo para un nuevo árbol, así también, cuando un mundo muere, queda su semilla: la materia homogénea, insípida, insustancial, inodora, incolora, depositada entre el seno de la Eterna Madre Espacio».

Pues bien, esa semilla con relación al Uno, es Dos. No debemos olvidar que para ser Uno hay que primero ser Dos, y el Uno se siente Dos. Esa Tierra caótica primigenia, insí-

vida, insustancial, inodora, ese germen de mundo depositado entre la Madre Espacio, es el Omeyocan, un verdadero paraíso que durante el tiempo de inactividad vibra, sin embargo, con felicidad.

Llamase también al Omeyocan –debido al viento y las tinieblas– «Yoalli Ehecatl». ¿Por qué? Porque Ehecatl es el dios del movimiento cósmico, el dios del viento. ¡Yoalli Ehecatl!, he ahí el gran movimiento cósmico en el Omeyocan; es allí en el Omeyocan donde reina la auténtica felicidad del mundo, la dicha inagotable, profunda.

Existen Días y existen Noches Cósmicas. Cuando la Tierra está en estado germinal, o cuando un mundo cualquiera se encuentra en estado de germen, depositado entre el seno del espacio profundo, duerme, y siendo Dos es Uno.

Después de cierto período de inactividad, entonces, el impulso eléctrico, el huracán eléctrico, hace que todos los aspectos, positivo y negativo, entren en actividad. Por eso se dice que «en el Omeyocan hay tinieblas y viento»; «tinieblas y viento», movimiento cósmico. No queremos decir «tinieblas» en el sentido completo de la palabra, es tan sólo una forma alegórica de hablar. Recordemos que en los Misterios Egipcios el sacerdote se acercaba ante el neófito y a la oreja le decía: «Osiris es un dios negro». No es que fuese negro, realmente Osiris, pues, es el Logos. Mas sucede que la luz del Espíritu Puro, la luz de la Gran Realidad, es tinieblas para el intelecto. Y si se dice que «en el Omeyocan sólo hay tinieblas y viento», es decir, movimiento cósmico, se quiere decir que allí está la luz increada, y que

allí se desarrolla el movimiento cósmico representado por Ehecatl.

En el Omeyocan se arremolina la quietud infinita antes de la manifestación del gran Logos Solar. El Logos Solar en la tierra sagrada de Anáhuac fue siempre llamado Quetzalcóatl. Así, pues, Quetzalcóatl, como Logos, existe indudablemente mucho antes de toda manifestación cósmica; es el Logos.

El Omeyocan es el ombligo cósmico del universo, donde lo infinitamente grande revienta en lo infinitamente pequeño, en recíprocos remolinos que vibran y palpitan intensamente. Allí lo grande y lo chico se encuentran: el macrocosmos y el microcosmos.

Con la aurora del universo, el huracán eléctrico hace palpar todos los átomos en forma de remolinos dentro del Omeyocan, dentro del Ombligo del universo, dentro de la matriz cósmica, que es el Dos. En el Omeyocan, el *Tloque Nahuaque* es tempestad nocturna de todas las posibilidades. ¿Por qué? Porque cuando el movimiento eléctrico, el huracán eléctrico, el torbellino eléctrico, hace girar todos esos átomos dentro de la materia caótica, existen todas las posibilidades de la vida universal. Así lo han escrito siempre los mejores autores de Cosmogénesis. Naturalmente, estamos diciendo algo que nunca aceptaría, en modo alguno, la ciencia materialista.

En el Omeyocan, el señor de la noche, el negro Tezcatlipoca, se niega, revienta en luz y nace el universo que fecunda y que maneja Quetzalcóatl: el Logos Solar. Recordemos

nosotros que este Tezcatlipoca representa, en su aspecto femenino, a la Luna y a Dios-Madre. El Omeyocan es precisamente eso, Dios-Madre; es precisamente la matriz del mundo. Por eso se dice que «Tezcatlipoca revienta en luz». Sí, la Madre se hincha como la Flor del Loto, y al fin nace este universo, que de hecho fecunda el Logos. En Náhuatl se dice que «Quetzalcóatl, entonces, dirige y maneja ese universo que surge a la existencia».

El Logos, Unidad Múltiple Perfecta, es radical; mas se desdobra a sí mismo en los cuarenta y nueve fuegos para trabajar con este universo naciente. Incuestionablemente es precisamente el Logos, Quetzalcóatl, quien dirige este universo; es, mejor dijéramos, la Conciencia Cósmica gobernando y dirigiendo lo que es, ha sido y será.

Pero estoy seguro, perfectamente seguro, de que la antropología materialista no aceptaría esta concepción de Quetzalcóatl. Estoy plenamente seguro de que la Antropología materialista rechaza al Logos, de que está en contra de la tradición mexicana, que no quiere nada con la sabiduría de México. La antropología materialista, al rechazar a Quetzalcóatl como verdadero gobernante del universo, de hecho está en contra de México mismo. Así, mis queridos amigos, vale que reflexionemos un poco.

Tampoco conviene que nos formemos de nuestro Señor Quetzalcóatl una concepción antropomórfica, no. Repito, Quetzalcóatl es una Unidad Múltiple Perfecta, es el Demiurgo de los griegos, el Logos platónico, el principio ingente de la naturaleza haciendo vibrar cada átomo, ha-

ciendo estremecer cada Sol, es el Fuego Creador del primer instante.

No podrían asegurarme jamás los señores del materialismo antropológico que conocen el fuego. Estoy seguro que no lo conocen, ni mucho menos la electricidad. A nosotros nos interesa el «Fuego del fuego» y el conocimiento profundo de la electricidad.

Ellos usan el fuego y lo consideran como elemento de combustión, mas se equivocan. Porque, en realidad de verdad, si nosotros rastrillamos un cerillo, veremos que surge el fuego. Dirían ellos: «¡Producto de la combustión!». ¡No señor! más bien la combustión es producto del Fuego. Porque la mano que rastrilla el cerillo tiene «fuego» para moverse, y el fuego está latente dentro del cerillo mismo. Basta solamente eliminar ese estuche de materias químicas de fósforo mediante el rastrilleo para que surja el fuego. El Fuego existe antes del cerillo; es algo desconocido para la química, porque el Fuego, en sí mismo, es el Logos, el Principio Inteligente fundamental de la naturaleza.

Conste que nosotros no estamos defendiendo a un dios antropomórfico, que tanto molestaría a los señores de la Antropología materialista. No. Mas únicamente estamos haciendo gran énfasis para decir que la naturaleza tiene Principios Inteligentes, y que toda esa suma de Inteligentes Principios de la naturaleza es Quetzalcóatl: el Demiurgo de los griegos, el Logos de los platónicos, Unidad Múltiple Perfecta latente en todo átomo, en todo corpúsculo que viene a la vida, en toda criatura que exista bajo el Sol.

No hay duda, mis queridos amigos, de que el monoteísmo causó gran daño a la humanidad, porque como consecuencia del mismo se provocó el materialismo, el ateísmo. Digo también que el politeísmo llevado al abuso, al extremo, causó daño a la humanidad, porque entonces de él surgió el monoteísmo, y del monoteísmo, a su vez, surgió el ateísmo materialista. Veán ustedes como el politeísmo, habiendo degenerado, dio origen al monoteísmo antropomórfico y, por último (examinen ustedes cuidadosamente la secuencia), el monoteísmo antropomórfico originó, a su vez –debido a los abusos de los diversos cleros religiosos–, el ateísmo materialista.

Si nosotros aceptamos Principios Inteligentes en la naturaleza y en el cosmos, como fundamento de toda esta maquinaria de la relatividad, no desconocemos que en el fondo «la variedad es unidad».

Conceptúo que en un futuro mediano la humanidad tendrá que volver al politeísmo, pero en una forma monística trascendental. Deberá equilibrarse la humanidad desde el punto de vista espiritual, entre el monoteísmo y el politeísmo. Sólo así podrá, en verdad, iniciarse una renovación de principios y una revolución completa de la conciencia.

Hasta aquí mis palabras de esta noche. Dejo ahora plena libertad a los aquí presentes para que hagan las preguntas que se relacionan con el tema. Advirtiéndoles que no contestaré preguntas que no tengan ver con el tema.

P: Venerable Maestro, ¿existe alguna relación entre el Teotihuacán eterno y el Omeyocan?

R: En realidad de verdad, el Teotihuacán está aún más allá del Omeyocan. Podría decir que el Teotihuacán es el Sol Sagrado Absoluto, y el Omeyocan es algo muy diferente, es el «Lugar Dos»; es, dijéramos, el Iliaster, la semilla para mundos.

Obviamente sabemos muy bien que cuando el torbellino eléctrico, cuando Yoalli Ehecatl inicia el movimiento cósmico, entonces surge el dualismo y deviene el Caos. Tal Caos es fecundado mucho más tarde, como ya dije, por Quetzalcóatl, el Logos, Unidad Múltiple Perfecta. Distingamos, pues, entre el Teotihuacán y el Omeyocan.

¿Alguna otra pregunta? Todos los aquí presentes deben preguntar si tienen alguna duda. Si no la tienen, pues no pregunten. A ver.

P: Venerable Maestro, hablaba usted de Tloque Nahuaque, que en la acepción Náhuatl significa: «Señor o divinidad del lejos y del junto». ¿Qué explicación profunda nos podría hacer al respecto?

R: Lo que ya dije: el viento, las tinieblas, el movimiento, en que lo infinitamente grande se vuelca dentro de lo infinitamente pequeño; remolinos incesantes que se cruzan y se mezclan. Todo eso sucede siempre, como ya afirmé en forma enfática, en el Omeyocan.

P: ¿En el proceso este del Microcosmos se puede hablar del animal intelectual como el Microcosmos, o es el Hombre el Microcosmos?

R: Bueno, en el animal intelectual existe la posibilidad del Microcosmos, puesto que carga la semilla del Hombre,

aunque no es más que una bestia razonativa. Pues no hay duda de que el animal intelectual resultó de la mezcla precisamente de ciertos Hombres degenerados con animales de la naturaleza. De manera que estos cuerpos que nosotros tenemos son el resultado de tales mezclas durante la época de la gran caída, al final de la Edad Terciaria, en el Mioceno, ¿Entendido? ¿Alguna otra pregunta?

P: Venerable Maestro, ampliando un poquito el aspecto de que no somos ahora más que el resultado de la reproducción de hombres degenerados con bestias; si en nosotros, escasamente, la única posibilidad humana son los gérmenes que llevamos dentro de nuestras glándulas endocrinas, ¿es posible que podamos desarrollarnos, y crear profundamente el Hombre?

R: He de aclarar, volviendo al pasado. De la mezcla de ciertas tribus, dijéramos lemúricas ya degeneradas, con algunas bestias subhumanas de la naturaleza resultaron algunas especies semejantes a hombres, entre ellas las distintas clases de monos, «changos», etc. También dije que habían resultado (eso lo dije en la pasada cátedra) cierto tipo de simios enormes, gigantescos, algunos de caras azules, otros de caras rojas, y eso no lo podemos negar. Tal vez, por tal motivo se atreven los señores materialistas –aunque desconozcan estas doctrinas– a aseverar, entre otras cosas, que venimos del mandril, eso cuando se olvidan del hermano ratón.

Bien, pero en todo caso existieron tales simios que dije que platicaban, que caminaban en cuatro patas, que a veces en dos, y que tenían derecho a hablar como la gente. Que se



mezclaran esa clase de simios entre sí, y se reprodujeran, fue cierto. Que el mandril puede haber descendido de esa clase de simios, no lo podemos negar. Basta que observemos sus nalgas rojas, y en fin, su aspecto en general. Lo que ha motivado, pues, la inquietud de muchos antropólogos materialistas.

Pero es obvio que aquellas criaturas se mezclaron, a su vez, con otra clase de animales, y al fin algunos de esos animales eran con aspecto medio humano (más parecido al humano), y total que, al fin de tantas mezclas y evoluciones e involuciones, vinieron a resultar los cuerpos del humanoide, que aunque sean de descendencia animálica, llevan gérmenes de Hombre.

Dije también que los australianos, por ejemplo, las tribus de Australia de cabezas achatadas, y muy primitivos, pues eran a su vez lemures degenerados, mezcla de hombre con bestias, pero que estaban todavía muy cerca de las bestias; y eso es verdad, puesto que algunas de esas tribus de Australia parecen, dijéramos, animales: llevan piel como de osos.

Si todas esas metamorfosis son posibles, es posible también (ya que el cuerpo humano actual se parece al Hombre, aunque no sea Hombre) crear dentro del organismo humano, dentro de lo psicossomático, dijéramos, al Hombre auténtico. Sólo nos quedaría saber manejar las semillas, iniciar la revolución del germen mismo para que estos gérmenes brotaran y, dentro de lo psicossomático, surgiera el Hombre interior, el Hombre real.

Que en este trabajo hayan de hacerse ciertas modificaciones orgánicas no lo podemos negar. Por ejemplo, individuos que han degenerado sus glándulas, que se han sometido a trasplantes glandulares o de vísceras, son casos perdidos. Ya en ese terreno no es posible que los gérmenes del Hombre puedan brotar, germinar, desarrollarse.

Así pues, que en verdad, en verdad mis queridos amigos, hay que hacer ciertos cambios en el organismo físico; y esos cambios se hacen, precisamente, con el trabajo sexual, adoptando el sistema de Kriyashakti, el método de reproducción de los lémures.

Pero, obviamente, como ya les dije y les repito ahora, este método de reproducción es odiado a muerte por los animales intelectuales. Mas si algún animal intelectual desea convertirse en Hombre, tiene que aceptar el sistema sexual de los Hombres, o continuar como animal intelectual. Así, pues, hay que provocar ciertas mutaciones, ciertos cambios favorables; así es posible que el animal intelectual se eleve al nivel del Hombre. Bueno hasta aquí mis palabras. ¿Alguna otra pregunta? A ver hermano A.

P: D. Venerable Maestro, en Tenayuca... ...los muros se adora a Tezcatlipoca que usted citó, y allí hay muchas calaveras, que representan pues a la memoria, a la muerte. ¿Tiene relación eso, digamos, con la matriz del mundo, con Tezcatlipoca, la Luna, la Diosa de la Noche, tiene relación eso también con Tláloc que también se adora allí mismo en la Pirámide de Tenayuca, las aguas dentro de la creación?

R: Pues, es claro que Tláloc es el agua, es la vida.

P: Digamos, ¿en el Macrocosmos?

R: Es claro que es el agua, es la vida; sabemos muy bien la importancia que el agua y la tierra tienen para que surjan las criaturas vivientes. Como dijo Moisés: «Para crear criaturas vivientes se necesita de agua y tierra»; eso es obvio. Por ese motivo Tláloc y la Madre Cósmica, la Madre Naturaleza, la Gran Madre del Mundo, el Omeyocan, se encuentran íntimamente asociados; aún más: Tláloc y Tezcatlipoca también están relacionados; porque ya sabemos nosotros el simbolismo de Tezcatlipoca.

P: Yo he comprendido, Maestro, que el «animal intelectual» es un animal degenerado, no idéntico al Hombre, muy parecido. Los cuerpos parecen ser los mismos, Maestro, ¿qué metamorfosis es la que se cumple, qué cambios? ¿O el cuerpo humano del Hombre verdadero y el de ese animal son idénticos?

R: Hay similitud entre el cuerpo del Hombre y el cuerpo del animal intelectual actual; pero es obvio que, mediante la ciencia transmutatoria de Jesod-Mercurio, tienen que provocarse cambios tremendos dentro del organismo humano. Por ejemplo: la glándula pineal, que está unida con el pene o phalus, se desarrolla extraordinariamente. El animal intelectual no tiene tal glándula desarrollada. El torrente sanguíneo viene a enriquecerse con las hormonas sexuales...



## Cuarta Cátedra

*Tercera Cámara. México D.F. 24 de agosto de 1977*

Ante todo he de decir a nuestros hermanos que estamos en Tercera Cámara; ésta no es Segunda Cámara, ni es Primera, ni es Antecámara.

Hemos venido hablando sobre Antropología Gnóstica y hoy, como siempre, continuamos con las lecciones de Antropología Gnóstica. Rogamos, pues, a todos nuestros hermanos visitantes, poner el máximum de atención.

Ante todo es bueno saber que los antropólogos nos hablan de tres épocas muy importantes: primera, el Período Paleozoico; el segundo, el Período Mesozoico; y el tercero, el Período Cenozoico.

Afirman ellos, en forma enfática, que durante el Período Paleozoico existieron sobre las aguas de la vida los primeros seres unicelulares, los microorganismos. También existieron los moluscoides, los moluscos, los peces y los primeros reptiles. Esto lo afirman los antropólogos materialistas con una seguridad increíble, como si ellos hubieran estado presentes en las épocas arcaicas, como si en verdad hu-

bieran podido ver, oler, palpar y hasta oír todo lo que en aquellas edades ocurrió.

Sin embargo, y como ya he dicho en pasadas cátedras, y ahora lo repito, siempre aseveran los antropólogos del materialismo que no creen sino en lo que ven, que jamás aceptarían nada que no hayan visto con sus ojos o palpado con sus manos. Aunque tenga que reiterar muchas veces, debo decir que tal afirmación resulta completamente falsa, mentirosa. Así, pues, mis queridos hermanos, ellos están creyendo en lo que nunca han visto, en lo que nunca han palpado; están afirmando en forma increíble suposiciones falsas.

¿Cuándo vieron ellos la época aquélla, Primaria? ¿Cuándo estuvieron presentes en el período Paleozoico? ¿O acaso vivieron ellos en el período Mesozoico? ¿Acaso existieron en el período Cenozoico? Están afirmando meras suposiciones que no les constan, afirmando lo que nunca han visto y, sin embargo, se creen eminentemente prácticos. Siempre una y otra vez están diciendo que no creen sino en lo que ven, y nunca han visto el período Paleozoico. ¿Qué saben de ese período, de las formas de vida que existieron en aquella primera edad arcaica de nuestro mundo?

Hablan también del período Mesozoico, el de los grandes reptiles antediluvianos. Nosotros no negamos en forma precisa o exacta que jamás haya habido en el mundo reptiles. Es claro que la época de los reptiles existió, fue un hecho. Nuestra Tierra estuvo poblada por enormes reptiles, y esto es innegable. Recordemos al Brontosaurio o Bronsua-

rio, el Plesiosaurio, el Pterodáctilo, etc. Todos esos saurios realmente fueron gigantescos, enormes; monstruos que tenían hasta una y dos cuabras de tamaño. Existieron, pero, ¿les consta a los señores de la antropología materialista haber visto todos los reptiles del Período Mesozoico? ¿Cómo se reproducían, cómo vivían? ¿Fueron testigos de eso?

Viene después el período aquél conocido como Cenozoico. Se dice que muchos reptiles evolucionaron hacia el estado de los mamíferos. Se asegura en forma enfática que de los primates vinieron los homínidos, antecesores del animal intelectual equivocadamente llamado hombre.

«No hay duda –dicen ellos– de que de los primates nacieron los homínidos que originaron al hombre y –por otra parte– la rama aquella de los grandes gorilas, chimpancés, etc.». Al hablar así, prácticamente quedan con Mr. Darwin. Bien sabemos que Darwin no dice en modo alguno que el hombre descienda del mono, sólo aclara que el hombre y el mono tienen un antecesor común. Los antropólogos del materialismo dicen que ese antecesor común son los primates, y que de los primates nacieron los primeros homínidos y también los grandes simios de la época antigua, del período que podríamos llamar «Cenozoico». Así es como ellos arreglan sus teorías para que en alguna forma coincidan con las teorías de Darwin.

¿Pero existió acaso, o existieron acaso esos primates? ¿Los antropólogos del materialismo, alguna vez vieron a los primeros homínidos? ¿Les consta, podrían jurar, acaso, que de esos homínidos nacieron, por un lado los simios gigan-

tes y por el otro los hombres? O, corrigiendo mejor lo dicho: ¿Podrían ellos afirmar, acaso, en forma enfática, que de los primates hubieran nacido los homínidos, que son los antecesores del hombre, según ellos? ¿Se atreverían a decir que también de esos primates nacieron todas las especies de gorilas y chimpancés gigantes que pueblan y poblaron la faz de la Tierra en las épocas arcaicas? ¿Qué saben de eso los señores del materialismo?

Por otra parte, Haeckel –como siempre, con sus teorías–, asigna pues al humanoide actual unas 17 ó 18 genealogías; éstas devienen de los marsupiales y de los mamíferos. Y lo habla Haeckel con tanta seguridad como si lo hubiera visto. Sin embargo, estos señores del materialismo son los que dicen que no creen sino en lo que ven. Están diciendo lo que no han visto y creen, están creyendo en utopismos fantasmagóricos de la mente, que no tienen demostración alguna. Los tales mamíferos y marsupiales, y todas esas 17 ó 18 genealogías de Haeckel, resultan bastante fantasmagóricas. Claro, entre ellas no descartan los antropólogos del materialismo a los famosos lemúridos con placenta. ¿Dónde está la placenta de los lemúridos?

Bien saben ustedes que, en los tiempos actuales también se afirma, claramente, que venimos de los lemúridos; y no faltan por ahí ciertos pseudosapientes de nuestros tiempos que están afirmando ahora que nuestro antecesor es el ratón, de manera que según ellos el ratón es el antepasado también de nosotros. Como ven ustedes son puras chifladuras lo que sostienen estos señores del materialis-



mo antropológico, verdaderamente que se han dedicado a rebuznar a lo lindo.

Resulta vergonzosa esa tan cacareada cultura materialista del siglo XX. Tan pronto descendemos de los lemúridos como del hermano ratón. Si hasta se dan el lujo de decir, con mucha seguridad, que éramos chiquititos, pequeñitos, porque éramos hijos del ratón. ¡Son ridículas esas aseveraciones del materialismo antropológico!

Bien sabemos nosotros por las tradiciones antiguas que la raza humana estuvo formada por gigantes: gigantes de la Atlántida, gigantes de la Lemuria, gigantes de la Época Hiperbórea, gigantes de la Época Polar.

Claro, para hacer aseveraciones como ésas de que venimos también del ratón tiene que haber excesiva ignorancia, y quiénes así escriben abusan terriblemente de la inteligencia de los lectores. Quiénes escuchan semejantes sandeces realmente son víctimas de la ignorancia, porque ni el mismísimo ratón era tan pequeño en la Atlántida como lo es ahora. Bien sabemos que el ratón en la Época Terciaria fue un gigante, podía tener el tamaño de una vaca. Así pues, decir que el ser humano era chiquitito y que ha ido creciendo, y que es chiquitito porque era hijo del ratón, es en el fondo espantosamente ridículo.

Vean ustedes cómo se mueven esos cínicos del materialismo. Tan pronto están diciendo que venimos de los primates (aquellos que ya cité y de los cuales nacieron los primeros homínidos), como tan pronto están afirmando otra cosa: que nuestro antecesor es el ratón. Cuando se cansan

con el hermano ratón, entonces apelan pues al mandril, debido a que el pobre animalito tiene las nalgas rojas.

¡Vean ustedes qué ignorantes son esos antropólogos del materialismo! Ésos son los que están degenerando a la humanidad, los que le están quitando a la humanidad los principios eternos, los valores eternos del Espíritu. Ésos son los que han precipitado a la humanidad por el camino de la involución y de la degeneración. Bien sabemos que cuando a la humanidad se le quitan los valores eternos, los valores del Espíritu, degenera espantosamente.

Ésos son los que mandan a sus secuaces, a los bribones del materialismo, a enseñarles a las gentes de los campos todas esas sandeces. Ésos son los que se han convertido en los instructores de la pobre gente que vive en las aldeas, en los villorrios. Ésos son, en verdad, los que están precipitando la degeneración, porque le están quitando a la humanidad los valores eternos.

Podríamos considerarlos como corruptores de menores, porque corrompen a las pobres gentes sencillas de los campos con sus sandeces, dañan la mente de las pobres gentes. Ésos son los que forman planes educacionales, dentro de los cuales se excluye todo lo que tenga sabor a espiritualidad. Pero no tienen bases serias como para pronunciarse contra las enseñanzas espirituales de la humanidad. Aseverar tan pronto que venimos del mandril como del ratón, o de los primeros primates de la Época Cenozoica, pues, es bastante ridículo.

Tanto en el Norte como en el Sur, y en distintos lugares de

la Tierra y del mundo, estos señores materialistas se ríen del padre de Manú, del cual devino toda la raza humana; como se ríen del Dhyan-Chohan, les parece un personaje utópico y, sin embargo, no tienen ningún inconveniente en creer en el «sosura» del Sr. Haeckel, una especie de pitecoide estúpido, con capacidad hablative, mil veces más fantasmagórico y más utópico que la aseveración aquella de que venimos del Manú o del Dhyan-Chohan. Todavía la humanidad cree en el Dhyan-Chohan, aunque a estos señores del materialismo les fastidie. Todavía aceptan al padre del Manú millones de personas; en el Asia creen en él, en el Hombre –dijéramos Espíritu–, en el Hombre Prototipo, colocado en un nivel del Ser muy superior.

Si hiciéramos investigaciones retrospectivas con procedimientos muy distintos a los del Carbono-14, o a los del Potasio-Argón, descubriríamos que, en realidad de verdad, los prototipos de esta humanidad devienen de las dimensiones superiores de la naturaleza y del Cosmos. Pero hablar así a los señores de la Antropología materialista, pues es algo más que imposible, porque se sienten ellos tan incómodos como los chinos cuando escuchan un concierto occidental.

Así que ha llegado la hora de analizar juiciosamente cuál es esa cultura materialista que está sirviendo de base a los pueblos, a las naciones. Tenemos que buscar el origen de tanta corrupción y de tanta perversidad. No es posible que nosotros sigamos permitiendo que la humanidad sea víctima de la ignorancia, eso es absurdo en un ciento por cien-

to. Esas 17 ó 18 genealogías del Sr. Haeckel y sus secuaces, están buenas como para un Molière y sus caricaturas.

Decir que aquellos lemúridos, pequeños animalitos, de ojos muy vivos, tuviesen placenta y se pudiesen contar entre nuestros antecesores, es absurdo, porque bien sabemos que los lemúridos no tuvieron placenta jamás. Ése es un error zoológico imperdonable.

Realmente Haeckel ha hecho gran daño a la humanidad, por eso alguna vez dijimos: «Que sus memorias se olviden y que no se ponga nunca su nombre en las calles», parodiando a Job, el profeta. Además, en la época de Haeckel todavía no se conocía la embriogénesis. ¿Cómo se atreve, pues, Haeckel a hablar de lemúridos con placenta? Absurdo en un ciento por ciento.

Cuando uno analiza estas cosas, no puede menos que sentir asco por esa escuela del materialismo que está corrompiendo a la humanidad, quitándole sus valores eternos, precipitándola por el camino de la involución.

¿Cuál es en realidad de verdad el antecesor del hombre de la Época o del Período Cenozoico? ¿Y cuáles son sus descendientes? ¿Cuáles los antecesores del hombre paleolítico y cuáles sus descendientes? ¿Cuáles los antecesores del hombre neolítico y cuáles sus descendientes? ¿Los conoció alguna vez Mr. Darwin? ¿Los conoció Haeckel o Mr. Huxley? ¿En qué se basa la antropología materialista para hablar con tanta autoridad sobre el Homo Sapiens? ¿A qué época perteneció el Homo Sapiens, el hombre primordial? En vano Mr. Huxley intentará buscar entre las capas subterrá-

neas de la Época Cuaternaria los restos fósiles del Hombre primordial. En verdad que no los hallará jamás. Y es que el Hombre es más antiguo de lo que suponen los cerdos del materialismo. El hombre del Período Cenozoico existió, como el hombre del Período Mesozoico y como el hombre del Período Paleozoico. Pero esto no lo aceptará nunca, jamás, el materialismo. Ellos quieren que el hombre venga estrictamente de la Época Cuaternaria, en modo alguno aceptan que haya existido durante el Período Cenozoico.

Así pues, ha llegado la hora de las grandes reflexiones, de los grandes análisis. ¿Qué saben ellos de la forma como la vida se fue procesando durante las Épocas Primaria, Secundaria, Terciaria y Cuaternaria? Dótesele a los seres humanos de su Mónada, a cada uno, y verán ustedes que todo ese teatrillo de Haeckel, de Mr. Darwin, de Huxley, de Marx y de sus secuaces, caerá en verdad, hecho polvo, porque la antropología materialista es un paredón sin cimientos: basta un leve empujón para convertirla en menudo sedimento.

En mi pasada cátedra hablé aquí sobre el ombligo del universo. Eso sí deberían estudiarlo los famosos antropólogos materialistas. Que nuestra Tierra tenga un «ombligo», ¿por qué no? Si nosotros cuando nacemos, cuando venimos al mundo, también tenemos nuestro ombligo, y así como es el Macrocosmos también el Microcosmos; tal como es arriba, es abajo.

Hablamos entonces en nuestra pasada cátedra sobre el Omeyocan; algo dijimos, sí. ¿Qué es el Omeyocan? El ombligo del universo, sí.

Un día la Tierra-Luna existió, tuvo mares, tuvo montañas llenas de vida, de vegetación, tuvo también sus períodos Paleozoico, Mesozoico, Cenozoico. Pero los mundos, como todo lo que es, ha sido y será, nace, crece, envejece y muere.

La materia meramente física de la Luna murió. Hoy es un cadáver, como ha quedado demostrado por los astronautas que han descendido en el suelo lunar. Pero la vida, en sí misma, la substancia viva de la materia, no murió, continuó procesándose en una cuarta coordenada, en una cuarta vertical, junto con las semillas de todo lo existente.

Esa substancia-materia más tarde se procesó en una quinta coordenada, y luego en una sexta, posteriormente en una séptima. Y cuando cayó en la séptima, se sumergió entre el seno del Espacio Abstracto Absoluto.

Esa substancia homogénea, ese Mulaprakriti de los orientales, esa Tierra primigenia o primordial, continúa existiendo. Era una semilla que no podía perderse, y ahora estaba depositada en el espacio profundo; en esa semilla la vida continuó latente. Esa semilla –he dicho y lo vuelvo a repetir hoy–, es el Iliaster de los sabios.

Durmió siete eternidades –tal semilla– entre el Caos, es decir, entre el espacio profundo para ser más claro. Pero mucho más tarde, el torbellino eléctrico, el huracán eléctrico, «las tinieblas y el viento» (como dice el pueblo de Anáhuac), agitaron aquel mundo primigenio, original, aquella Tierra llamada «Iliaster»; y entonces fue cuando el «Dos» funcionó con sus opuestos positivo-negativo, masculino-femenino. Así, del Iliaster surgió el Caos; por eso se habla

de que en el Omeyocan, el huracán, las tempestades, las tinieblas prevalecen.

Se habla allí claramente de Yoalli Ehecatl. Ehecatl es el dios del viento, de los huracanes, del movimiento eléctrico. El Macrocosmos volcado en el Microcosmos, todo en incesante actividad. Así, el Caos, en realidad de verdad, existió en el Omeyocan, fue el mismo Omeyocan; una Tierra virginal, purísima, inefable, que jamás aceptaría la antropología materialista. Allí estaban todas las posibilidades hasta que el Fuego Universal hizo fecundo aquel Caos. Y cuando lo hizo fecundo, apareció el Limbus. Ese Limbus extraordinario dio origen a todo lo que es, ha sido y será.

Desde entonces, desde el ombligo del universo, hubo sucesivos desdoblamientos a través de varias dimensiones y el hombre meramente germinal pasó a convertirse en el Hombre protoplasmático. Fue la Época del Protoplasma. Y la vida evolucionante e involucionante, a través de varias dimensiones, vino a cristalizar, por último, en la Tierra protoplasmática.

Existió una primera manifestación en el mundo de la mente, en la región de la Mente Cósmica o de la Inteligencia Universal. Una segunda manifestación de todo lo que es, ha sido y será, en un segundo período. Y entonces, como resultado, apareció una tercera manifestación en una dimensión ulterior.

Así pues, la vida se desarrolló, evolucionó e involucionó en tres dimensiones extraordinarias antes de que apareciera en este mundo físico. La vida existió primero en el esta-

do mineral, pero una clase de minerales que hoy en día no aceptarían los antropólogos ni los geólogos materialistas. Mucho más tarde se desarrolló en estado vegetal y posteriormente en estado animal. Mas esos estados (mineral, vegetal y animal) son desconocidos actualmente; constituyen algo así como el arquetipo de estos reinos, mineral, vegetal y animal actualmente existentes.

Es obvio que antes de que la vida apareciera sobre nuestro mundo protoplasmático, había surgido de entre las especies animales existentes una criatura muy semejante a cualquier mamífero, o a cualquier simio, pero en realidad de verdad muy diferente a los simios.

Cuando ese hombre original o primigenio logró cristalizar en forma densa, pasó por una transformación de su morfología, y apareció así sobre el casquete polar del Norte, que otrora estuviera situado en la zona ecuatorial.

Ya en mi próxima plática hablaré sobre el movimiento de los continentes, y entonces vamos a decirle al mundo lo que realmente es la Pangea. Hoy sólo nos limitaremos a decir que la vida se desarrolló en otras dimensiones antes de cristalizar en el mundo físico. Hoy quiero también poner énfasis para decir que antes de que existiera realmente el animal intelectual, equivocadamente llamado hombre, existió el Hombre real en la Primera, Segunda y Tercera Raza. El animal intelectual, ése que surgió en la Época Cuaternaria, ése no es el Hombre, sino el animal intelectual, repito.

En la pasada ocasión dije que los Hombres reales vivieron espléndidamente en la Lemuria, pero que algunos se dege-



neraron al final, y que se mezclaron con bestias, y que de esa mezcla vino a resultar la humanidad actual, el animal intelectual.

Así que, ha llegado la hora de entender estas cuestiones tan delicadas. El Hombre es anterior al Período Cuaternario, como al Terciario, Secundario o Primario. Prueba de ello es que a pesar de que todas las especies vivientes de los tiempos arcaicos desaparecieron, continúa existiendo ese animal intelectual llamado «hombre».

Si es capaz de subsistir a pesar de tantas tormentas, a pesar de la revolución de los ejes de la Tierra, a pesar de los acontecimientos de la Pangea; y si los animales, reptiles y de otra clase de animales de Períodos Mesozoicos, etc., no fueron capaces de subsistir, esto nos está demostrando que el hombre es anterior a todos estos períodos señalados e indicados por los antropólogos materialistas.

Quiero que ustedes reflexionen profundamente en todas estas cuestiones. Dótese al pobre animal intelectual de su Mónada –que se le intenta quitar–, y todo el teatrillo ése de Mr. Darwin y de los Haeckel y de los Huxley, caerá en verdad hecho polvo.

Ha llegado la hora de desenmascarar realmente a la Antropología materialista. Ha llegado el instante de devolverle a la humanidad los valores eternos.

Hasta aquí mi plática de esta noche. Si algún hermano tiene algo que preguntar, antes de proseguir con nuestros trabajos de esta noche, puede hacerlo con la más entera libertad.

P: ¿En el torbellino eléctrico, o sea, los gérmenes de vida, ya traían, cada uno, su especie definida?

R: Indudablemente que los gérmenes de toda vida, vienen del mismísimo ombligo del universo, desde el Omeyocan. Esta Tierra tiene su «ombligo», y en el ombligo de esta Tierra está toda vida.

Claro está que los antropólogos del materialismo son enemigos de la antropología gnóstica y de las auténticas tradiciones de México; no van a aceptar, así porque sí, al Ome-yocan. A ver, ¿alguna otra pregunta? Habla hermano.

P: Venerable Maestro, quisiera que nos aclarara lo siguiente: Eso de que la raza lemúrica degeneró, que se unió con las bestias y de ahí nació esta raza. ¿En qué sitio ubicamos a los atlantes, que como usted nos ha enseñado, fueron anteriores a nosotros?

R: Pues la Atlántida fue aceptada hasta por Mr. Darwin, y bien sabemos nosotros, con entera claridad meridiana, que la Lemuria también fue aceptada por Mr. Darwin. Sin embargo, tengo que decir lo siguiente: la raza lemúrica fue esplendorosa, formidable, maravillosa; hoy no me he detenido a hablar claramente sobre los grandes acontecimientos de Lemuria, porque no nos alcanzaría el tiempo, pero en futuras cátedras hablaremos, claramente, sobre toda la historia de la Lemuria.

Al finalizar la raza lemúrica, en sus tiempos de decadencia, sucedió que algunos individuos degeneraron sexualmente y se mezclaron con bestias. De allí resultaron algunos simios muy extraños. Dije en mi pasada cátedra que algunos

de rostros azules y otros de rostros rojos; que andaban tan pronto sobre pies y manos, como se levantaban verticalmente, y que tenían el derecho y el poder de hablar.

Nuevas mezclas permitieron que esa clase de simios, a su vez (simios-hombres), produjeran la raza actual, la raza del humanoide intelectual. De manera que el humanoide, ése que los materialistas ven surgiendo del Período Cuaternario, no es el verdadero Hombre, es únicamente el resultado de la mezcla de bestias humanas con hombres. Así pues, nuestra raza, nosotros todos, somos el resultado de la mezcla de los Hombres que existieron en la Lemuria y que se juntaron con ciertas bestias; de ahí venimos nosotros.

Nosotros somos hijos de bestias y de Hombres, somos, pues, animales intelectuales. Sin embargo, como venimos también de Hombres, cargamos los gérmenes para el Hombre. Si los sabemos aprovechar, esos gérmenes se desarrollarán en nosotros y nos convertiremos en Hombres.

Si por algo nos podemos convertir en Hombres, a pesar de ser animales intelectuales, es porque cargamos los gérmenes del Hombre. Somos hijos de bestias, no lo negamos, mezcladas con Hombres, pero cargamos los gérmenes del Hombre, y si los aprovechamos nos transformamos en Hombres, y ésa es la cruda realidad de los hechos; ¿entendido? ¿Hay alguna otra pregunta?

P: Maestro, si el simio surgió de la mezcla de hombres degenerados con bestias y la actual humanidad también, ¿entonces, quiere decir que en ese sentido se podría hablar de un origen común?

R: Pues, no podríamos del todo asegurar un origen común, porque son muchas las bestias y fueron muchos los Hombres que se mezclaron con bestias; muchas de esas mezclas, a la larga, y a través de sucesivos cataclismos perecieron, mas el resultado de otras mezclas con bestias logró sobrevivir. Así pues, los atlantes fueron ya gentes que lograron sobrevivir (producto de la mezcla de hombres y bestias); y a su vez esta raza que actualmente puebla la faz de la Tierra es descendiente de atlantes.

Así pues, si decimos que el animal intelectual actualmente es Hombre, estamos mintiendo. No es Hombre, es animal intelectual. Hay muchas gentes que no aceptan, por ejemplo, el Arcano AZF, que no quieren la Ciencia de la Transmutación. Existen problemas muy graves: hombres que se casan con ciertas mujeres que no quieren la transmutación, y mujeres que se casan con ciertos hombres que no quieren tampoco la transmutación.

En la Lemuria, los Hombres reales se reproducían por Kriyashakti, es decir, no derramaban el Vaso de Hermes; cualquier zoospermo maduro era suficiente para hacer fecunda una matriz. Pero eso eran los Hombres que no se habían degenerado, los Hombres reales.

Pero exigirle también a los pobres animales intelectuales que se reproduzcan por Kriyashakti, es decir, mediante la transmutación, es mucho exigirles, y si no aceptan, sencillamente tienen derecho a no aceptar, pues son bestias y las bestias tienen derecho a reproducirse como bestias. Pero querer nosotros que las bestias se reproduzcan con

el sistema de los Hombres, con el don de Kriyashakti, es mucho exigir.

También es cierto que nos proponemos crear Hombres, y para eso estamos difundiendo estas enseñanzas gnósticas. Quienes sí acepten, de verdad, el sistema de reproducción por Kriyashakti, es decir, mediante la transmutación de la libido sexual, se convierten en Hombres, porque adoptan el sistema sexual de los Hombres.

Cuando ustedes, los misioneros, vean a alguien que no quiere aceptar el sistema de reproducción de Kriyashakti, no se asombren, ni se extrañen, ni les duela, porque las bestias tienen su sistema de reproducción. Y es mucha gracia que algunas de esas bestias acepten el sistema de los Hombres; eso es rarísimo, demasiado extraño. ¿Hay alguna otra pregunta? A ver A.

P: Venerable Maestro, si en la cultura mexicana Tezcatlipoca representa la Luna, a la Noche, al Iliaster, está dirigido –digamos– por Ometecuhtli, una alusión mexicana... ..al Ome-yocan, y los Principios de San Juan que es el Fuego, los principios Tláloc y los principios, digamos, en relación a la materia.

R: Pues, ya sabemos muy bien que Tezcatlipoca tiene su aspecto femenino, lunar, y eso está comprobado debidamente en la sabiduría oriental cuando se habla con entera claridad de la Madre que se hincha, que resplandece y que al fin da a luz al «hijo»: el universo. Universo extraordinario que quiere decir Quetzalcóatl. Eso está respondido en mi pasada cátedra. Alguna otra pregunta. A ver.

P: Maestro, ¿los atlantes ya son animales intelectuales?

R: Pues es obvio que los degenerados de Lemuria se mezclaron con las bestias, y que de allí nacieron una enorme cantidad de animales intelectuales que continuaron viviendo en la Atlántida; a su vez, de los atlantes venimos nosotros. Nosotros somos, pues, hijos de bestias y de Hombres. Tenemos la semilla de los Hombres y por eso podemos convertirnos en Hombres, pero somos bestias rasonativas.

Estamos hablando aquí en una forma franca; y tendremos que seguir hablando francamente para desenmascarar a los traidores y desconcertar a los materialistas ante el veredicto solemne de la conciencia pública. A ver habla ya, a ver qué es lo que vas a hablar.

P: ...hicieron la primera parte de la Raza Lemur y dijo que no todos se mezclaron con bestias. Entonces, la pregunta mía es: ¿Qué se hicieron los Hombres que no se mezclaron con bestias? ¿Por qué no fueron ellos los que siguieron habiando en la faz del planeta Tierra?

R: Sencillamente, no tuvieron ganas de seguir convertidos en bestias también; se fueron, ¡qué les vaya bien! Eso es todo. Dejaron viviendo aquí, sobre la faz de la Tierra, a los animales intelectuales y aquí estamos, ellos se fueron. Algunos sí, se sacrificaron y quedaron viviendo aquí con la gente, sufriendo y habitando en esa clase de organismos, producto de las mezclas de Hombres y de bestias. A ver.

P: Venerable Maestro, ¿en qué plano viene a quedar el hombre de Neandertal y el de Cromañón, entre el liberamiento de la

Raza Lemur? ¿Tienen alguna relación ellos con ciertas...?

R: Bueno, los hombres de Cromañón y Neandertal, y toda esa cuestión, ya sabemos que no son sino descendientes de la Atlántida; tan bestias como nosotros, y eso es todo. ¿Alguna otra pregunta?

P: Maestro, ¿en qué momento aparecieron las bestias?

R: Pues ya te he dicho que bestias hay aquí, en esta Tierra, desde el amanecer de la vida. Ténganse en cuenta que en la época, que podríamos llamar nosotros «Lunar», cuando la Tierra fue etérica, ya existían toda clase de animales. Eso es claro.

Y a eso vamos a llegar a través del proceso didáctico. Ahora estoy contestando, y lo que estoy contestando no se va incluir, naturalmente, en la próxima lección mimeografiada, porque tenemos que llevar un orden. Se incluye únicamente la conferencia, nada más. Pero sí tendremos que hablar, claramente de cada una de las Rondas precedentes, pero vamos construyendo un método didáctico y dialéctico. ¿Alguna otra pregunta?

P: Maestro, a ver si nos pudiera ampliar un poquito sobre los gérmenes que nosotros llevamos de Hombres, ya que yo cuando dice gérmenes, yo lo remito inmediatamente a los gérmenes sexuales únicamente; y haciendo una reflexión más honda, veo que existe algo de humano, o pues, de Hombre en nosotros, que es la Esencia. Tal vez si pudiera ampliar un poco más, cuáles son esos gérmenes de Hombre que llevamos, si solamente son sexuales, o la esencia...

R: Pues la esencia, esencia es. Los animales intelectuales son elementales de la naturaleza embotellados entre el ego. Si cualquiera de ustedes desintegrara el ego, queda el puro elemental; se sumerge entre el seno de la Gran Realidad; un elemental como cualquier otro, como el elemental de las plantas, como los elementales minerales; son elementales animales, éstos no son Hombres. Ni la esencia que ustedes cargan es de Hombre; son elementales del reino animal. Hasta ahí sí está correcto. En cuanto a los gérmenes para el Hombre, pues, están los gérmenes, por ejemplo, del cuerpo astral, están los gérmenes para el cuerpo mental, están los gérmenes para el cuerpo causal. Si uno transmuta incesantemente y desintegra el ego, esos gérmenes se desarrollan, y al fin nace un cuerpo astral en el hombre, y al fin cristaliza un cuerpo mental en el hombre, y al fin cristaliza un causal, y entonces se reciben los principios anímicos y nace el Hombre, aparece el Hombre.

Un momento, termina la pregunta.

P: Si en realidad, nuestra esencia es un elemental, un elemental animal, de bestia, la experiencia que en un momento dado uno toma aquí y que acrecienta la esencia, porque en alguno, podríamos decir, hay un momento de conciencia a través de la experiencia, y es el elemental éste...

R: Pues la experiencia que tienen los animales intelectuales es la que tiene todo animal: la que tiene el caballo, la que tiene el águila, la que tiene el burro; ellos también tienen experiencias. ¿O vamos a descartar las experiencias de todos los animales?



P: Maestro, un animal... ...un cuarto estado, se supone; para eso estamos trabajando aquí. Esa experiencia mística trascendental, ¿qué hace un elemental animal con ella?

R: Bueno, aclaro una cosa: hay que distinguir entre el animal intelectual que nunca ha trabajado sobre sí mismo y el que ya está trabajando sobre sí mismo. De manera que la pregunta está mal hecha. Es claro que el que está trabajando sobre sí mismo, obviamente se está convirtiendo en Hombre. Es una especie de estado transitorio entre el animal y el Hombre. Eso es distinto.

Pero al hablar como estoy hablando, me refiero a la mayoría, a los millones de animales intelectuales que pueblan el mundo. Pero los que ya están trabajando sobre sí mismos, se encuentran en un estado de transición entre el animal y el Hombre; eso es obvio. ¿Hay alguna otra pregunta? A ver, aquí hay una hermana que quiere preguntar, ¿qué es lo que preguntas tú?

P: ¿La autorrealización, se puede decir que es sinónimo de que el animal intelectual se convierta en Hombre?

R: ¡Así es! y hay varias autorrealizaciones. Uno, puede con una autorrealización convertirse en Hombre, con la otra puede convertirse en un cristificado, o en un ángel; son distintas las autorrealizaciones que hay. A ver, habla.

P: Maestro, no sé si la pregunta que vaya hacer venga al caso. En una revista de esas de pacotilla –y no doy crédito a la revista, simplemente pienso que ahí hay un interrogante– se dice que «Samael existió en la Lemuria y que era un

ángel caído, y que enseñó en esa época la sexualidad a esa raza de hombres que había. Que fue allí cuando hubo la unión de los dioses con las hijas de los hombres», o sea, donde me supongo que hubo la declinación, en base a... ¿cómo podríamos nosotros entender eso?

R: En la época de la Lemuria, no solamente el que está aquí hablando con ustedes se fue de bruces, sino que se fueron de bruces casi todos los Pitris lunares, Agnishvattas, Tronos, Querubines, todo el Ejército del Cielo se fue abajo. Cuando la gente comenzó a entrar en la generación animal, pues, yo también entré en la «bola». A ver hermano.

P: Venerable Maestro, le rogaría amablemente una explicación sobre lo siguiente: Si el Huracán, en el ombligo del mundo, en el Omeyocan, emitió el germen para el Hombre y al mismo tiempo gérmenes para las bestias, ¿cómo podemos conciliar... ..que nuestra Esencia, venga aquí, evolucionar y pasar por la parte animal para llegar al humanoide?

R: Bueno, daremos la respuesta. Es claro que está un poquito mal planteada, porque partes del principio de que ya los Hombres existen sobre la Tierra.

P: Seguramente que no, señor. Porque si se habla de nuestro Real Ser, del Hombre hecho a imagen y semejanza de Dios, puramente espiritual, ¿cómo se puede conciliar que nuestra esencia tenga que pasar por el tránsito antes?

R: Pues sencillamente «tal como es arriba es abajo», tal como es aquí es en el Omeyocan, y es en el «medio día», es decir, en los Aeones que comunican a la Tierra ésta, física, con

el Omeyocan. Y hay que saber reflexionar un poco en esta cuestión.

En principio fue la vida mineral la que entró en actividad. Así, pues, durante la Primera Ronda, la vida mineral actuó intensivamente. Mas si uno examina con el Ojo de Dangma el escenario del universo en la Primera Ronda descubre un mundo completamente mental. Entonces las rocas tampoco estaban muy diferenciadas del vegetal, ni del animal. Los reinos de la naturaleza parecen que se entremezclaban unos con otros. Sin embargo, primaba la vida mineral en estado mental.

Se necesita que la facultad extraordinaria del Ojo de Dangma esté muy bien desarrollada para que el investigador competente pueda hacer una plena diferenciación entre los elementales propiamente dichos del reino mineral y las rocas, o los elementos minerales existentes.

Normalmente, el investigador ve a los elementales del reino mineral y los confunde con los Hombres, y ése es un error. Sólo que el investigador tenga muy desarrollada la intuición Prajnaparamita se evitará de cualquier confusión y podrá hacer una diferenciación entre los elementales minerales propiamente dichos y los minerales.

También vemos, durante esa Primera Ronda, existiendo a los Hombres reales, los que se ocupan de todos los trabajos relacionados con los distintos departamentos del reino.

Es obvio que más tarde surge una Segunda Ronda en el mundo astral; y en esa Segunda Ronda los elementales del

reino mineral avanzan un paso más y se convierten en elementales vegetales. Vegetales que nada tienen de físicos, y se entremezclan con lo mineral y hasta con lo animal, porque todavía los reinos de la naturaleza no estaban, en aquella época, definidos.

Puede muy fácilmente confundirse el investigador y no ser capaz de ver a los vegetales, sino, estrictamente a los elementales del reino vegetal. Pero esos elementales del reino vegetal, fueron los mismos elementales del reino mineral; son los mismos que actuaron en la Primera Ronda, pero que ahora se han elevado al estado vegetal.

En la Tercera Ronda, es decir, en la época estrictamente etérica de nuestro mundo, en el período que podríamos llamar «Lunar», esos elementales del vegetal se han elevado al grado de elementales animales; han dado un paso más avanzado. Entonces al llegar al estado de animales, pues, continúan sus procesos evolutivos e involutivos, porque en cada Ronda hay evoluciones e involuciones.

En la Tercera Ronda hubo evoluciones e involuciones; y los más avanzados animales se convirtieron en una especie de criatura muy semejante al Hombre. Tenía cierto parecido, dijéramos, a cualquier mamífero, mas no era un mamífero, era algo distinto: el Hombre primordial con las posibilidades de Hombre. Ése cristaliza, toma forma física en la primera raza de nuestro mundo; y al tomar la forma física, es claro que sufre un cambio en su morfología. Y así aparece el primer Hombre, aparece sobre la Isla Sagrada, en el casquete polar del Norte, que entonces no estaba realmente, en el Polo Norte, sino en la zona ecuatorial.

Bueno, posteriormente continúan todos los procesos evolutivos e involutivos, que nosotros iremos desarrollando a través de la Embriogénesis, etc., etc., etc.

Los Hombres reales de la antigua Tierra-Luna, vivieron en la primera, en la segunda y en la tercera Ronda, al lado de los elementales, y también tomaron cuerpo en las primeras tres razas que existieron. De manera que, en las primeras tres razas surgieron Hombres nuevos y Hombres auténticos, que convivían felices en estado paradisíaco.

En cuanto a los gérmenes, propiamente dichos, de toda vida, vinieron desde el Omeyocan, pasaron por sucesivas transformaciones hasta cristalizar en la forma física, en las formas reales que están en el Omeyocan y en las tres dimensiones superiores de la naturaleza: la etérica, astral y mental.

Todo esto tendremos que irlo desarrollando en forma metódica, didáctica y dialéctica. Hoy solamente me limito, estrictamente, a esbozarlo, porque si quisiéramos detenernos ahora en esta cuestión, pues, francamente, no nos alcanzaría ni toda la noche, ni muchos años; esto es muy largo de hablar.

P: Cuando hablamos de la evolución y la involución se dice que en el amanecer de un Día Cósmico, o sea, de un Mahamvantara, se desprendieron del Absoluto millonadas de esencias con el único objetivo de evolucionar. Pero que en un principio, en la primera manifestación de vida, o cuando empezaron a evolucionar... ..mineral, luego como vegetal, y posteriormente en animal, y luego en ser humano,

más sin embargo,... cuando se habla de las siete razas nos encontramos de que los protoplasmáticos, o sea la primera Raza Polar, era de un material... ...protoplasmáticos, ¿no? No encuentro la relación que en un comienzo...

R: Ya te dije que el Hombre, el primer intento de Hombre, cierta criatura muy parecida a los mamíferos, sufrió una transformación morfológica cuando cristalizó en este mundo tridimensional de Euclides, en la Época Polar. Es claro que ese germen, que esa criatura de la Época Lunar –que vino a convertirse en el cuerpo del Hombre, o en algo semejante a Hombre, en la Época Polar–, pues tuvo que pasar por evoluciones a través de la Segunda y de la Tercera Ronda. Así pues no tiene nada de raro ni de extraño.

Ahora, que esas criaturas de esas razas de la Época Polar, de la Hiperbórea y de la Lemuria, pues, hayan dejado ya de existir, no significa que no hayan existido; ¡existieron!

Ahora, la Raza actual es diferente, es el resultado, como ya dije, del cruce de animales...

## Quinta Cátedra

*Tercera Cámara. México D.F. 31 de agosto de 1977*

Hay hechos, acontecimientos cósmicos y geológicos, que bien vale la pena estudiar en estas cuestiones de Antropología. No hay duda que la antropología científica gnóstica descubre todos los velos relacionados con el origen del hombre y del universo.

Obviamente, esta mecánica de la naturaleza resulta portentosa, pero jamás aceptaríamos la posibilidad de una matemática sin matemático, o de una mecánica sin mecánicos.

No quiero defender a un dios antropomorfo al estilo del Jehovah judaico, con la doctrina aquella de «ojo por ojo y diente por diente». Sabemos que ese tipo de dogmatismo trae como consecuencia o corolario y por oposición, la reacción de tipo ateísta y materialista.

Se hace necesario entender que cualquier abuso es perjudicial para la humanidad. En los antiguos tiempos se rindió culto a los dioses, es decir, a los Principios Inteligentes de la naturaleza y del cosmos, al Demiurgo Arquitecto del universo, el cual no es un sujeto humano ni divino, antes bien, es Unidad Múltiple Perfecta, el Logos platónico.

Desgraciadamente, en la Roma augusta de los Césares, y hasta en la Grecia de antaño, hubo un proceso de degeneración religiosa. Cuando se abusó del culto a los dioses surgió, por reacción, el monoteísmo con su dios antropomorfo; mucho más tarde ese monoteísmo, con su dios antropomórfico, produjo por reacción el materialismo actual.

De manera que el abuso del politeísmo trae por ende al antropomorfismo monoteísta, la creencia en el dios antropomórfico bíblico. A su vez, el abuso del monoteísmo origina el ateísmo materialista. Ésas son las fases religiosas por las que pasan los pueblos.

Francamente, en nombre de la verdad, considero que ha llegado el momento de eliminar ese antropomorfismo monoteísta que tan malas consecuencias ha originado. Hoy no existiría el ateísmo materialista si los cleros religiosos no hubieran abusado de tal culto; este culto surgió pues por reacción.

Desgraciadamente, el ateísmo materialista nació por reacción contra el antropomorfismo monoteísta, y a su vez, la creencia en un dios antropomórfico como resultado del abuso politeísta. Cuando se degeneraron los cultos a los dioses del universo, surgió entonces, por simple reacción, el monoteísmo.

Nosotros necesitamos reconocer los Principios Inteligentes de la naturaleza y del cosmos, pero –repito– no estamos defendiendo a un dios antropomórfico. Reconocer Principios Inteligentes me parece que resiste cualquier análisis científico.



Observemos, por ejemplo, un hormiguero. Ahí vemos los Principios Inteligentes en plena actividad, cómo trabajan esas hormigas, cómo hacen sus palacios, cómo se gobiernan, etc. Lo mismo sucede con un panal de abejas, su orden es asombroso.

Dotemos a cada una de las hormigas, o a cada una de las abejas de una Mónada pitagórica, o de un Jiva indostán, y es lógico que de hecho tome sentido todo el hormiguero, todo el panal, porque todas las criaturas viven de un principio monádico. El materialismo de Haeckel, de Darwin y de Huxley, quedaría completamente destrozado ante esto.

Nosotros no estamos rindiendo culto a ningún dios antropomórfico, únicamente queremos que se reconozca inteligencia a la naturaleza. No nos parece absurdo que la naturaleza esté provista de inteligencia. El orden existente en la construcción de la molécula y del átomo nos está demostrando con entera claridad meridiana los Principios Inteligentes.

Estamos en la época precisa para revisar principios. Si no estamos de acuerdo con el materialismo es porque éste no resiste un análisis de fondo, es pura basura, eso es obvio.

La creación aquélla del hombre a través de procesos mecánicos, es más incongruente que el Adán surgido instantáneamente del limo de la tierra. Tan absurda es una como otra.

Reconozcamos que hay inteligencia en toda esta mecánica de la naturaleza, en el movimiento de los átomos alrededor

de su centro de gravitación, en el movimiento de los mundos alrededor de sus soles.

Es cierto y de toda verdad que nuestro Sol, éste que nos ilumina y nos da vida, es uno de los soles de esa gran constelación que gira alrededor de Alcione, a la que se le ha llamado desde los antiguos tiempos las Pléyades. Que existen siete soles girando alrededor de Alcione, eso no es extraño. Vivimos en un rincón de las Pléyades, en un pequeño planeta que gira alrededor del Sol, el cual está poblado por los animales intelectuales. Este pequeñísimo mundo se llama Tierra.

En general, cada uno de los soles de las Pléyades, cada uno de esos siete soles da vida a los correspondientes mundos que giran a su alrededor. Es cierto, y no lo negamos, que nuestro planeta Tierra es un pequeño mundo que gira en torno del séptimo sol de las Pléyades. No es menos cierto que las Pléyades necesitan de un Principio Directriz Inteligente. Naturalmente los cerdos del materialismo no creen sino en el sebo y en la manteca, están empeñados en reducir al pobre bípedo tricentrado o tricerebrado a una simple máquina de producción y consumo bidimensional.

Los materialistas quieren quitarle a la humanidad los Principios Inteligentes, quieren a la fuerza despojar a toda la mentalidad humana de sus valores eternos, los valores del Ser. Comprendemos perfectamente que al quitarle a la humanidad los valores del Ser, degenera espantosamente. Eso es lo que está sucediendo en estos momentos de crisis mundial y de bancarrota de todos los principios. Los

sabihondos de la antropología materialista se obstinan en precipitar a la pobre gente del siglo XX, por el camino de la más franca perdición.

Las Pléyades necesitan de un Principio Directriz, o de principios directrices para no caer esta vez en el antropomorfismo, que ha sido tan fatal, pues ha producido el ateísmo materialista.

El Principio Directriz es plural, mas tiene una representación que en modo alguno aceptarían los cerdos del materialismo. Quiero referirme al Sol Astral Ecuatorial de las Pléyades, invisible para las lentes de los telescopios, pero visible para aquéllos que han desarrollado el tipo de visión más extraordinaria, cual es el de la intuición Prajnaramita en su más elevado grado. Ese término, bastante difícil por ser sánscrito, es inaceptable para la Antropología atea, pero real en su trascendencia para los verdaderos Hombres.

El Sol Ecuatorial de las Pléyades coordina inteligentemente todas las labores y actividades cósmicas, humanas, minerales, vegetales y animales, y aún este grupo de cuerpos celestes conocido como Pléyades. El Sol Ecuatorial en realidad es la suma de Principios Inteligentes, aborrecibles para los secuaces del materialismo. Pero el mundo es mundo y será siempre. El materialismo produce siempre degeneración del cerebro y de la mente, involución de los valores humanos, decadencia total, incapacidad para el desarrollo de la Razón Objetiva del Ser.

Las Pléyades con su Sol, constituyen un bello panorama del universo. El Sol de las Pléyades no es un Sol visible,

es un Sol astral ubicado en la Quinta Coordenada. Si no aceptáramos sino tres coordenadas, si estuviéramos embotellados en la geometría tridimensional de Euclides, seríamos como los ateos materialistas enemigos del Eterno, que solamente creen, como los burros, en el pasto que ven.

Que los Principios Inteligentes de ese Sol astral mantengan en perfecta armonía las Pléyades, es algo que no ignoramos. Tenemos métodos y procedimientos para el desarrollo de ciertas facultades transcendentales del Ser que nos permiten ver más allá de los simples telescopios y profundizar más allá del microscopio.

Debemos tener en cuenta ya no simplemente a las Pléyades, sino a toda la galaxia en que existimos, a la gran Vía Láctea con sus cien mil soles, millones de mundos, de lunas y de piedras sueltas. Galaxia extraordinaria que gira alrededor del Sol Sirio. Incuestionablemente este Sol es gigantesco. Cerca de Sirio hay una luna cinco mil veces más densa que el plomo. Esa luna gira alrededor de Sirio.

De Sirio vienen radiaciones extraordinarias hacia la materia cósmica. No debemos negar que de aquella luna, cinco mil veces más densa que el plomo, también vienen terribles radiaciones infrahumanas.

Podría decirse que las radiaciones de Sirio afectan a todos los supra cielos de cualquier cosa, y que las infraradiaciones tenebrosas del satélite que le rodea, afectan a los infra infiernos, que producen estados caóticos en la mentalidad de las criaturas humanas, engendran ateísmo materialista, etc.

Pero la Galaxia, en sí, con todo ese orden extraordinario, con su forma espiraloidea girando alrededor del Sol Sirio, necesita indudablemente de Principios Inteligentes que la gobiernen.

Se nos viene a la memoria, en estos momentos, el Sol Polar. Obviamente en éste se hallan los Principios Inteligentes que controlan, gobiernan y coordinan sabiamente esta Galaxia en la cual vivimos, nos movemos y tenemos nuestro Ser. Se trata de un Sol Espiritual maravilloso, extraordinario; gobierna completamente la Vía Láctea.

Obviamente que esta galaxia sin Principios Inteligentes, aunque gravitara toda alrededor de Sirio, aunque fuese gobernada inteligentemente, le faltaría algo más, le faltaría el Sol Espiritual, le faltaría el Sol Polar, que es el fundamento mismo de todos esos Principios Inteligentes.

Mas ahí no queda esta cuestión; tenemos que ir más lejos. Ya Einstein dijo: «El infinito tiende a un límite». También aseveró que el infinito era curvo. No hay duda de que existen muchos infinitos. Más allá de este infinito hay otro infinito, y mucho más allá hay otro; y entre infinito e infinito, siempre existen espacios vacíos. No hay un límite para los muchos infinitos.

Nuestro infinito, el infinito que yo llamaría «de Einstein» –puesto que fue el mismo quien dijo: «El infinito tiende a un límite»–, tiene alrededor de cien mil galaxias, con un promedio de cien mil soles cada una, y sus millones de mundos; esto es lo que alcanza a percibirse con los telesco-

pios. Mas en verdad que este infinito en que vivimos nosotros, necesita de Principios soberanos Inteligentes que lo coordinen, para evitar, en lo posible, colisiones y fracasos de toda especie.

Afortunadamente existe el Sol Central, el Sagrado Sol Absoluto. En este Sagrado Sol Absoluto están las Inteligencias Directrices de todo este infinito, en el que –repito– vivimos, nos movemos y tenemos nuestro Ser.

Así pues, la Inteligencia gobierna todo el cosmos, en lo infinitamente grande y en lo infinitamente pequeño, en el Macrocosmos y en el Microcosmos, en un sistema de mundos y en un panal de abejas, o en un hormiguero. La Inteligencia Cósmica reside, precisamente, en cada partícula de esta gran creación. Mas, continuemos hacia adelante.

Vivimos nosotros aquí, como ya dijimos, en un pequeño planeta del infinito universo, en un pequeño mundo que gira alrededor del séptimo sol de las Pléyades. Tiene su mecánica gobernada por Principios Inteligentes, pero, ni los mismísimos geólogos que tanto han estudiado conocen la mecánica viviente de este planeta Tierra.

Siempre se ha creído, por ejemplo, que los continentes en los cuales existimos son fijos, firmes, inamovibles, pero tal concepto resulta equivocado. Bien sabemos, los científicos gnósticos, que este planeta más bien se parece a la construcción de un huevo que a una masa firme.

Si observamos un huevo de ave, veremos que tiene una yema que es movable y que se sostiene sobre una clara, o

substancia pastosa o fluídica. Lo mismo sucede con nuestro mundo Tierra: en verdad que sí tiene la forma de un huevo. Los continentes son como la yema, sosteniéndose sobre una substancia clara, pastosa, fluida, gelatinosa, etc. Esa yema no está quieta, se mueve; gira sobre un eje periódicamente.

Un día pudo la América y la Europa estar juntas, y ahora están separadas, etc. Eso es lo que dicen los antropólogos materialistas sobre la Pangea, pero desconocen los verdaderos ritmos, los verdaderos movimientos periódicos y la verdadera historia geológica de esa cosa que ellos llaman la «Pangea». Son todavía verdaderos estudiantes de kínder, que nada saben sobre geología.

Prosiguiendo, diríamos que hay pruebas más que suficientes como para demostrar, claramente, el movimiento de las masas continentales.

Un día existió la Atlántida en el océano que lleva su nombre; continente que ha sido puesto en tela de juicio por los cerdos del materialismo, pero que ha sido debidamente demostrada, y en forma concluyente, por los verdaderos sabios que, de cuando en cuando, han aparecido sobre la faz de la Tierra.

Que se hubiera hundido aquel continente como una nata entre la leche, resulta un poco absurdo; aseveración necia de los ignorantes ilustrados, que no solamente ignoran, sino que además ignoran que ignoran. Si la Atlántida se hundió fue a consecuencia de la revolución de los ejes de la Tierra; mas esto no lo saben los antropólogos del materialismo.

Esa catástrofe de la Atlántida dejó en mala situación a los actuales continentes. Observen ustedes las Américas, y verán que del lado del Pacífico se inclinan, como queriendo hundirse en el océano, mientras se levantan del lado oriental. Es algo similar a lo que le pasa con un barco: nunca se hunde verticalmente, siempre de lado.

La misma cordillera de los Andes se carga hacia el lado Pacífico. Obsérvese luego la Europa, no hay duda de que por el Mediterráneo quiere hundirse, está más sumergida, más baja; y todos esos Países Bajos están inclinados hacia el mar, hacia la profundidad. También vemos eso mismo en Alemania y en Rusia. Y miremos nosotros, por último, al continente asiático: está inclinado, como queriendo hundirse por el mar de las Indias.

Así que, los continentes quedaron averiados con la gran catástrofe atlante, que desequilibró, verdaderamente, la formación geológica de nuestro mundo Tierra.

Hemos hablado mucho de soles y de catástrofes, y de todo por el estilo. Los soles de Anáhuac, es algo que nos invita a la reflexión. Los soles nahuas son interesantísimos: son del fuego, son del aire, de las aguas, de la tierra, marcan catástrofes cósmicas tremendas.

Se dice que los Hijos del Primer Sol (los protoplasmáticos), que perecieron devorados por los tigres. ¡Claro está!: los Tigres de la Sabiduría. Se dice que los Hijos del Segundo Sol, los hiperbóreos, perecieron arrasados por fuertes huracanes. Se refiere a la humanidad que vivió en la heradura que está alrededor precisamente del Polo Norte.



Se afirma que los Hijos del Tercer Sol, perecieron por sol de lluvia de fuego y grandes terremotos, los lémures. Que los Hijos del Cuarto Sol, los atlantes, perecieron por las aguas. Los Hijos del Quinto Sol, los arios, las gentes de esta época, pereceremos por el fuego y los terremotos. Así será y se cumplirá dentro de poco tiempo. Los Hijos del Sexto Sol, la futura tierra del mañana, perecerán, pero también aunque perezcan...

Después de hablarles sobre los soles de nahuas, pasaremos a un ciclo menor. Naturalmente siempre existe una Edad Primaria, Secundaria, Terciaria y Cuaternaria. etc.

Mas no basaremos estas edades ahora en las cinco Razas que han existido, no. Esta vez las fundamentaremos en algo distinto, las fundamentaremos precisamente en ese movimiento de la yema que forma el huevo terrestre, ese movimiento geológico que se procesa periódicamente sobre su propio eje, en el movimiento de continentes sobre esa substancia pastosa y gelatinosa.

Desde ese punto podríamos hablar de Edades Primaria, Secundaria, Terciaria, Cuaternaria, etc.; de un Eoceno, de un Período Primario, pues, desconocido para las gentes, del Eoceno, del Mioceno y del Plioceno. Sí, con otra clase de catástrofes, pero que también las hay, con glaciaciones terribles, no lo negamos. La Atlántida marcaría, entonces, el final de la Era Terciaria, el final de la Atlántida, aclaro. Esa Era Terciaria fue bellísima por sus edenes; deliciosa por sus grandes paraísos.

Han habido varias glaciaciones. No hay duda de que nos

acercamos hacia otra glaciación. Hay catástrofes que son producidas por la revolución de los ejes de la Tierra, por la verticalización de los polos del mundo, pero hay catástrofes que son producidas por el movimiento de los continentes, entonces surgen terremotos y vienen glaciaciones.

Se habla de unas cinco glaciaciones que se procesarían de acuerdo con los movimientos de los continentes, pero debemos también saber que ha habido glaciaciones producidas por la verticalización de los polos de la Tierra. Son múltiples, pues, las catástrofes y las glaciaciones; eso es obvio.

Si dijéramos que el hombre no existió en las épocas del Mioceno, o del Plioceno, o del Eoceno, estaríamos aseverando algo falso. Y resulta curioso que, a medida que las especies animales arcaicas fueron desapareciendo, el hombre continuó existiendo. Estoy hablando de «hombres» esta vez en un sentido meramente convencional, pues ya sabemos nosotros que el animal intelectual no es el verdadero Hombre, pero en alguna forma tenemos que hablar; y eso es obvio.

Que ha habido cambios terribles, sí, los ha habido. Pensemos nosotros, por ejemplo, en esa raza humana que surgiera del Eoceno, con su clima tropical, infernal –dijéramos– caliente. En esa raza que se desarrollara y desarrollara durante el Oligoceno, con su temperatura media. Y, por último, en esa raza del Mioceno, fría, con temperaturas que se acercaron hasta la última glaciación. Lo interesante es que, a pesar de tantas glaciaciones y catástrofes, continúen los seres humanos existiendo.

Existe el hombre paleolítico todavía, increíble, pero cierto. Desaparecieron todas las especies animales de los tiempos arcaicos, los enormes reptiles del Mesozoico, y sin embargo continúan los seres humanos existiendo. ¿Cómo es posible esto? ¿Cómo es posible que todas las criaturas arcaicas hayan muerto y que el ser humano todavía siga vivo?

De manera que pasaron las épocas Primaria, Secundaria, Terciaria de nuestro mundo, y todavía vemos a los seres humanos en la calle. Esto nos da autoridad más que suficiente como para decirle al señor Darwin y Mr. Huxley y al señor Haeckel (que tanto daño hizo a la humanidad con sus teorías materialistas), que el ser humano existió desde mucho antes de la Época Paleolítica.

Dije algo en la pasada cátedra sobre el Ombligo del universo, sobre el Omeyocan; le comparé como al germen –y así es– del cual nació este planeta Tierra. Es claro que el Omeyocan se desarrolló en varias dimensiones antes de que el planeta Tierra pudiera existir físicamente. Quiero decir que en el Omeyocan, el ombligo del mundo, se gestó el planeta tierra, que pasó por varios períodos de actividad en diversas dimensiones antes de cristalizar en la forma física actual.

Es obvio que el ser humano como semilla se desarrolló desde el Omeyocan y fue cristalizado, poco a poco, a través de diversas dimensiones, hasta tomar la forma física de la Época Polar.

Pero aquí estamos tocando asuntos que molestan a los materialistas, ellos dicen que no creen sino en lo que ven; sin

embargo creen en todas sus utopías. Andan buscando al hombre primordial entre las capas subterráneas de la Época Cuaternaria. Inventan cada día más y más teorías en las que creen; no las han visto, pero creen. Entonces están diciendo mentiras, están creyendo en lo que no ven, son unos falsarios; eso es obvio. Están asegurando falsedades diciendo que no creen sino en lo que ven, y creen en un poco de conjeturas e hipótesis que no han sido comprobadas jamás, nunca.

Nosotros podemos comprobar lo que decimos; tenemos sistemas de investigación a través de las técnicas más difíciles de la meditación, mediante las cuales desarrollamos determinadas facultades, tales como, por ejemplo, el tipo de la intuición más elevada, llamada «Prajnaparamita», que nos permite, de verdad, estudiar los Registros Akáshicos de la naturaleza. En esos registros está toda la historia de la Tierra y de sus razas. Y si los cerdos del materialismo dejan su posición fanática y se resuelven a entrar en las disciplinas de la Gnosis, pueden desarrollar tales facultades, mediante las cuales les será asequible a ellos, la historia de la Tierra y de sus razas.

Así que, mis estimables amigos, vale la pena que reflexionemos profundamente en todas estas cuestiones. La hora ha llegado en que cada uno de nosotros reflexione sobre sí mismo y sobre el universo.

El hombre existe sobre la Tierra mucho más allá de la Edad Primaria, mucho más allá de la Época Paleolítica. Y –repito– nos da derecho de afirmar esto el mismo hecho

concreto de que sigamos existiendo, a pesar de que todos los animales, todas las criaturas de los tiempos arcaicos, desaparecieron ya en su mayoría. Si eso es así, tenemos derecho para decir que somos tan antiguos como la Tierra, como la naturaleza. Porque «hechos son hechos y ante los hechos tenemos que rendirnos».

Si no hemos perecido, si no hemos desaparecido del escenario del mundo a través de tantas catástrofes, y a pesar de que todas las criaturas de los tiempos mesozoicos se acabaran, entonces tenemos derecho a decir que somos criaturas especiales, que existimos sobre la Tierra antes que esas criaturas del Plioceno o de los tiempos mesozoicos hubieran aparecido sobre la Tierra. Ese derecho nos lo da el preciso hecho de existir, el hecho concreto de que han pasado eternidades y continuamos vivos.

Murieron las criaturas contemporáneas de nosotros, sin embargo aquí estamos, vivos. Todos perecieron, pero nosotros seguimos vivos. Por lo tanto tenemos derecho a reírnos en las narices de un Huxley, o de un Darwin, o de un Haeckel (personaje que fue tan fatal para la humanidad; «y que su nombre se borre de la historia, y que nunca se escriba en las calles», como dijera Job).

Los distintos escenarios en los que se ha desenvuelto esta humanidad merecen ser tenidos en cuenta. Cuán sabios son los soles maravillosos de los nahuas. No solamente contemplan aquella a la raza que fue devorada por los Tigres de la Sapiencia, sino también a los hiperbóreos que perecieron arrasados por fuertes huracanes, y a los lemu-

res que perecieron por Sol de lluvia de fuego y grandes terremotos, y a los atlantes que perecieron anegados por las aguas. Esos soles nahuas, van más lejos: contemplan también los movimientos de esa «yema de huevo dentro de la clara», esos movimientos periódicos de estos continentes, que tan pronto se separan como se alejan, que tan pronto producen grandes glaciaciones donde parece toda vida como originan nuevas actividades.

Esos soles de Anáhuac trabajan a través de los Períodos Primario, Secundario, Terciario, Cuaternario, etc. Por último se les eleva en los cambios de fuego de cada 52 años. Estamos, ahora en el quinto de esos cambios, el Quinto Sol. Es que la Doctrina Secreta de Anáhuac contiene tesoros preciosos que nunca jamás aceptarían los enemigos de México, los antropólogos del materialismo ateo. Hasta aquí mis palabras. ¡Paz Inverencial!

## Sexta Cátedra

*Tercera Cámara. México D.F. 7 de septiembre de 1977*

Bueno, hermanos, vamos a comenzar nuestra cátedra de esta noche.

Incuestionablemente la humanidad terrestre ha pasado por diversas fases de desenvolvimiento, y esto es algo que debemos analizar juiciosamente.

Se habla de la evolución mecánica de la naturaleza, del hombre y del cosmos. Desde el punto de vista antropológico hemos de comprender que existen dos clases de evolución: la primera se iniciaría, obviamente, con la cooperación sexual debidamente comprendida en todos y cada uno de sus aspectos; la segunda es diferente.

Incuestionablemente, en principio la raza humana se multiplicaba en la misma forma en que las células se multiplican. Bien sabemos nosotros que el núcleo se divide en dos dentro de la célula viva, y que especializa una determinada cantidad de citoplasma y materias inherentes para formar células nuevas. Las dos se dividen a su vez en otras dos, y así, mediante el proceso fisíparo –diríamos– de división

celular, se desarrollan los organismos, se multiplican las células, etc.

Si en principio los andróginos se dividían en dos, o en tres individuos para reproducirse, más tarde todo eso cambió y hubo de prepararse el organismo para reproducirse, posteriormente, mediante la cooperación sexual. Obviamente, fue en la Lemuria (continente situado otrora en el océano Índico) donde se realizaron los principales aspectos relacionados con la reproducción.

En principio los órganos creadores, el lingam-yoni, no se hallaban todavía plenamente desarrollados. Se hacía necesario que estos órganos de la especie cristalizaran totalmente y se desarrollaran a fin de que más tarde en el tiempo pudiera realizarse, concretamente, la reproducción de la especie humana mediante la cooperación sexual. Así que, conforme estos órganos (masculino-femenino) se fueron desarrollando (ya no diríamos en el ser humano meramente andrógino, sino hermafrodita), se sucedieron hechos bastante interesantes desde el punto de vista biológico y psicosomático. La célula fertilizante, por ejemplo, lograba hacer contacto con el óvulo, y así, tal célula-átomo se desprendía del organismo del padre-madre para desarrollarse y desenvolverse. Como secuencia o corolario, mediante procesos muy delicados, devenía luego una nueva criatura.

El segundo aspecto de esta cuestión fue también bastante interesante. Si bien es cierto que en principio gérmenes vivientes se desprendían como radiación atómica para desarrollarse exteriormente y convertirse en nuevas criatu-



ras, en el segundo hubo cierto cambio favorable. Podría decirse que el huevo fecundado (el óvulo que normalmente el sexo femenino elimina de sus ovarios cada mes), tenía cierta consistencia extraordinaria, era ya un huevo en sí mismo, en su constitución intrínseca; un huevo fecundado interiormente dentro del padre-madre, dentro del hermafrodita, un huevo que al salir al mundo exterior podía desenvolverse o incubarse, hasta que al fin se abría para que una criatura emergiera de allí; criatura que se alimentaba con los pechos del padre-madre, y esto, de por sí, ya es bastante interesante.

Mucho más tarde en el tiempo, fue notándose que ciertas criaturas devenían a la existencia con un órgano más desarrollado que otro. Al fin llegó el momento en que la humanidad se dividió en sexos opuestos. Cuando esto sucedió, cuando esto acaeció, entonces se necesitó la cooperación sexual para crear y volver nuevamente a crear.

Las genealogías de Haeckel, con respecto al posible origen del hombre y nuestras tres razas primordiales –que no encajan dentro de esta antropología materialista que hoy en día invade al mundo, desgraciadamente–, son en verdad el hazmerreír de los antropólogos materialistas, enemigos de lo divinal.

Ellos se burlan por igual, tanto de la genealogía de un Haeckel –o de las genealogías, para hablar en plural–, como de los linajes aquéllos de Homero. Recuerden ustedes, claramente, a Aquiles, el ilustre guerrero hijo de Marte, a Agamenón, hijo de Júpiter, el que desde lejos manda, etc.

Frases o palabras poéticas de aquel hombre que cantara en otros tiempos a la vieja Troya y a la cólera de Aquiles, el guerrero.

Tenemos que hablar muy claro en todas estas cuestiones antropológicas, es obvio. Los científicos de esta época tendrán que resolverse por Paracelso, el padre de la química, o por el «sosura» de Haeckel, el famoso «sosura» mitológico. En todo caso, es mucho lo que tenemos que analizar e investigar dentro del terreno exclusivamente antropológico.

Si se negara la división de la célula viva o el proceso reproductivo primigenio o primordial, tendría que negarse también, de hecho, la reproducción del Monerón o átomo del abismo acuoso de Haeckel, dividiéndose a sí mismo para multiplicarse. La ciencia, en realidad de verdad, en modo alguno podría pronunciarse científicamente contra ese sistema primigenio de reproducción mediante división celular, es decir, mediante el acto fisíparo.

Sin embargo, nos damos cuenta claramente de que estas dos teorías expuestas sobre la forma como comenzara la reproducción –ya por medio de la cooperación sexual, o aquella otra, en que los órganos creadores deben desarrollarse antes de iniciarse la posible cooperación–, son algo muy discutible y espinoso.

Todas las teogonías religiosas, desde la órfica –que es bastante antigua–, hasta la Biblia cristiana, nos hablan de un comienzo mediante cooperación sexual. Es más bien simbólico. Podría repetirse a cargo de la Alquimia, pero no científico-antropológico, porque no podría comenzar

un proceso evolutivo con cooperación sexual claramente, cuando todavía los órganos creadores no han sido creados. Obviamente tiene que haber habido un período de preparación para la reproducción mediante cooperación, un período durante el cual los órganos creadores hubieron de desarrollarse y desenvolverse en la fisiología orgánica del ser humano.

Las escrituras religiosas, tanto del Oriente como del Occidente, han sido muy alteradas, excepto la del *Vishnú Purana*, por ejemplo, donde se dice que Daksha, después de haber dado a los seres humanos la capacidad de reproducirse mediante la cooperación, declaró: «Mucho antes que el ser humano pudiera tener esa capacidad, mucho antes que la cooperación sexual entre hombre y mujer existiera, existían ya otros modos de reproducción». Se refiere a etapas anteriores a la formación de los órganos creadores en el ser humano.

No llego yo hasta el grado de afirmar, en forma enfática, que aquellos sistemas anteriores a la cooperación no tuvieran alguna relación con la energía creadora. Pienso, claramente, que la energía sexual, propiamente dicha, tiene otras formas de manifestación, y antes de que los órganos creadores en la humana especie se hubiesen desarrollado, tal energía tuvo otros modos de expresión para crear y volver nuevamente a crear.

Es lástima que las Sagradas Escrituras de todas las religiones hayan sido adulteradas. Bien sabemos que hasta el mismo Esdras no dejó de alterar un poco el *Pentateuco* en

la *Biblia* hebraica. Pero a todas éstas, se hace indispensable que nosotros sigamos analizando y reflexionando.

¿Dónde se desarrollaron las distintas razas? Ya hemos dicho muchas veces que eso del Neopitecoide resulta bastante absurdo, lo mismo que su cinocéfalo con cola, el mono sin cola y el hombre-arbóreo, cuestiones de mera utopía que no tienen basamentos de ninguna especie. Ya nos reímos bastante sobre el Sosura mítico de Haeckel, aquella especie de «chango» con capacidad hablative, algo así como el eslabón perdido entre el mono y el hombre.

Mas se hace necesario saber dónde se han desarrollado estas razas, en qué escenario se han desenvuelto estas evoluciones e involuciones de la humanidad. Eso es lo que necesitamos realmente conocer; porque sería imposible desligar a las razas humanas de su medio ambiente, de sus distintos continentes, de sus islas, de sus montañas, de sus escenarios naturales.

Llama –como ya dije en otra ocasión– muchísimo la atención que a pesar de que hubo enormes reptiles en el Mesozoico, sin embargo, todavía vivía la humanidad, mientras que aquéllos ya desaparecieron de la faz de la Tierra. ¿Cómo es posible que todos los monstruos antediluvianos hayan perecido y que la humanidad siga viviendo? Hemos puesto mucho énfasis en ese asunto, y se hace necesario pensar un poco, o bastante.

Que el ser humano esté relacionado con su ambiente, es algo que no se puede negar. Que hayan existido otras formas de reproducción distintas a las de cooperación sexual,

es también innegable. Pero conviene conocer algo sobre el ambiente donde se desarrollaron las distintas razas; urge que poco a poco, vayamos estudiando los distintos escenarios de la naturaleza.

No negamos en modo alguno que hay hechos que los astrónomos, verdaderamente, no conocen. ¿Qué saben ellos, por ejemplo, sobre los cambios o modificaciones del eje de la Tierra en relación con la oblicuidad de la elíptica?

Laplace, aquél que inventara su famosa teoría que hasta hoy existe, afirmando que todos los mundos salen de sus correspondientes nebulosas –hecho que nunca ha sido comprobado–, llega hasta a decirnos fanáticamente que la declinación del eje de la Tierra en relación, precisamente, con la oblicuidad de la elíptica, es casi nula y que así ha sido siempre en forma secular.

La Geología, incuestionablemente, está en contra hasta cierto punto de estos conceptos de la Astronomía. Claro que la desviación del eje de la Tierra dentro de la oblicuidad de la elíptica, o la inclinación, para ser más claros, implica períodos, dijéramos glaciales, que se suceden siempre a través de las edades.

Si negáramos los períodos glaciales, estaríamos afirmando cosas absurdas, porque las glaciaciones están completamente demostradas, y tienen su base precisamente, en la desviación del eje de la Tierra, en su inclinación dentro de la oblicuidad de la elíptica.

Así que está demostrada con entera claridad mediante los

estudios geológicos tal desviación que niegan los astrónomos. Geología y Astronomía se encuentran pues, opuestas en esta cuestión. Hay pruebas de tremendas glaciaciones. Ya Magallanes anota determinadas épocas de calor atípico en el Ártico, acompañadas simultáneamente de glaciaciones y frío intenso en el Antártico.

Hemos llegado a un punto bastante interesante y es esta cuestión de los glaciares. Parece increíble que en el sur de Europa y en el norte de África hubieran existido en otros tiempos terribles glaciaciones. En España, por ejemplo, se ha podido saber (con cargo a la Época Silúrica) que existieron glaciaciones tremendas; y esto está demostrado a través de todos los estudios de la Paleontología.

En tanto, nadie podría hoy en día negar que se han descubierto, por ejemplo, en Siberia, y especialmente en la desembocadura de ciertos ríos, como el Obi y otros, cadáveres momificados de animales antediluvianos. Esto significa que Siberia, que es tan fría, en otros tiempos fue trópico, de gran calor, lo mismo que Groenlandia, la península Escandinavia, de Suecia y Noruega, hasta Islandia y toda esa herradura que rodea totalmente al Polo Norte.

¿Que hubiera habido calor en esas regiones? ¡Imposible!, diría cualquiera. Y sí, la Paleontología lo ha confirmado. Criaturas bastante interesantes han sido descubiertas precisamente en las bocas de los ríos que he citado, que he mencionado, y esto nos invita a todos a la reflexión.

Durante la época de la Atlántida, los polos Norte y Sur no estaban donde están ahora. Entonces, el Polo Norte, el Ár-

tico, estaba ubicado sobre la línea ecuatorial misma, en el punto más extremo oriental del África. Y el Antártico, el Polo Sur, se hallaba exactamente ubicado sobre la misma línea ecuatorial, hacia lo opuesto, un lugar específico en el Pacífico.

Ha habido otros cambios tremendos en la fisonomía del globo terrestre. Los verdaderos mapas antiguos son desconocidos para los sabios de esta época. En las criptas secretas de los Lamas, en los montes Himalayas, hay mapas de la Tierra antigua, mapas que demuestran que nuestro mundo tuvo otra fisonomía en el pasado.

Pensemos en Lemuria, ese gigantesco continente ubicado entonces en el Índico. Estaba unido a Australia, pues Australia es parte de la Lemuria, lo mismo que toda la Oceanía. Cuando el polo Norte, el Ártico, se hallaba ubicado en el punto más oriental sobre la línea ecuatorial del África. Todo era diferente, distinto, completamente distinto.

Por aquella época acaeció un glaciar de esos terribles. Esa glaciación se proyectó, precisamente, desde el Polo Ártico, ubicado en el África, hacia la Arabia, o sea, hacia el Sudoeste de Asia y también cubrió completamente, o casi completamente, a la Lemuria. Toda esa zona se llenó de hielos, mas no logró pasar tal glaciación el Mediterráneo.

Resulta pues interesante, que hay épocas en que nuestro mundo Tierra pasa por tales glaciaciones, en que el hielo invade determinadas zonas, en que mueren millones de criaturas. Todo eso se debe realmente a la inclinación del eje de la Tierra en relación con la oblicuidad de la elíptica.

El ser humano ha tenido que desarrollarse en distintos escenarios, y nosotros debemos conocer a fondo cuáles son esos escenarios. ¿Cómo surgió la América? ¿Cómo apareció la Europa? ¿Cómo se hundió la Lemuria? ¿Cómo desapareció también la Atlántida?

La Lemuria fue aceptada por Mr. Darwin y existe todavía en el fondo del Océano Índico. A través de sucesivas conferencias, iremos estudiando todos estos escenarios donde la raza humana se ha desenvuelto.

Obviamente, los organismos han pasado por distintos cambios morfológicos en tales o cuales ambientes. Si dijéramos nosotros, por ejemplo, que el animal intelectual, equivocadamente llamado «hombre», tiene por antepasado al famoso ratón –del que hablan ahora tanto los antropólogos materialistas–, o mejor dijéramos al «runcho» citado por los sudamericanos, estaríamos francamente falseando la verdad. El tal ratón enorme, o runcho de Suramérica, ya sabemos que deviene originalmente de la Atlántida de Platón, y que mucho antes de que existiera la Atlántida, el Hombre existía. Luego entonces el Hombre es anterior al famoso runcho atlante o ratón, como se le cita ahora por estos tiempos.

Si dijéramos que el Hombre deviene originalmente de ciertos primates, y más tarde de ciertos homínidos de la antigua tierra lemúrica, tan aceptada por Mr. Darwin, también estaríamos falseando la verdad. Porque antes de que los simios existieran, mucho antes de que hubieran aparecido los tan cacareados primates u homínidos, el Hombre



ya existía. Aún más, antes de que la reproducción de las especies se desarrollara por cooperación, el Hombre ya existía. El Hombre es muy anterior todavía a la misma Lemuria tan aceptada por Mr. Darwin.

Obviamente, tenemos que reconocer que esta raza humana que ha sido estudiada en forma, dijéramos, superficial por los antropólogos materialistas, y que ha pasado desde los tiempos monolíticos por las etapas del Eoceno, del Mioceno y del Plioceno, es más antigua todavía que los continentes Atlante y Lémur.

Mas será necesario, repito, seguir estudiando los distintos escenarios de nuestro mundo, para comprender mejor los diversos procesos de evolución e involución de las distintas razas humanas.

Por de pronto, quiero decirles que nosotros los gnósticos somos firmes en nuestros conceptos, y que si se nos pone a escoger entre un Paracelso, como padre de la Química moderna, o un Haeckel, como creador del famoso «sosura» mítico, francamente nos resolvemos por el primero: por el gran sabio Paracelso.

Hasta aquí mis palabras por esta noche. ¡Paz Inverencial!



## Séptima Cátedra

*Tercera Cámara. México D.F. 14 de septiembre de 1977*

Continuaremos hoy con nuestras pláticas relacionadas con la Antropología Gnóstica científica.

Realmente el planeta Tierra merece ser estudiado profundamente. Quieren los habitantes de la Tierra viajar a otros mundos, cuando, en realidad de verdad, todavía no conocen el propio mundo en que viven.

En todo el planeta hay diversos hechos, sucesos, fenómenos completamente desconocidos para la ciencia oficial. No está de más recordar algunos hechos que suceden en los mares. Empecemos por hacer reminiscencias, siquiera, de ciertos fenómenos que acaecen a algunas criaturas de los océanos.

Veamos: Por allá por el año de 1917 fue observada en la costa de Massachusetts (Estados Unidos) una serpiente marina que medía 27 metros de longitud. La Sociedad Naturalista de Boston la estuvo estudiando detenidamente. Jamás se volvió a ver por aquellos contornos; es obvio.

Un barco de arrastre, por ejemplo, capturó a un renacuajo

en estado larvario que medía 2 metros de tamaño. Si se le hubiera dejado desarrollar –de acuerdo con los estudios naturistas–, habría alcanzado el tamaño de 22 metros de largo. Es un tipo de criaturas que en realidad de verdad, es desconocido en general. ¿Cómo viven? ¿Cómo actúan? ¿Dónde se desarrollan tales criaturas? ¿Por qué existen?

Pensemos nosotros en aquel famoso «pez azul» que se consideraba desaparecido. Se le ha llamado siempre en forma –dijéramos, poética– con un nombre que nos recuerda el canto, la voz, la poesía, me refiero francamente al Celacanto. Tal animal es un poquito extraño; tiene extremidades muy parecidas a las de los seres humanos; vive especialmente en el fondo del océano Índico. No olvidemos nosotros que precisamente, en el océano Índico existió la Lemuria. Esto significa que todavía, a estas horas de la vida, aquel pez sigue existiendo en la mismísima Lemuria. Vive en las profundidades; rara vez ha salido a la superficie. Inquestionablemente, las grandes profundidades del océano Índico resultan extraordinarias. Nos deja mucho que pensar la existencia de un animal antediluviano en pleno siglo XX. ¿Por qué existe en pleno siglo XX? ¿A qué se debe?

Se encontró alguna vez los restos fosilizados de un pez de éstos; se le calcularon 18 millones de años de existencia. El Celacanto era muy conocido hace 60 millones de años. Es asombrosa la figura del Celacanto. Llama la atención que tenga desarrolladas las extremidades, es decir, miembros parecidos a los brazos, a las manos, o a los pies del ser humano. Aún existe. ¿Criatura antediluviana existiendo en

pleno siglo XX? ¿Qué podrían decir los antropólogos materialistas sobre una criatura así? ¿Cuál sería su concepto? Todo esto nos invita a la gran reflexión.

¿Y qué diremos nosotros, en verdad, sobre el Mosasaurio o Ictiosaurio de tiempos arcaicos? Todavía sigue existiendo en profundidades terribles del Pacífico ¿Qué saben sobre eso los hombres de ciencia? Absolutamente nada. Así que, en verdad, conviene que nosotros sigamos explorando todas estas cuestiones para formarnos un concepto claro, preciso.

Las anguilas, por ejemplo, resultan bastante interesantes. Bien sabemos que algunas anguilas procedentes de Europa y de América, se dan cita en el Mar de los Sargazos con el objeto de reproducirse. Pero lo interesante es que nunca regresan al punto de partida original; quienes en verdad retornan son los hijos. ¿Por qué sucede esto? ¿Por qué no regresan los padres sino los hijos? ¿Cómo podrían explicar esto los antropólogos de la ciencia materialista? ¿Qué es lo que saben sobre el particular? Estoy seguro que ellos ignoran totalmente estas cuestiones.

Pasemos a la cuestión esta del atún. En realidad de verdad es algo que merece reflexión. Los atunes que salen del Brasil se dirigen hacia Escocia, y posteriormente se acercan a Europa y pasan cerca del Mediterráneo. Pero raro es el atún que se mete por el Mediterráneo. ¿Qué podrían decir sobre esto los hombres de ciencia? ¿Por qué no entran las corrientes migratorias del atún dentro del Mediterráneo? ¿Quién las dirige? ¿Por qué lo hacen? ¿En qué época de la

vida los señores de la Antropología materialista han definido estas cuestiones? Si ellos que pretenden tener la sabiduría del universo, ¿por qué no han hablado alguna vez sobre estos asuntos? En realidad de verdad, estas gentes materialistas no solamente ignoran, sino lo que es peor, ignoran que ignoran, y eso es gravísimo.

Hay grandes calamares, monstruos gigantes dotados de enormes tentáculos, sobre los cuales la ciencia materialista nunca ha hablado nada. Huellas de esos tentáculos se han encontrado en las ballenas. Incuestionablemente, todo eso indica grandes luchas en las regiones abismales.

Hay peces-lagartos también de origen desconocido, sobre los que la Antropología materialista no ha hablado jamás en la vida.

Continuando hacia adelante, hablaremos también de ciertos fenómenos que son desconocidos para los señores materialistas. Bien sabemos que existen ríos en el mismísimo mar, a centenares de metros de profundidad, que marchan en direcciones opuestas. ¿Por qué lo hacen? ¿Por qué un río vecino de otro marcha en dirección opuesta y en el mismísimo océano? Giran estos ríos, bien lo sabemos, los del Norte de izquierda a derecha, como las manecillas de un reloj visto de frente. Los del Sur a la inversa, pero ¿por qué no gira la corriente de Benguela, qué pasa? ¿Qué explicación daría la ciencia materialista sobre el particular? ¿Por qué callan esos tontos científicos? ¿Qué pueden decirnos sobre todo eso?

Frente a las costas del Perú, a 1.500 metros de profundidad, se han podido observar columnas muy bien labradas, muy

bien talladas, de edificios atlantes. Se han logrado obtener magníficas fotografías sobre el particular. Queda así demostrada la existencia de Atlántida, pero los tontos científicos continuarán como siempre, negando, y negando, y negando.

Hay civilizaciones desaparecidas, como la de la Isla de Pascua, donde existen hoy en día efigies gigantescas, enormes cabezas humanas talladas por manos de gigantes. Nunca ha dicho nada la ciencia materialista; calla, calla, calla.

¿Qué diremos de la Antártida? No hay duda de que antes de la revolución de los ejes de la Tierra, en los polos Norte y Sur existieron poderosas civilizaciones. Incuestionablemente, bajo los hielos de la Antártida deben existir restos de esas antiquísimas culturas. Un día llegará en que la pala de los arqueólogos podrá desenterrarlos. Mientras tanto, la ciencia materialista calla, calla como siempre, sin dar explicaciones.

Existen también olas gigantes, monstruosas, en mares tranquilos y serenos; olas aisladas que no tienen una razón de ser, una justificación precisa. Me refiero, por ejemplo, a las olas «seiche». ¿Cuál es su origen? ¿Algún terremoto submarino, o qué? ¿Cómo podrían esto explicarlo los señores del cientifismo materialista? ¿Qué dirían sobre esto los enemigos del Eterno? En realidad de verdad, ellos no solamente ignoran, sino que además ignoran que ignoran.

Que haya olas en mares furiosos, aceptado; pero que en un mar tranquilo venga una ola caminando, aislada, solitaria, gigantesca, monstruosa, sin saber por qué, es algo que

nunca ha tenido una explicación científica. Sin embargo, esos hechos suceden en el océano, y la ciencia materialista no ha podido explicar eso nunca, jamás.

En esa cordillera del Atlántico (me refiero a una cordillera submarina) donde antes existiera el gran continente atlante, existen alrededor de 100.000 terremotos anuales, y resulta esto interesante. Bien sabemos que terribles terremotos y grandes maremotos acabaron con el continente atlante. Pero todavía, a estas horas de la vida y en pleno siglo XX, ¡sigue temblando la Atlántida sumergida!

Conviene que nosotros reflexionemos en todas estas cuestiones, pues en el fondo son bastante interesantes. Incuestionablemente el planeta Tierra no es conocido por los antropólogos materialistas. En realidad de verdad, continúa este mundo Tierra convertido en un verdadero enigma para la ciencia materialista.

Algunas langostas llenas de púas se reúnen en cantidad suficiente como para formar una migración y descienden por la plataforma continental, lentamente, caminando hasta llegar a la llanura abismal, con rumbo desconocido. ¿Qué dirían sobre esto los hombres de ciencia? ¿Qué explicación le dan? ¿Hacia dónde se dirigen? ¿Cuál es exactamente la meta? ¿Por qué realizan esta clase de migraciones? ¡Enigmas, enigmas que no entienden los científicos materialistas!

Nuestro planeta Tierra, mis amigos, no ha sido siempre como es ahora, ha cambiado su fisonomía geológica varias veces. Si nosotros examinamos los cuatro mapas de Elliot



Scott, veremos que la Tierra, hace un millón de años era completamente diferente. Esos cuatro mapas geográficos merecen ser tenidos en consideración. Se parecen a cuatro mapas que existieron, y que todavía siguen existiendo, en algunas criptas subterráneas del Asia Central. Tales mapas son desconocidos por los sabihondos de la ciencia materialista; se guardan secretamente con el propósito de conservarlos intactos, pues bien sabemos que los señores de la falsa ciencia están siempre dispuestos a alterar todo, con tal de justificar sus tan cacareadas teorías.

El primero de esos mapas de Elliot Scott llama mucho la atención, resulta interesantísimo. En él se ve lo que era el mundo hace unos 800.000 años antes de Jesucristo. Entonces la región de los braquicéfalos de la tan cacareada Antropología ultramoderna no existía.

Desde el Estrecho de Bering, pasando por Siberia y Europa, hasta Francia y Alemania, lo único que había era agua, no había surgido, propiamente dicho, la Siberia ni la Europa de entre el fondo de los océanos.

Del África no existía sino la parte Oriental, porque el Oeste y el Sur de aquel continente estaba sumergido entre las olas embravecidas del océano. Aquel pequeño continente que entonces existiera del África Oriental, era conocido con el nombre de «Grabonci».

La América del Sur estaba hundida entre las aguas del océano, no había surgido a la existencia. Estados Unidos, Canadá, Alaska, todo eso estaba sumergido entre el océano, y sin embargo, ¡México existía! Parece increíble que

800.000 años antes de Jesucristo, ya existía México. Cuando todavía la Europa no existía, ¡México existía! Cuando Suramérica no había salido de entre el fondo del océano, ¡México existía! Esto nos invita a comprender que entre las entrañas de esta tierra sagrada de México, tan arcaica como el mundo, existen tesoros arqueológicos y esotéricos extraordinarios, que todavía no han sido descubiertos por la pala de los arqueólogos.

La Lemuria fue por aquella época un gigantesco continente que se extendía en el Pacífico, que cubría toda esa área de la Australia, la Oceanía, el Índico –que es tan gigantesco–, y que se proyectaba por todo el Pacífico hasta esos lugares donde más tarde brotó Suramérica. Veán ustedes, ¡cuán gigantesca era la Lemuria!, ¡cuán enorme! La fisonomía del globo terráqueo era, pues, completamente distinta hace unos 800.000 años antes de Jesús el Cristo.

La capital de la Atlántida era Toyán, la ciudad de las siete puertas de oro macizo. Dirán los antropólogos materialistas que no ven más allá de sus narices, que en qué nos basaremos nosotros para poder hablar de la gran capital. Quiero decirles a esos señores –que tanto han hecho por quitarle a la humanidad sus valores eternos y precipitarla por el camino de la involución–, que tenemos datos exactos para poder hablar sobre Lemuria, que hay mapas que se conservan muy en secreto en algunas criptas subterráneas que indican dónde estaba Toyán, la capital de la Atlántida.

Así pues, que si hablamos, lo hacemos con pleno conocimiento de causa. Citamos a la Lemuria y a la Atlántida

porque fueron continentes que tuvieron existencia real. Bien sabemos nosotros que hasta el mismo Darwin aceptó la existencia de la Lemuria.

Toyán estaba situada en un ángulo, en el Sudoeste de aquel gran país, frente a la costa Sudoeste de una franja de tierra que se extendía claramente hasta el Loira y el Mediterráneo y Este de África, y que por último llegaba hasta el Sur de Asia, que ya existía.

La Atlántida, en sí, se proyectaba desde el Brasil hasta las Azores (eso está completamente comprobado), y desde la Nueva Escocia, directamente, por todo el océano Atlántico.

Así que, en realidad de verdad, la Atlántida cubría en su totalidad el océano que lleva su nombre. Era un gran país. Imaginen por un momento ustedes a la Atlántida proyectándose hasta las Azores, hasta Nueva Escocia, y descendiendo hasta donde hoy es Brasil. ¡Cuán enorme continente era! Se extendía de Sur a Norte, era grandioso. Se hundió a través de incesantes terremotos. Varias catástrofes fueron necesarias para que la Atlántida desapareciera definitivamente.

Así que, en realidad de verdad, el escenario del mundo ha venido cambiando, la fisonomía de este globo terrestre no ha sido siempre la misma, y en ella se han desenvuelto distintas razas humanas.

Nosotros necesitamos, en verdad, estudiar cuidadosamente la fisonomía del mundo en los tiempos antiguos, los distintos cambios geológicos por los cuales la Tierra ha pa-

sado. Sólo así podremos formarnos un concepto claro, preciso, sobre el origen del hombre, sobre sus diversas culturas, sobre sus distintos procesos evolutivos e involutivos.

Mas si desgraciadamente nosotros quedáramos completamente embotellados en todos los prejuicios contemporáneos, no lograríamos, en verdad, conocer nada sobre la Geología, y mucho menos sobre los procesos de evolución y desarrollo de la raza humana.

Es necesario inquirir, investigar, analizar un poco. Hay muchos enigmas en el planeta Tierra que son desconocidos para la ciencia oficial. ¿Cómo es posible que, por ejemplo, el Ictiosaurio o Mosasaurio, que pertenecieron a épocas como las del Plioceno, sigan existiendo en pleno siglo XX dentro de las grandes profundidades del Pacífico? Son enigmas que hasta ahora la ciencia materialista, en realidad de verdad, no ha podido descifrar ni comprender.

A través de estas pláticas tenemos nosotros que ir conociendo los distintos escenarios del mundo. Tendremos que echar luz en las tinieblas. Y una vez que hayamos puesto los fundamentos científicos de la Antropología Gnóstica, entonces revisaremos las antiguas culturas.

Es necesario saber, por ejemplo, cómo fue que surgieron los Pelasgos en Europa; es necesario conocer las culturas arcaicas, saber algo de la civilización de los Hiperbóreos, y de los Lemúricos.

Pero antes que todo, se hace necesario revisar los distintos cambios geológicos por los cuales ha pasado el planeta Tie-

rra. Bien sabemos que cada raza ha tenido un escenario. Pues bien, necesitamos conocer el ambiente, el clima, las condiciones en las que ha tenido que vivir cada raza. Esto es indispensable, urgente, inaplazable.

Cuando se dice, por ejemplo, que las culturas de América vinieron a través del Estrecho de Bering, desde el continente Asiático, se está aseverando una espantosa falsedad, porque los mapas antiguos nos demuestran que el Estrecho de Bering, la Siberia y el Canadá, y los Estados Unidos, ¡no existían!

Hace 800.000 años, México tenía una población solemne, maravillosa, separada del Estrecho de Bering por los grandes océanos. Así pues, la ciencia materialista está hablando de lo que no ha visto, de lo que no le consta. Nosotros estamos hablando sobre la base de los mapas como los de Elliot Scott, y sobre esos otros similares que se encuentran en algunas criptas subterráneas de la cordillera himaláica, en el Asia Central.

Cuando se asevera que la raza humana llegó a la América a través del Estrecho de Bering, se está demostrando con esto una gran ignorancia y un desconocimiento total de las cartas geográficas antiguas. Es con esa clase de patrañas que los antropólogos materialistas están engañando a la opinión pública y abusando de la inteligencia de los lectores.

Nosotros –repito– somos amantes de la investigación científica, del análisis concienzudo. No nos permitimos el lujo de aceptar las teorías materialistas, porque en realidad de

verdad, son como un paredón sin cimientos, que bastaría darles un leve empujón para convertirlas en menudo sedimento. No somos los tontos que nos vamos a dejar engañar por patrañas, basadas en falsos utopismos.

Tenemos cartas geográficas, y estoy seguro que los lectores de esta obra comprenderán bien nuestra posición cuando estudien las cartas geográficas que en este libro vamos a enseñar a la humanidad.

Hasta aquí mis palabras de esta noche. Ahora los hermanos pueden preguntar lo que tengan que preguntar sobre el tema. Pero por favor, no me vayan a salir con preguntas de Antecámara, ni de Primera Cámara, ni de Segunda Cámara. Si van hacer preguntas, son científicas, basadas sobre el tema que hemos desarrollado, no sobre otro tema.

P: Maestro, en una revista leí acerca de una investigación que había hecho un antropólogo (creo que hacia el Norte del Valle de México), donde redescubrió la ciudad que había descubierto otro antropólogo, que parecía ser una antigua colonia –decían que– lémur. Y ahí, efectivamente, se pudo comprobar una antigüedad de entre 15.000 a 20.000 mil años. Inclusive, creo que se descubrieron ciertos manuscritos que tenían su paralelo con manuscritos birmanos, ¿eso puede tener algo de realidad?

R: ¿Pero en qué parte se realizó?

P: Fue en el Norte del valle de México; eso apareció en una revista, *Duda*, mexicana.

R: Bueno, voy a decirle: 15.000 ó 20.000 años, eso es de ayer, eso mientras nos limpiamos un ojo se pasa. En realidad de verdad, eso no es nada.

Pensemos en que el famoso Celacanto, ese pez azul que se consideraba desaparecido y que vive entre las profundidades del océano Índico, es decir, vive en Lemuria todavía, en pleno siglo XX (pues la Lemuria está sumergida en el Índico), existía hace 60 millones de años; era muy conocido los restos fósiles de un ejemplar, fueron analizados y tenían una antigüedad de 18 millones de años.

De manera que, la cita que pones por ahí de unos 20.000 años, es de ayer; es de alguna cultura pues, antigua, que nosotros todavía no hemos investigado, pero que vale la pena investigarla. Incuestionablemente, es alguna de las tantas culturas que existió aquí, en el México arcaico, en este México antiquísimo.

P: Pero el hecho es que parece bastante bien documentada toda esa investigación y, sin embargo, la antropología oficial como que insistió en no dar ningún tipo de divulgación a este tipo de investigación.

R: La antropología oficial, pues, está indudablemente tratando de tapar algo que se pueda salir de sus teorías. Bien sabemos nosotros, por ejemplo, que la ciencia oficial en estos momentos no quiere que se conozca nada más.

La NASA, por ejemplo, ha tapado todo lo que los astronautas pudieron ver en sus exploraciones en la Luna, relacionado con naves cósmicas. Todo eso está en secreto. Cayó

una nave cósmica, por ahí, por el lado de Puebla. Tengo entendido que esa nave fue llevada por la NASA. Sobre los tripulantes, sobre los heridos que hubieron, sobre los que no fueron heridos, se ha guardado un terrible silencio, a pesar de que dos de ellos parecen que están detenidos en los Estados Unidos. Y todo lo que tenga algún sabor esotérico, algún sabor cósmico, etc., está siendo tapado.

Por de pronto, en Puebla, según informes recibidos, todos lo que saben algo sobre la nave cósmica están callados, ninguno quiere hablar, por motivo de que hay amenazas si hablan. En fin, hay una fuente de terror que los obliga a tener que callar.

La ciencia oficial no quiere que se conozca nada de esas cosas; está empeñada en mantener a la humanidad en la más completa ignorancia. Esa es la cruda realidad de los hechos. Bueno, esto que estoy hablándoles sobre naves cósmicas y todo, no pertenece a la cuestión que hemos grabado en la conferencia, entre paréntesis.

P: Maestro, en sus conferencias nos ha enseñado que los continentes son flotantes; luego, ¿qué relación por la cual hay más agua?, o sea, lo que manda aquí en el planeta Tierra son los mares, los océanos. ¿Qué relación cósmica tiene que ver con el planeta Tierra, o qué significa eso?

R: Bueno, incuestionablemente eso es ahora, porque en los tiempos de Lemuria, aquel continente cubría una enorme extensión, casi todo el Pacífico. Entonces parecía que había un cierto equilibrio entre agua y tierra. Ahora hay más



agua que tierra, porque aquellos grandes continentes se sumergieron.

Obviamente que si un continente tan grande como el de la Lemuria, que cubría todo el Pacífico se hundió, ¿por qué no se van a hundir estos pedacitos de tierra que hay ahora? Todo esto se lo tragará el océano.

Sin embargo, resulta interesantísimo saber que México en esa época existía y no se ha hundido; que tenía poderosas civilizaciones y sus templos. Así pues, es muy sagrada la tierra de México, puesto que es arcaica; deviene de los tiempos más antiguos de la Tierra.

Obviamente que los continentes flotan. Como ya les explicaba a ustedes en una pasada plática, la Tierra tiene más bien la forma del huevo, del huevo de ave: una especie de yema, que son los continentes flotando sobre una sustancia pastosa, fluídica, de la clara del huevo. Entones esa yema, es decir, los continentes, flotan, se atraen, se acercan, se alejan, etc. Eso ya es muy conocido y se ha hablado, pues, en la Antropología sobre la Pangea, que no es otra cosa sino el súpercontinente, o todos los continentes unidos formando uno solo, que tan pronto se acercan, como se alejan.

La Tierra es bastante compleja, porque no solamente tiene el movimiento de los continentes, sino que además, y eso es bastante interesante, el movimiento de la revolución de los ejes de la Tierra. Los polos, por ejemplo, en la época de la Atlántida tenían una posición muy diferente. El Polo Norte estaba ubicado sobre la línea ecuatorial en la región

más oriental del África, donde hoy está el mar, y el Polo Sur se proyectaba en la región más Occidental de la línea ecuatorial, y en sentido opuesto, claro está, al del Norte.

La fisonomía del globo terrestre ha venido cambiando incesantemente, y actualmente está cambiando. Bien sabemos nosotros que los desiertos están avanzando espantosamente. Por ahí estuve observando un mapa sobre el avance de los desiertos. El planeta Tierra se está convirtiendo en un desierto y si la gran catástrofe demorara demasiado, la Tierra quedaría convertida en una nueva luna antes de tiempo. Toda la Tierra quedaría como una bola de billar, sin vegetación de ninguna especie, los mares convertidos en verdaderos basureros, contagiados por las radiaciones y por las podredumbres de una humanidad perversa.

Afortunadamente, la gran catástrofe se acerca y vendrá en el Katún-13. Entonces toda la Tierra regresará a un estado caótico, para que de allí surja una nueva Tierra regenerada, transformada. El Evangelio de esa edad futura que viene, de esa Edad de Oro, de esa Edad Solar, es el Evangelio de Lucas; por eso se habla del Evangelio de Lucas según el Sol, según la Luz, así como el Evangelio de Mateo es el Evangelio según la Ciencia.

El Evangelio de Mateo nos habla de los cambios actuales, de las catástrofes que se acercan, de los grandes terremotos, de las guerras, de la destrucción completa de toda esta humanidad; pero el Evangelio de Lucas nos habla de la nueva edad, de la Edad de Oro que se avecina.

Obviamente, la humanidad está acabando con la fauna y la flora, y los desiertos avanzan terriblemente por todas partes. Obsérvese un mapa donde estén los desiertos; esto es terrible. ¿Alguna otra pregunta?

P: Sí. Las diferentes manifestaciones de la raza actual, sean los negros, los amarillos, los blancos, ¿qué relación hay con eso, Maestro?

R: Bueno, eso forma parte de las futuras conferencias. Ahora, sólo estamos estudiando los escenarios y luego los poblamos de gentes, para comenzar a explicarles cómo se formó cada raza.

Pero en la llanura abismal, no. Las llanuras abismales existen en todos los océanos, de pura arena.

Obviamente que en realidad de verdad, pues, todo continente tiene su descenso, ¿no? El descenso que hay de la plataforma; eso es claro. Esas migraciones de langosta marina llena de púas, descendiendo por la plataforma continental hacia la llanura abismal, con rumbos desconocidos, ellos no saben de esas cosas.

Naturalmente, que nosotros sabemos muy bien, que todas esas criaturas elementales están dirigidas por inteligencias: son los Devas. Pero ellos no saben de esas cosas. Que son esos Devas los que dirigen la marcha de tales langostas, precisamente, hacia ciertos lugares del océano, con un objetivo definido preciso, cual es el de la reproducción; y no solamente el de la reproducción, sino la enseñanza; porque esas criaturas son guiadas por sus directores es-

pirituales que son los Devas. Se les lleva a determinadas regiones del océano para instruírseles, enseñárseles.

Indudablemente, mapas del Asia Central, mapas secretos que existen en ciertas criptas subterráneas. No de otra manera podría explicarse el hecho de que sean, absolutamente idénticos, a los mapas que existen en las criptas subterráneas de los Himalayas.

P: Maestro, en alguna clase, en alguna ocasión, nos decía que los alemanes han hecho profundos estudios de todas estas diferencias de los diferentes continentes. Y que incluso tienen esos estudios en un libro, recopilados en un libro, ¿será cierto esto?

R: Bueno, también ellos han investigado, y no hay duda de que en cada país no faltan siempre ciertos grupos de gente de buena voluntad, de gente instruida que toman algunos datos...

Fin





*colección Pegasus*

## **Cronología de la obra escrita del Maestro Samael Aun Weor**

1. Puerta de entrada a la Inic. o Matrimonio Perfecto de Kínder .....	1950
2. La Revolución de Bel .....	1950
3. Curso Zodiacal .....	1951
4. Apuntes Secretos de un Gurú .....	1952
5. El Libro de la Virgen del Carmen .....	1952
6. Mensaje Supremo de Navidad 1.952 (Gnosis s. XX) .....	1952
7. Las Siete Palabras. Ocultismo Elemental para principiantes .....	1953
8. Rosa Ígnea .....	1952/53
9. Segundo Mensaje de Navidad 1.953 (Gnosis s. XX) .....	1953
10. Mensaje de Navidad de 1.954 (Gnosis s. XX) .....	1954
11. Tratado de Alquimia Sexual .....	1954
12. Voluntad Cristo .....	1955
13. Mensaje para el 27 de octubre de 1.955 (Gnosis s. XX) .....	1955
14. Mensaje Supremo de Navidad de 1.955 (Gnosis s. XX) .....	1955
15. Mensaje de Navidad de 1.956 (Gnosis s. XX) .....	1956
15A. Misterios Mayores .....	1956
16. Mensaje de Navidad de 1.957 (Gnosis s. XX) .....	1957
17. Nociones Fundamentales de Endocrinología y Criminología .....	?
18. Tratado Esotérico de Teúrgia .....	1958

19. Mensaje de Navidad para 1.958 (Gnosis s. XX) .....	1958
20. Mensaje de Navidad 1.958-1.959 (Gnosis s. XX) .....	1959
21. Logos, Mantram, Teúrgia .....	1959
22. El Libro Amarillo .....	?
23. Supremo Mensaje de Navidad de 1.959-1.960 (Gnosis s. XX) .....	1960
24. Mensaje de Acuario .....	1960
25. Supremo Mensaje de Navidad 1.960-1.961 (Gnosis s. XX) .....	1961
26. El Matrimonio Perfecto .....	1961
27. Supremo Mensaje de Navidad 1.961-1.962 (Gnosis s. XX) .....	1962
28. Magia Crística Azteca .....	?
29. Los Misterios del Fuego .....	1962
30. El Libro de los Muertos .....	?
31. Supremo Mensaje de Navidad 1.962-1.963 (Gnosis s. XX) .....	1963
32. Supremo Mensaje de Navidad 1.963-1.964 (Gnosis s. XX) .....	1964
33. Mensaje de Navidad 1.964-1.965 .....	1965
34. Mensaje Supremo de Navidad 1.965-1.966 .....	1966
35. Educación Fundamental .....	1966
36. La Transformación Social de la Humanidad .....	?
37. La Plataforma del P.O.S.C.L.A. ....	?
38. El Cristo social .....	?
39. Mensaje de Navidad 1.966-1.967. El Collar del Buda .....	1967
40. Tratado Esotérico de Astrología Hermética .....	?
41. Mensaje de Navidad 1.967-1.968. Los Cuerpos Solares .....	1968
42. Mens. de Navidad 1.968-69. Curso Esotérico de Magia Rúnica .....	1969
43. Tarot y Kábala .....	1969
44. Mensaje de Navidad 1.969-1.970. Mi Regreso al Tíbet .....	1970
45. Mensaje de Navidad 1.970-1.971. El Parsifal Develado .....	1971
46. Mens. de Navidad 1.971-1.972. El Misterio del Áureo Florecer .....	1972

47.	Mensaje de Navidad 1.972-1.973. Las Tres Montañas	1973
48.	Sí, hay Infierno; sí, hay Diablo; sí, hay Karma	1973
49.	La Gran Rebelión	?
50.	Tratado de Psicología Revolucionaria	1974
51.	Mensaje de Navidad 1.973-1.974 ( ? )	1974
52.	Mens. de Navidad 1.974-75. La Doctrina Secreta de Anahuac	1975
53.	Pistis Sophia Develado	1977
54.	Tratado de Medicina Oculta y Magia Práctica (M. Nav. 77-78) <sup>1</sup>	1978
<b>55.</b>	<b>Siete Cátedras de Antropología Gnóstica</b>	<b>1978</b>

---

---

1 Primera edición en 1950

